

PONIENDO LOS CIMIENTOS

La firmeza de todo edificio depende directamente de la calidad y solidez de sus fundamentos. Por eso, el Señor Jesús y los apóstoles pusieron mucho énfasis en el fundamento de la Iglesia.

El Señor Jesús dijo, al finalizar su Sermón del Monte, que el hombre prudente edificaba sobre la roca. Más adelante, él mismo –el Hombre más prudente– dijo a Pedro que edificaría su Iglesia sobre la Roca – la revelación que el Padre hizo a Pedro. Pablo, el perito constructor, escribió que hay un solo fundamento, que es Cristo; y Pedro, el bienaventurado receptor de aquella revelación del Padre, dijo en su primera epístola: «Acercámoos a él, piedra viva... sed edificados».

Hoy, al igual que ayer, el Señor Jesucristo sigue edificando sobre este fundamento: Su Persona y su Obra. Él –en sus variados aspectos y alcances– es suficiente garantía de que lo que sobre él se edifique puede permanecer – y de hecho, permanecerá.

En este número, hemos incluido algunos artículos que tratan desde diversas perspectivas la gran riqueza que tiene este tema. Damos gracias al Señor por el aporte de ministros de diversos países que se suman a esta preciosa tarea de edificar la Iglesia a través de la palabra escrita. Recientemente, en nuestra Conferencia Internacional, tuvimos el placer de conocer a algunos y estrechar vínculos con otros. Gracias a Dios por permitirnos acceder a la riqueza que él mismo ha puesto en su Iglesia.

A todo esto se agrega la trascendental visita que hizo a Chile el predicador norteamericano David Wilkerson, autor de «La Cruz y el Puñal» y «La Visión», entre otros libros, para compartir su carga con los ministros del evangelio chilenos. Esperamos compartir con nuestros lectores en los próximos números de la revista los cuatro mensajes que él impartió con ocasión de este evento, denominado: «Renovando nuestra pasión por Cristo». Agradecemos a los hermanos organizadores la autorización concedida para hacerlo.

Que el Señor sea magnificado a través de todos sus siervos.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 6 · Nº 36 · Noviembre - Diciembre 2005

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

4 Las lecciones del Katrina

Más allá de las polémicas surgidas en torno al huracán Katrina, hay advertencias que es necesario oír.

UNA MIRADA PROFÉTICA

11 Renovando nuestra pasión por Cristo (1)

Primer mensaje de una serie de cuatro, que el predicador norteamericano impartió en Santiago de Chile, en septiembre de 2005. *David Wilkerson*.

TEMA DE PORTADA

21 Los cimientos de la casa de Dios

Ocho cimientos esenciales sobre los cuales la casa de Dios debe ser edificada. *Romeu Bornelli C.*

25 La salvación tripartita

La Palabra de Dios habla acerca de la salvación en tres etapas y tres tiempos diferentes. *Gino Iafrancesco*.

33 Por Cristo, con él y en él

En la obra de la cruz de Cristo es posible distinguir tres grandes hechos. *Ben Hiebert*.

39 El cruce del Jordán

La actitud de Israel ante el Mar Rojo y ante el río Jordán muestra dos formas de caminar delante de Dios. *Gonzalo Sepúlveda*.

45 El hombre celestial

La visión original de Pablo acerca de Cristo y la Iglesia se completa mientras estaba en la cárcel en Roma. *Eliseo Apablaza*

LEGADO

53 El secreto revelado

Para recuperar su poder perdido, la Iglesia necesita ver a cielo abierto y tener una visión transformadora de Dios. *A. W. Tozer*.

57 ¿Qué es la Iglesia?

Lo débil y lo necio usa Dios para avergonzar al fuerte y al sabio. *T. Austin-Sparks*.

59 Confesiones ministeriales

Un desgarrador autoexamen del ministro escocés del siglo XIX, que hace recordar las oraciones de Daniel y Esdras. *Horatius Bonar*.

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

64 El arco iris tras la lluvia

Semblanza de George Matheson, el predicador ciego, iluminado por la luz de Dios.

ESTUDIOS BÍBLICOS

72 Bosquejo de Deuteronomio. *A. T. Pierson.*

74 El Tesoro de David (I)
Estudiando los salmos con C. H. Spurgeon.

78 Viendo a Cristo en el Evangelio
Epístola a los Romanos. *Stephen Kaung.*

89 Los nombres de Cristo
Cristo. *Harry Foster.*

BIBLIA

91 Los números en la Biblia. «El número «12»

92 Preguntas & Respuestas

94 ¿Cuánto sabe de la Biblia? Ponga a prueba la exactitud de su conocimiento bíblico

FAMILIA

96 El sexo desde el punto de vista de Dios
Una franca enseñanza bíblica acerca del verdadero significado del sexo.
Fred Malir.

APOLOGÉTICA

102 ¿Juega Dios a los dados con el universo?
Un análisis del legado de Albert Einstein, al cumplirse cien años de la Teoría de la Relatividad. *Ricardo Bravo M.*

REPORTAJES

109 Más allá de Pearl Harbor
La historia de Mitsuo Fuchida, el piloto japonés que comandó el ataque a Pearl Harbor.

SECCIONES FIJAS

10 Citas escogidas

20 Joyas de Inspiración

52 Bocadillos de la mesa del Rey

62 Maravillas de Dios

112 Cartas de lectores

Separatas (Sólo en Chile): «Tesoros» (Niños) · «Despertar» (Jovencitos)
«Buscando Más» (Jóvenes).

Foto de portada: «Parque Nacional Conguillío (Araucanía, Chile)».

Las imágenes de esta edición no tienen necesariamente relación con personas o lugares mencionados en los textos, salvo que se indique lo contrario.

Más allá de las polémicas surgidas en torno al huracán Katrina y la devastación de Nueva Orleans, hay advertencias que es necesario oír.

Las lecciones del Katrina



Surgió en las Bahamas el 24 de agosto, hizo unos destrozos de relativamente menor cuantía al norte de Miami, y cuando parecía que ya se retiraba, cobró una fuerza inusitada en el golfo de México y arremetió con una furia de vientos sostenidos a 280 kilómetros por hora sobre los estados de Louisiana, Mississippi y Alabama, en Estados Unidos. De huracán de categoría 1 pasó a huracán de categoría 5 en cosa de unos días.

Esta es, en simples palabras, la corta pero trágica historia del huracán Katrina, que ha dejado más de un millar de víctimas fatales, una ciudad prácticamente destruida y daños ma-

teriales incalculables, que hacen pensar en el desastre natural más costoso de la historia de los Estados Unidos.

La tragedia se abatió con especial ímpetu sobre Nueva Orleans – la única ciudad de estados Unidos ubicada bajo el nivel del mar, defendida sólo por un sistema de diques, que colapsó debido a la violencia de los elementos. El agua dejó el 85% de la ciudad bajo metros de agua – hasta siete metros en las zonas más bajas. Con los sistemas de agua, luz y demás servicios básicos cortados, la ciudad fue presa del caos y el vandalismo, aun ante las mismas cámaras de la televisión.

La crisis se agravó debido a la tardanza con que los organismos de ayuda reaccionaron. La polémica acerca de los motivos de la demora —negligencia, razones políticas, sociales y raciales— ha llenado las páginas de los periódicos, pero sobre todo ha dejado al descubierto, según algunos, «las profundas divisiones sociales de la nación».

Una ciudad muy particular

La ciudad de Nueva Orleans es (o era) la menos «norteamericana» de todas las ciudades estadounidenses, debido a que en su larga historia están presentes otras naciones e influencias. Fundada por los franceses en 1718, colonizada por los españoles, y fuertemente influida por los esclavos negros, pasó a manos de Estados Unidos por una negociación entre la Francia de Napoleón y Estados Unidos sólo en 1803. Desde entonces ha recibido, además, el fuerte influjo de los pueblos caribeños, especialmente en lo relativo a su música y creencias. Nueva Orleans ha sido una verdadera mezcla de idiomas, razas, religiones, y costumbres no sajonas. Es una de las ciudades con mayor población negra (dos tercios), y a la vez con los mayores índices de pobreza, analfabetismo y criminalidad.

Pero lo verdaderamente característico de Nueva Orleans es su forma de vida, una ciudad placentera, carnavalesca y musicalizada (es considerada «la cuna del Jazz»). Nueva Orleans era llamada por los norteamericanos «The Big Easy» («La Gran Relajada»), y su lema era (en francés) «Laissez les bons temps rouler» (Deja que los buenos

tiempos rueden). Cada año se realizan unos siete carnavales y festivales de gran envergadura, que atraen turistas de todo el mundo, en que no sólo participa la ciudad, sino más de ochenta pueblos y ciudades de todo Louisiana. La mayor de las fiestas era el «Mardi Gras», equivalente al Carnaval de Río de Janeiro, y que contaba con más de 60 fastuosos desfiles. Alguien escribió, antes de la tragedia: «Los habitantes de Nueva Orleans son adoradores del placer y la diversión. Le rinden culto a la vida y a todo lo bueno que les da».¹

Un contexto mayor

Tal vez lo que más ha conmovido a los analistas de la tragedia de Nueva Orleans, es que ésta se pudo haber evitado. La *Scientific American*, en octubre de 2001 había advertido: «Un huracán enorme podría inundar Nueva Orleans bajo seis metros de agua, matando a miles de personas. Las actividades humanas cerca del río Mississippi han aumentado dramáticamente el riesgo, y únicamente una reingeniería masiva de la zona sudeste de Louisiana podría salvar la ciudad». La advertencia no fue atendida.

Los más, evalúan esta tragedia en el contexto de una tendencia mundial que se está observando, y que tiene un denominador común: el cambio climático denominado *calentamiento global*. Bajo este denominador común se pueden explicar fenómenos climáticos sorprendentes, como la inusual nevada en Los Ángeles (USA) a comienzos de año; los vientos de 200 kilómetros por hora que azotaron Escandinavia, Irlanda y Gran Breta-

ña; la grave sequía en el Medio Oeste norteamericano, que redujo los niveles de agua del río Missouri a mínimos históricos; la peor sequía registrada en España y Portugal; los bajísimos niveles de agua en Francia; y la ola de calor de 43 grados en Arizona, que acabó con la vida de más de 30 personas. Es que, a medida que la atmósfera se calienta, genera sequías más prolongadas, lluvias más intensas, olas de calor más frecuentes y tormentas más rigurosas.

Un estudio publicado por la revista *Nature* destaca que el poder acumulado de huracanes se ha más que duplicado en los últimos 30 años. Kerry Emanuel, climatólogo en el Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT), escribe: «Mis resultados sugieren que el cambio climático puede influir en el ciclón tropical, en una tendencia ascendente, en un aumento de su potencial destructivo y –teniendo en cuenta una población costera creciente– de pérdidas relacionadas con el huracán en el siglo XXI».²

Ahora, ¿qué es lo que causa el calentamiento global?

El calentamiento global es el fruto de una serie de acciones atmosféricas, cuyo detonante es el hombre. La causa primera es la producción de CO₂ (residuo de toda combustión de hidrocarburos), la cual produce un efecto invernadero. Ese efecto invernadero altera el clima y produce calor. Se teme que, en un mediano plazo, el calor evaporará el agua dulce, fundirá los casquetes polares, de modo que toda el agua del planeta se convierta en agua de mar no potable para los humanos, los animales y las plantas terrestres.

Pero ¿cómo frenar esta carrera de calentamiento ascendente? La solución es simple: dejar de quemar hidrocarburos. Pero esto, de verdad, no es tan fácil de llevarlo a cabo. Implicaría, en primer lugar, dejar de utilizar el petróleo y sus derivados, y resucitar el uso de fuentes de energía renovables, como el agua, el aire, el sol (y el átomo, si se usa bien).

Como bien se puede suponer, esto traería una serie de cambios económicos y sociales drásticos, que en este momento probablemente ningún país está dispuesto a suscribir. Porque ningún gobierno, elegido con el voto popular, quiere someter a sus electores a una serie de sacrificios e incomodidades que pueden dar vuelta una próxima elección.

Desde hace un buen tiempo, los científicos han estado alertando a los gobiernos acerca de este peligro. El experto en ciencia y economía, Jeremy Rifkin, hace un ‘mea culpa’ colectivo al decir: «Los científicos llevan años advirtiéndonos. Nos dijeron que vigilaríamos el Caribe, donde es probable que aparezcan los primeros efectos dramáticos del cambio climático en forma de huracanes más rigurosos e incluso catastróficos (...) El Katrina no es sólo una cuestión de mala suerte, el embate ocasional y por sorpresa de la naturaleza contra una humanidad desprevenida. No se equivoquen. Nosotros hemos creado esta tormenta monstruosa. Conocíamos el impacto potencialmente devastador del calentamiento global desde hace casi una generación. Aun así, pisamos el acelerador, como si nos importara un bledo. ¿Qué esperábamos? El 25% de los

vehículos estadounidenses son utilitarios deportivos, todos ellos con motores mortíferos que arrojan cantidades récord de CO₂ a la atmósfera de la Tierra. ¿Cómo explicar a nuestros hijos que los estadounidenses representan menos de un 5% de la población mundial, pero que devoran más de una cuarta parte de la energía de combustibles fósiles producida anualmente? ¿Cómo decir a los apesadumbrados familiares de las víctimas que han perdido la vida en el huracán que hemos sido demasiado egoístas como para permitir tan siquiera un modesto impuesto adicional de tres céntimos por cada cuatro litros de gasolina para fomentar el ahorro de energía? Y cuando nuestros vecinos europeos y de todo el mundo pregunten por qué la ciudadanía estadounidense estaba tan poco dispuesta a convertir el calentamiento global en una prioridad mediante su firma del Tratado de Kioto sobre el cambio climático, ¿qué les diremos?». ³

Sin embargo, los intereses creados son tan fuertes, que los gobiernos han

El Katrina no es sólo una cuestión de mala suerte, el embate ocasional y por sorpresa de la naturaleza contra una humanidad desprevenida. No se equivoquen. Nosotros hemos creado esta tormenta monstruosa.

oído más bien a quienes minimizan estos fenómenos —unos pocos científicos asociados a compañías petroleras, que a la comunidad científica mundial— más de 2.000 científicos procedentes de 100 países que informan permanentemente a las Naciones Unidas. «En 1995 —denuncia Ross Gelbspan— los servicios públicos de Minnesota descubrieron que la industria del carbón había pagado más de 800 millones de euros a cuatro científicos que mostraban públicamente su disconformidad con el calentamiento global. Y ExxonMobil ha gastado más de 10 millones de euros desde 1998 en una campaña de relaciones públicas y cabildeo contra el calentamiento global. En 2000, los magnates del petróleo y el carbón se apuntaron su mayor victoria electoral hasta la fecha cuando el presidente George W. Bush salió elegido y a renglón seguido aceptó las insinuaciones del sector respecto a su política climática y energética». ⁴

«El cambio climático no debería de ser una preocupación exclusiva de la ciencia —escribe por su parte Miguel Boyer Arnedo—. Es un problema social, económico y político. Pero como se desarrolla en una escala temporal mayor que la que resulta intuitivamente perceptible, la sociedad en su conjunto se está desentendiendo, como si no fuese a ocurrir, o como si fuera decente dejar que se ocupen los demás en el futuro». ⁵

El desenlace final, *la gran hecatombe*, podría producirse, según muchos piensan, de aquí a 20 ó 30 años más, a lo mucho.

Nuestro comentario

No podemos hablar de esto livianamente. No podemos tornarnos en jueces de los que hoy están sufriendo bajo las calamidades que han sobrevenido. Tampoco somos jueces de los gobernantes que hoy están sometidos a gigantescas presiones. Que Dios tenga misericordia de todos nosotros, pues como el Señor dijo: «Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lc. 13:3). Sin embargo, también tenemos que ser atalayas, y librar así nuestra responsabilidad delante de Dios.

Respecto de esto, las advertencias de la ciencia parecen estar en lo cierto, los hechos lo están demostrando. Bueno sería que los gobiernos atendieran a sus palabras, y se tomaran las medidas que el buen juicio aconseja. Sin embargo, los mismos gobernantes están limitados por el sistema de que forman parte, y ellos mismos son impotentes de ofrecer soluciones fáciles. Por el cariz que están tomando las cosas, y por el propio testimonio de las Sagradas Escrituras, parece que esto no va a terminar bien para la humanidad. Los más pesimistas pronósticos se van a cumplir. Sin embargo, lo que la ciencia está advirtiéndole hoy, la Biblia lo predijo mucho antes: «...y habrá pestes, y hambres; y terremotos en diferentes lugares» (Mt. 24:7). «...y habrá terremotos en muchos lugares, y habrá hambres y alborotos; principios de dolores son estos» (Mr. 13:8). «Y habrá grandes terremotos, y en diferentes lugares hambres y pestilencias; y habrá terror y grandes señales del cielo» (Lc. 21:11). En pocas palabras, el Señor dijo verdades que pesan

mucho. «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán».

Por lo demás, profetas contemporáneos, como David Wilkerson, han advertido claramente esto: «Veo muy claramente que está a punto de ocurrir una intervención divina en todo el mundo –escribía en 1973–. Sería mejor que este mundo se preparara para afrontar los cambios de tiempo que no puedan ser explicados por ninguna otra palabra sino por «sobrenatural». El mundo está a punto de presenciar el comienzo de grandes desgracias causadas por las más drásticas variaciones atmosféricas, terremotos, inundaciones y terribles calamidades de la historia – que sobrepasarán en mucho cualquier cosa jamás experimentada hasta aquí (...) Más de una tercera parte de los Estados Unidos será declarada zona de desastre dentro de unos pocos años. Los hombres se dirán que la naturaleza «está fuera de control» (...) El tiempo se tornará gradualmente más difícil de pronosticar. Aparecerán repentinas tormentas sin previa advertencia. Olas de frío que batirán récords se afirmarán sobre las regiones más meridionales, y zonas del norte experimentarán olas de calor que superarán marcas».

«La gente juiciosa –continúa Wilkerson– tendrá dentro de sí un conocimiento innato de que Dios está detrás de estos extraños eventos y está desatando la furia de la naturaleza para forzar a los hombres a una disposición de ánimo, en la cual se interesen por los valores eternos. Estas violentas reacciones de la naturaleza estarán claramente concertadas por Dios para prevenir a la humanidad acerca de los

días de ira y de juicio que vienen. Es casi como si todo el cielo estuviera exclamando: «Oh, Tierra, presta atención a su llamamiento. Él sostiene los pilares de la Tierra en sus manos. Sacudirá la Tierra hasta que su voz sea escuchada. Él domina como Rey de la inundación y Señor de los vientos y las lluvias».⁶

¿Cuál es el siguiente?

La lista de tragedias naturales ha continuado después del *Katrina*. Unos pocos días después vino el huracán *Rita*, y ahora recientemente, poco antes de cerrar nuestra edición, un violento terremoto azotó Pakistán, con un saldo estimativo de 30.000 muertos. Con incertidumbre y temor, muchos

se están preguntando «¿Cuál será el próximo?».

Rogamos al Señor que Su voz, que se escucha claramente detrás de cada tragedia, alerte a los hombres y mujeres sinceros, para que estén debidamente preparados. En los días que vienen, la fe de muchos va a ser severamente probada.

¹ Cristian Calomarde, en «Nueva Orleans, la hija más intensa del Mississippi».

² En «Desastre poco natural en Nueva Orleans, 31/08/2005, en www.greenpeace.org

³ «El calentamiento global azota Nueva Orleans», en «El País» (España), 15/09/2005.

⁴ En «Katrina y el cambio climático», «El País», 03/09/2005.

⁵ Diario «El País», 21/09/2005.

⁶ En «La Visión».



Culto a la naturaleza

Hace dos años una cadena de televisión produjo una película navideña que se promocionaba simplemente como esparcimiento para la familia. Una gran fotografía de Julie Andrews, vestida de monja, engalanaba la primera página de la sección de espectáculos de los diarios, con entusiastas descripciones del filme: «Una sentida presentación para las fiestas – proclamaba la reseña– que hará brotar cálidos recuerdos».

Dando por sentado que la historia de una monja tendría algún tipo de mensaje cristiano, y deseando que brotaran «cálidos recuerdos», reuní a mi familia para mirar juntos «Christmas Tree» (Árbol de Navidad). Pero la historia tenía más relación con el culto a la naturaleza que con el cristianismo. El argumento incluía a una niña abandonada, con trastornos psicológicos, que de una manera casi mística se sentía cautivada por un pino. Finalmente, ella se unió a una orden religiosa, porque quería pasar su vida cuidando el pino. Cuando le preguntaron a la niña trastornada (que se había transformado milagrosamente) qué es lo que había cambiado su vida, ella contestó: «Fue el árbol».

En las dos largas horas que duró el filme, no recuerdo una sola referencia a Jesús o ni siquiera a Dios. La película era naturalismo patente: la naturaleza nos ha de salvar y le dará sentido a nuestra vida; el árbol es el mesías naturalista.

(En «Y ahora... ¿cómo viviremos?», por Charles Colson y Nancy Pearcey).

CITAS ESCOGIDAS

Oraciones memorables

Oh Señor, dame almas o llévate mi alma.

George Whitefield

Oh Señor, no quiero nada para mí misma; quiero todo para ti.

Margaret E. Barber

Señor, me dedico a ti. Oh, acéptame y permite que yo sea tuyo para siempre. Señor, nada más deseo; no deseo nada más.

David Brainerd

Dame aquello que tú quieras, cuanto quieras y cuando quieras. Colócame donde quieras, y trata conmigo en todo de la manera que tú quieras.

Tomás de Kempis

Enséñanos, Señor, a servirte más fielmente; dar y no contar el costo; luchar y no prestar atención a las heridas; trabajar y no buscar descanso; obrar y no pedir ninguna recompensa, más que la de saber que hacemos tu voluntad, oh Señor nuestro Dios.

Oración Antigua

Bienvenida, bienvenida, dulce, dulce y gloriosa cruz de Cristo; bienvenido, dulce Jesús, con tu leve cruz; tú ya obtuviste y ahora posees todo mi amor; guarda lo que tú obtuviste.

Samuel Rutherford

Úsame, mi Salvador, para cualquier propósito y de cualquier manera que tú desees. He aquí mi pobre corazón, un vaso completamente vacío para que lo llenes de tu gracia.

Dwight L. Moody

Oh Señor, envíame al rincón más oscuro de la tierra.

John K. Mckenzie

Señor, salva a Fiji, salva a Fiji. Salva a este pueblo. Oh, Señor, ten piedad de Fiji, salva a Fiji.

John Hunt

Oh Dios, te agradezco que me hayas permitido pensar como tú.

Johannes Kepler

«Renovando nuestra pasión por Cristo».

La iglesia está siendo probada



David Wilkerson

Primer mensaje de una serie de cuatro, que el predicador norteamericano impartió en Santiago de Chile, en septiembre de 2005.

No quiero hablarles acerca de lo que yo estoy haciendo o de lo que yo soy. He escrito una cantidad de libros proféticos, pero nunca he dicho que soy un profeta. Creo que soy uno de los tantos vigilantes que Dios tiene. Y cuando Dios me habló acerca de venir a esta nación, y pasé tiempo de rodillas, el Señor comenzó a hablar a mi corazón. Yo estaba preparado para traerles un mensaje que ya había predicado antes, y hace quince minutos atrás, mientras estábamos en la sala de espera, el Espíritu Santo vino sobre mí, y cambió mi mensaje.

Voy a darles una palabra profética. Y me hace temblar lo que Dios está diciendo.

No quiero su dinero. No me importa lo que la gente piense de mí. Y algún día, pronto, estaré delante del Señor, y tendré que responderle a él de la misma forma que ustedes tendrán que responderle. ¿He obedecido al Señor? ¿He dicho lo que el Espíritu me guiaba a decir?

Y esto es lo que el Señor ha puesto en mi corazón: La iglesia en Chile está siendo probada. Está siendo probada.

¡Padre celestial, habla a través de

mí! ¡Oh, Espíritu de Dios, ven! Ven sobre estos hombres y mujeres. Queremos escuchar a Dios. No queremos que esto sea una reunión más. Estos hombres están ocupados y han tomado tiempo para venir, y no tenemos demasiado tiempo, el tiempo se nos está acortando, y tú estás intentando hablar desde el cielo. Señor, estamos cansados de sermones, queremos escuchar de Dios. Queremos escuchar la Palabra del Señor. Llena esta casa con oídos para oír, con un corazón abierto. Ven sobre mí, Espíritu Santo, y habla tu palabra divina. Te damos el honor, la gloria y la alabanza.

Pruebas por causa del amor a Dios

La Biblia dice que vamos a ser probados, y que vamos a ser procesados. El Señor nos dice: «Yo conozco tu tribulación, y conozco tu pobreza». Dice: «Yo sé que serás probado como se prueba la plata». Muchas son las aflicciones del justo. Pablo hablaba sobre las aflicciones, angustias del corazón. Muchas lágrimas, tentaciones, ser desquitado, ser afligido. El salmista David decía: «Mi alma está angustiada». Con problemas y con tristezas.

Esta semana pasada, cuando estaba orando, el Espíritu Santo me habló claramente, que habría mucha gente sentada aquí que están pasando por las pruebas más grandes de sus vidas. Ustedes están siendo probados más de lo que nunca antes han sido probados. Y yo sé lo que esa prueba significa.

Mi esposa ha sido operada más de 27 veces; cinco de ellas, de cáncer. Tengo dos hijas con cáncer. Hace unos meses perdí a mi nieta de 12 años producto del cáncer. Y este cabello blan-

co que ustedes ven, cada uno de ellos puede hablarles acerca de las pruebas y tentaciones. Muchos de los que están aquí sentados, nadie sabe por lo que están pasando. Puede ser su matrimonio, su familia, sus hijos, su iglesia, su llamado, su ministerio. Todos estamos siendo probados. Son pruebas serias. Y el Señor lo deja bien claro: que debo predicar esta mañana a mucha gente que está herida. El Señor está aquí para sanar; el Señor quiere ayudarte a salir al otro lado.

Pero quiero decirte: No todas tus dificultades son pruebas. Repito: No todas tus dificultades son pruebas.

El apóstol Pablo decía que había pasado por muchas dificultades. Él nombró todas las dificultades que había vivido. Para mí, parece incomprendible que gente tan justa como el apóstol Pablo, pueda ser tan probada. Enfrentar dificultades y tener que decir: «Esto es demasiado. Me has llevado por tantas dificultades, pero me has sacado al otro lado. Y aquí estoy: he sobrevivido. Tú has suplido mi necesidad y he visto milagros. Pero ahora me has traído a una prueba que es demasiado para mí».

Pero ¿qué pasa con aquellos que han pasado por dificultades? Su fe ha sido probada y han llegado al otro lado, y pueden decir con el apóstol Pablo: «Yo sé en quién he creído». Pablo pasó por cada una de ellas, y su fe se mantuvo intacta. Pero vendrá el tiempo en que ustedes pasarán por pruebas, y no estarán siendo probados por causa de un pecado; no estarán siendo probados por algún error que hayan cometido.

Los tres jóvenes judíos fueron lan-

zados al horno de fuego. No era una prueba de fe. Ellos habían sido probados, pero era mucho más que eso. Ellos estaban siendo llevados al horno de fuego *por causa de su fe*. Hubo un tiempo en que David fue profundamente probado, al punto en que llegó a decir: «Oh, Dios, ¿dónde estás tú?». Y este era un hombre que había estado orando siete veces al día; era un hombre que había vencido a gigantes, un hombre del cual Dios dijo: «Este es un hombre conforme a mi corazón». Pero aquí vino a ser probado por causa de su fe.

Y quizá muchos de los que están acá, pastores y ministros, están pasando una prueba, y yo quiero que ustedes lo entiendan, porque yo mismo he pasado por esto. He predicado ya por cincuenta años, y yo sé cuánto amo a Dios. Conozco mi caminar con Dios, sé el tiempo que he pasado solo en su presencia. Y cuando el Señor me llama a solas en oración, entonces puedo mirar a Dios al rostro, y tener mi conciencia limpia ante Dios y ante los hombres. Sé que mi fe no está siendo probada; sé que Dios sabe que lo voy a amar a pesar de las dificultades; que no voy a hacer más preguntas. Pero sé que hay dificultades.

Sé que estas dificultades están llegando a la iglesia evangélica en Chile. Yo no tenía esto preparado; pero esto está quemando mi corazón. En cincuenta años he visto cada doctrina conocida por los hombres, cada movimiento espiritual que ha aparecido. Y no puedo entender, cuando veo jóvenes pastores, que están siendo atraídos y seducidos por estas doctrinas. Jamás en la historia la iglesia ha sido

tan sacudida. Nunca he visto tanta falsa doctrina venir desde los Estados Unidos, y no sólo de los Estados Unidos, sino también de Sudamérica y el mundo entero.

Y les digo esto, parado aquí bajo la unción del Espíritu Santo: Dios me ha traído para profetizarles. Es la primera vez que estoy con ustedes, para decirles que la Iglesia aquí está enfrentando dificultades.

Lo que los jóvenes hebreos enfrentaban era una prueba, no de su confianza en Dios sino una prueba de su amor por Dios. El rey no fue conmovido por su testimonio, ni por su vida santa, ni por su predicación; pero hubo una cosa que sí le conmovió, una cosa que le provocó a llevar a todo su pueblo a rechazar la idolatría: *que había tres hombres que no se apartarían de la Palabra de Dios, de la Escritura, por la cual ellos regían sus vidas*. Estaban dispuestos a pagar con sus vidas, antes que entregarse a algún tipo de nueva adoración, algún tipo de nueva doctrina, aunque les prometieran oro, y plata y prosperidad. Ellos fueron probados si iban o no a mantener su fe en la Palabra de Dios.

Invasión de falsas doctrinas

Esta nación va a ser invadida por cada falsa doctrina sobre la faz de esta tierra. Cada tipo de nueva enseñanza. Ellos van a atraer hombres a sí mismos. Hoy, en los Estados Unidos, tenemos la doctrina de la prosperidad, que está arrastrando a millones de personas. Y déjeme decirle dónde termina este evangelio: en que «Dios te quiere rico». Mira, hermano, yo vivo en una casa hermosa, y manejo un

buen auto, y creo que Dios quiere bendecir a su pueblo, pero la Biblia dice que no debemos buscar esas cosas. Ella dice: «*Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*» (Mt. 6:33).

Pero llega a esto: Uno de los famosos predicadores de la prosperidad en Estados Unidos, en la televisión, dijo una vez. «¿Has oído de la venida de Cristo? Olvidate de eso. Jesús no puede venir hasta que no tengas un auto nuevo y una casa nueva». En esto termina. Ya no hay pasión por la venida de Cristo, ya no hay más deseo de que él aparezca; sino hasta que logres esta clase de prosperidad, hasta que tengas «tu porción de la torta». Por eso tenemos un montón de gente en los Estados Unidos endeudándose en millones de dólares. En este momento uno puede pedir prestado hasta el 125% del valor de su casa en los Estados Unidos, con el fin de comprar otra casa, pedir más, y luego comprar otra, porque todo el mundo está queriendo enriquecerse.

Pero déjeme decirle cuál es el problema. Hay una intuición, hay un conocimiento interior en cada pecador, que ahora está en los creyentes. Pregúntele a cualquier pecador en los Estados Unidos: «¿Qué es lo que crees tú que va a pasar? Y ellos le dirán: «Terrorismo, juicio y momentos difíciles». La intuición interior dice: «Tengo que tener suficiente para la tormenta, algo a qué echar mano; necesito tener un lugar donde esconderme en caso de que pierda mi trabajo».

Hemos perdido más de 500.000 casas en los Estados Unidos. Una ciu-

Uno de los famosos predicadores de la prosperidad en Estados Unidos, en la televisión, dijo una vez: «¿Has oído de la venida de Cristo? Olvidate de eso. Jesús no puede venir hasta que no tengas un auto nuevo y una casa nueva».

dad entera ha sido destrozada. Nuestra nación está temblando. Y en medio de todo esto, se pueden ver las imágenes de esta ciudad que fue inundada. Toda esa pobre gente está fuera de las megaiglesias, durmiendo en el suelo como ratones, y dentro de las iglesias, el evangelio que se está predicando es: «Dios te quiere rico, próspero». ¡Y ellos dicen: «Solamente danos un poco de agua y comida»!

La gente en los Estados Unidos está al borde de vivir el «colapso de la vivienda» más grande de la historia de la nación. Cientos de miles están perdiendo o van a perder sus casas, porque están tan endeudados con préstamos, que no tienen escapatoria.

Escasez de palabra profética

Yo advertí del fuego que venía sobre Nueva York. Estuve allí cuando las torres fueron derribadas. Vi toda una ciudad llorando. Eso fue un martes. El domingo en la mañana las iglesias estaban llenas de gente llorando, que habían corrido a las iglesias. «Queremos saber: ¿Esto es Dios

hablando a nuestra nación, o fue un accidente? ¿Cuál es la razón? Es la primera vez en la historia que estamos siendo atacados. Ya no nos sentimos seguros». Acudieron a las iglesias... y los pastores estaban predicando de otros temas.

Una semana después, un grupo de ancianos pentecostales viajaron a Nueva York para visitarme, y me dijeron: «Pastor Wilkerson, estábamos llorando por lo que había pasado, queríamos que nuestro pastor nos hablara algo de la Escritura, teníamos hambre y temor, y él estaba predicando una serie sobre ética y moralidad. El pastor continuó con su serie, y en vez de compartir de lo que había sucedido, habló sobre el sexo en el cristiano. La gente se ponía de pie en medio de la predicación, y decía: «Espere un momento; queremos escuchar de Dios, no queremos su sermón, pensábamos que usted sabría».

Seis meses después, el New York Times hizo una encuesta: estaban asistiendo a las iglesias menos personas que antes del ataque a las torres gemelas. Y se les hizo la pregunta: «¿Por qué dejaste de ir?». «Porque la iglesia estaba muerta ... Los pastores no sabían nada acerca del futuro ... No había palabra profética ... No había una sola razón por la cual regresar».

En uno de estos días, tal evangelio de la prosperidad irá muriendo, porque usted no puede predicarlo en Mozambique. ¿Puede usted llevar ese evangelio a Mozambique? ¿Puede ir a Nueva Orleans y pararse allí, donde hay 40.000 personas a la intemperie, sin comida, y predicar su evangelio, si ese es su evangelio?

Saliendo de las ‘megaiglesias’

Tenemos megaiglesias, y se llaman a sí mismas «amistosas hacia los pecadores» o «amistosas hacia los que buscan», «ganadores de almas», «buenos hombres», «hombres justos». Vemos que en Estados Unidos hay tremendas iglesias. No, no tengo nada contra las megaiglesias. Nuestra iglesia probablemente sería llamada igual, porque hay miles de asistentes.

Pero mire lo que está pasando: se está produciendo un cambio. Y ahora, en este nuevo escenario, mucha gente joven está comenzando algo nuevo. Están cansados de las ‘megas’. Dicen: «Fuimos a la iglesia buscando, tuvimos hambre de Dios. Y lo que hemos encontrado es un evangelio contaminado. Pero muchos de estos pastores no querían ‘ofendernos’, nos estaban ofreciendo cosas diferentes para entretenernos, pero nada estaba tocando el corazón. No estábamos siendo confrontados con nuestros pecados. Solamente nos enseñaban cómo «enfrentar la vida». Y de esto está saliendo un nuevo movimiento, una ‘iglesia emergente».

Ellos dicen: «Estamos cansados de las grandes iglesias, cansados de estos ‘juguetes’, cansados de este evangelio tan cómodo. Seguimos vacíos. Queremos algo que nos encienda. Buscamos un Cristo radical, y no lo estamos recibiendo».

Y a través de Internet hay un nuevo movimiento que está tocando los Estados Unidos, y va a llegar a vuestra nación. «La iglesia emergente», saliendo de las denominaciones, y mayormente de las megaiglesias, y es una mezcla de protestantismo, catoli-

cismo, y ‘nuevas revelaciones’ de la mente de hombres educados, ‘buenos hombres’ que han salido en alguna medida de la realidad de las Escrituras, de la verdad de la Palabra de Dios, como fue revelada en la Sagrada Biblia. Están tratando de buscar una revelación mayor; no a un libro cerrado sino a una profecía que se iguale a la Biblia. Y esto está siendo divulgado a través del Internet. «No hay infierno, porque, de ser así, habría un Dios de ira que disfruta con la tortura; el cielo está aquí en la tierra, y tú puedes de alguna forma decidir tu destino». Hay una nueva definición de quién es Cristo.

Esto me recuerda lo que decía el apóstol Pablo. Ha llegado el tiempo en que habrá nuevos cristos, otro Cristo, otro evangelio, otra definición de quién es realmente Jesucristo (Gálatas 1:7). Estos grupos emergentes se están reuniendo en garajes, en sótanos, en las casas. Son reuniones informales, con una mezcla de incienso y de velas. En un cuarto, hay una cruz en el piso; usted puede escribir su nombre ahí, y poner todos sus pecados debajo de la cruz. Una de estas iglesias se reúne cerca de donde yo vivo; tienen un cuarto para comunión si usted quiere la comunión, y la comunión es con un poco de Coca-Cola y con un trozo de pastel. Una nueva clase de hermandad. Un tipo de amor diferente. Aceptan el budismo, el islamismo, y tratan de ver ‘lo bueno’ en cada religión, como excusa para vivir en comunidad. Y esto me trae a lo que la Biblia dice, que hay un solo nombre en el cual podemos ser salvos, y ese es el nombre del Señor Jesucristo.

Necesito decirles esto: Muchos de estos grupos son sinceros. Muchos de ellos se cansaron del «show» de las iglesias, de la ambición, de la competencia por la grandeza, por el nombre y el reconocimiento, y de la falta de pasión por los necesitados. Esto es algo sincero. Pero están siendo llevados por un mal camino. Y lo que realmente me preocupa es esta misma prueba, el mismo lugar donde todos llegamos, el lugar adonde la Iglesia en esta nación está llegando. ¿Vamos a buscar a Dios? ¿Nos vamos a mantener en esta palabra? ¿Vamos a predicar esta palabra?

Escuché, hace un tiempo atrás, de un movimiento en el cual, cuando empiezas a ir, te invitan a olvidar todo lo que has aprendido, y comienzan a ser entrenados todos de nuevo bajo sus doctrinas. ¡Qué lejos está eso de la Palabra de Dios! Alguna gente joven de repente viene a mí y me dicen: «Pastor, este es un tiempo nuevo», y lo que me están diciendo es: «Usted es un hombre viejo».

Jesucristo es el único Nombre

Hay nuevas cosas que están viniendo. Sí, hay nuevas cosas ... un nuevo evangelio. No, no es un nuevo evangelio, dijo Pablo, es ‘otro evangelio’. Vendrán otros ‘cristos’. Y esa va a ser la prueba que va a pasar la iglesia de Jesucristo, porque va a venir una iglesia mundial y todo aquel que sabe de la Escritura sabe eso. Va a venir una iglesia mundial. Sus oficinas centrales estarán en Bruselas. Estuvimos allá el año pasado justo cuando estaban intentándolo. Están tratando de introducir la nueva Constitución para la Co-

munidad Europea. Y ellos insistieron que el nombre «Dios» no sea mencionado. Tenían que describirlo como una sociedad secular. No hay lugar para Dios. Y usted podía percibir en la ciudad de Bruselas, en los líderes de todas estas naciones europeas, la intención de crear esta iglesia políticamente correcta.

Déjenme decirles qué es lo que los va a unir; déjenme decirles cuál es el centro, el punto neurálgico de esto.

La Biblia dice que en los días posteriores el diablo tratará de engañar aun a los escogidos. Ya he sido probado acerca de esto. Cada vez que voy a una Conferencia de prensa, siempre alguien me preguntará: «¿Puede un judío ser salvo sin Cristo? ¿Los musulmanes podrían ser salvos sin creer en Jesucristo?». Esa es la pregunta... y esa es la prueba. «¿Tenemos que venir a través de tu libro?». Y este libro es acerca de Cristo. No sólo Jesús. No, cualquiera puede recibir a Jesús. Los musulmanes reciben a Jesús como un hombre; los judíos lo reciben como un buen hombre. Los budistas reciben a Jesús como otro profeta. Todo el mundo puede creer en Jesús, el hombre. Esto va a ser lo que va a atraer... Jesús puede ser recibido. Lo reconocemos a Jesús como el hombre. Ahí vienen los evangélicos. Ellos ven a Jesús como su figura central. Está en sus constituciones.

Cualquier hombre puede recibir a Jesús. Pero él no es solamente Jesús el hombre. Él es Jesucristo, el Hijo del Dios viviente. Cuando me hacen esa pregunta, yo sé que estoy siendo probado. Les digo: «Si yo fuera un musulmán, les diría que tienen que venir

a través de Mahoma, y diría que el Corán es la verdad. Pero soy un cristiano, creo que Jesucristo es el Señor. Por eso, les digo, tengo el mismo derecho y se los digo directamente: No hay otro nombre. Musulmán, judío, quienquiera que sea, tiene que venir a través del arrepentimiento en el nombre del Señor Jesucristo».

Todo lo que se hace en la carne será juzgado

Vemos libros que están circulando a través de todos los países. Nuevas ideas, nuevos conceptos, nuevas formas de enseñarnos a ser iglesia. He visto gente ir y venir. He visto la ambición que está destruyendo a pastores alrededor del mundo. Veo pastores de iglesias pequeñas, listos para dejar el ministerio porque alguien viene a la ciudad y ese alguien que viene tiene todo el equipaje y el ministerio que él no tiene, y atraen multitudes.

Muchos pastores de iglesias pequeñas me escriben alrededor del mundo. Y me dicen: «Pastor, yo predico el evangelio, entrego mi vida, y ahora la gente se va. ¡Se va! Se llevaron mis ovejas». En cada país donde mi hijo Gary y yo vamos, hay pastores que están a punto de dejar el ministerio. Y dicen: «Ya no soporto más; no puedo competir». Luego he visto a otros que dicen: «Bueno, voy a tratar de ayudarte a ver cómo lo hacen». Y traen métodos y tratan de enseñártelos. Y uno dice: «Bueno, si funciona para ellos, debe funcionar para mí». Entonces van a Conferencias, compran libros (que cuestan mucho dinero), compran cassettes...

Hay unas 500.000 personas que re-

ciben noticias nuestras. Y esto es lo que siempre oigo. La queja número uno es: «Nuestro pastor viene, se para en el púlpito y anuncia: Estamos cambiando». Hay varios nombres para estos cambios. Esta última semana he estado leyendo muchas cartas de esta gente querida que vive el mismo evangelio de siempre. Me dicen: «Pastor, no sabemos lo que está pasando, nuestra iglesia está cambiando, ya no hay reuniones de oración. Hay muchos conceptos nuevos, pero el Espíritu se fue.»

Esta semana una señora me dijo: «Yo he estado en esta iglesia por años, teníamos una congregación de gente que lloraba, que realmente era tocada por el Espíritu de Dios. Yo he sido una columna en esta iglesia, y fui al pastor esta semana, y le dije: Pastor, todos los pilares de la iglesia se están yendo. No entendemos por qué usted no está predicando ya más acerca de una iglesia comprometida, del pecado, o del peligro del infierno. Nuestros jóvenes están más interesados en ir a divertirse; se están contaminando. Pastor, yo no puedo quedarme». Y el pastor le dijo: «Bueno, probablemente es mejor que usted se vaya, entonces; porque para que esta obra tenga éxito, tenemos que mover algunos de los pilares».

Déjeme decirle antes de terminar. No hay atajos; usted puede tener una multitud; lo único que necesita para una multitud es tener carisma. Algunas de estas ideas funcionan. Y yo le puedo decir: Conozco iglesias donde hay miles que asisten. Conozco una en Dallas, Texas; en Florida, y en otros lugares, y en ese púlpito hay un hom-

bre de llanto, un hombre de Dios. Y la gente viene, no porque hay una cosa nuevas, sino porque la unción del Espíritu Santo está ahí sobre la iglesia. Y Dios los está bendiciendo. Y Dios los está ungiendo.

Pero es la ambición ... Y cada vez que pienso eso, en el día cuando me tenga que parar frente al Señor Jesucristo, cuando mis obras tengan que ser juzgadas; todos mis motivos, mis ambiciones, y todo lo que haya hecho en Su nombre. Tendré que responder por cada persona que llegó a Time Square Church. Por ejemplo, sé de siete travestis que estuvieron en la iglesia en una ocasión, y yo tenía media hora para hablarles acerca de la verdad. Y no estoy interesado solamente en llenar las bancas, no estoy interesado en una multitud. Si usted está interesado en una multitud, solamente en números, ¡salga del ministerio, déjelo inmediatamente, porque eso va a condenar su alma! Tenía que predicarles a estos travestis la verdad en amor. Tenía que pedir al Espíritu Santo que me diera las palabras para conmovir sus corazones y sus almas. No para condenar, sino para presentarles el evangelio, sin comprometer el evangelio. Y ver cómo Dios los conmovió y los cambió. Y ver cómo cambiaron sus vidas, y ahora son pilares en la iglesia de Jesucristo, a través de un evangelio simple, que no está contaminado.

Un día vamos a estar en pie ante el trono de Dios, y cada alma que hayas ganado para Cristo no será consumida. Pero cada cosa que yo haya hecho en mi carne, para que yo me vea bien, para poder ganar algo para mí, para satisfacer mi necesidad antes que la

necesidad de la gente, veré que esas obras sí serán consumidas. No dudo de mi salvación. Yo soy salvo. Pero esos ojos santos de Jesucristo consumirán todo lo que hayamos hecho en la carne, todo lo que hayamos dicho o hecho para ser aceptados por los hombres en vez de ser aceptados por Dios.

Señor Jesús, me siento débil, y este mensaje es tan simple. Vine aquí a no ofender a nadie, pero sé en mi corazón, que tú amas a esta nación, que tú amas la Iglesia, y quieres protegerla, quieres poner muros alrededor de ella. Perdónanos por estar tan ocupados que no estamos llorando, buscando tu rostro. Perdónanos, Señor, por dejar tu Palabra y estar metidos en las teologías de los hombres. Estamos influenciados por las teologías de los hombres, y nos estamos alejando de tu Palabra. Perdónanos. Señor, levanta hombres en esta nación, y mujeres, que no serán movidos, y que estén dispuestos a pasar por el fuego y allí recibir una nueva revelación de Jesucristo.

La necesidad presente de los ministros

Yo estoy seguro que ustedes saben. Espero que sientan que no vinimos aquí para reprobarnos, no vinimos aquí

para humillar a nadie. Pero yo sé que Dios me dio esta palabra.

Hablo a los jóvenes pastores primero, y también les digo: No importa lo que estés leyendo; te pregunto esto: «¿Eres una persona de oración? ¿Pasas tiempo cada día sobre tu rostro en la presencia de Dios, para ser humillado y convencido por el Espíritu Santo? ¿Tienes convicción y el toque del Espíritu Santo en tu vida? ¿Qué es lo que está atrayendo tu corazón? ¿Hay ambición sin que lo sepas? ¿Estás insatisfecho? ¿Estás sin contentamiento, buscando algo afuera? Todo el tiempo, lo que tú necesitas, lo que Dios quiere, lo vas a encontrar sólo en Su presencia, en un lugar de oración, sobre tus rodillas.

Cuando estés sobre tus rodillas, y cuando te mantengas firme en la Palabra, no vas a necesitar otro libro de hombres, no necesitarás las ideas de alguien que te enseñe lo que es la iglesia. El Señor te dará sus propios conceptos. Él te dará la unción. Él te dará el mensaje. Él pondrá fuego en tu alma. No necesitas un evangelio norteamericano; no necesitas el evangelio de nadie. Tú necesitas un toque de Dios, necesitas la unción de Dios.

(Trad. revisada por Andrew Webb).

j j j

Empacando la maleta

Un vendedor viajero, asiduo lector de la Biblia, empacaba su maleta para un viaje de negocios. Un amigo que le observaba le preguntó cómo podía guardar tantas cosas en su equipaje. A lo que él respondió: «Todavía tengo un rinconcito en mi maleta para poner una lámpara, un telescopio, un espejo, un libro de poesías, una colección de biografías, un manojito de cartas viejas, un himnario, una espada afilada, y una pequeña biblioteca».

¿Cómo colocarás todo eso?, le preguntó su amigo. «Muy fácilmente», le respondió en el acto, «La Biblia contiene todas esas cosas».

EL CELO CRISTIANO

El cristiano celoso es principalmente hombre de una causa.

No basta decir que es serio, cordial, intransigente, eficaz, sincero, ferviente en espíritu. Solamente ve una cosa, le importa solamente una cosa, vive por una cosa, está embebido de una sola cosa, y esa cosa es agradar a Dios.

Viva o muera, enfermo o sano, rico o pobre, agrade al hombre o le ofenda, se le considere sabio o necio, reciba injurias o alabanzas, reciba honra o se le avergüence, nada de esto le importa. Este hombre arde por una cosa, y esa cosa es agradar a Dios y promover la gloria de Dios. Si ese fuego lo consume, no le importa, está contento.

Siente que, al igual que la lámpara, ha sido hecho para arder, y si se consume ardiendo, solamente ha hecho aquello para lo cual Dios lo designó. Tal voluntad siempre halla una esfera donde desplegar su celo.

Si no puede obrar, predicar, o dar dinero, clamará, deseará y orará. Sí, si es solamente un pobre, o un enfermo que debe permanecer toda la vida en cama, hará que las ruedas del pecado se muevan pesadamente a su alrededor debido a su constante intercesión en contra. Si no puede pelear en el valle con Josué, hará la obra de Moisés, Aarón y Hur en el monte (Ex. 17:9-13).

Si a él no se le deja trabajar, no le dará descanso al Señor hasta que lleguen refuerzos y el trabajo sea hecho. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de celo en religión.

J.C. Ryle

El autor reconoce la existencia de ocho cimientos esenciales, sobre los cuales la casa de Dios debe ser edificada.

Los cimientos de la casa de Dios



Romeu Bornelli C.
Brasil

Las Sagradas Escrituras son la auto-revelación de Dios y de su propósito supremo. Vivimos días en que la necesidad de regresar a las Escrituras se muestra desesperadamente urgente. ¡Mientras estamos como danzando alrededor de lo que no es esencial, hasta el mismo enemigo de Dios, el diablo, es capaz de acompañarnos en esta danza!

La primera gran necesidad para la restauración del testimonio del Señor es la restauración de su Palabra. Es eso lo que vemos, por ejemplo, cuando el pueblo de Dios retornó del cautiverio

babilónico. Según el registro de Esdras (Esd.3), cuando aquel remanente regresó bajo el mando de Zorobabel, la primera cosa en ser restaurada en Jerusalén fue el altar (Esdras 3:2-3). Tipológicamente el altar habla de la cruz, de la obra del Señor consumada en el Calvario. Inmediatamente después está el registro de la instalación de los cimientos de la casa de Dios (Esd. 3:8-13).

Esto significa que, para la restauración del testimonio del Señor en su iglesia, debemos estar fundamentados y perseverando en «la doctrina de los

apóstoles» (Hechos 2:42), o sea, «edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Ef. 2:20). Cuando los cimientos del templo fueron puestos, la oposición de los enemigos se levantó contra ellos, «intimidándolos», intentando «frustrar sus propósitos», y «escribiendo acusaciones contra los habitantes de Judá y Jerusalén» (Esd. 4:4-6).

Estas son también las actitudes de Satanás cuando los ojos del pueblo del Señor comienzan a ser abiertos por la revelación de la Palabra de Dios, para contemplar con más claridad y eficacia en aquella obra consumada en la cruz, y cuando los cimientos de la doctrina apostólica comienzan a ser restaurados estableciendo a los santos como un «templo santo en el Señor» (Ef. 2:21).

Ocho fundamentos esenciales

Creo que el Espíritu Santo estableció en las Sagradas Escrituras ocho cimientos esenciales, indispensables, que son como columnas de la revelación bíblica, sobre los cuales la casa de Dios debe ser edificada. La iglesia del Dios viviente es columna y baluarte de la verdad (1ª Tim. 3:15) y, como tal, debe sustentar y proclamar el contenido de la verdad que en ella fue depositada. Estos fundamentos siguen el proceso de la revelación bíblica y constituyen los pilares que han sido establecidos en la Iglesia a través de los siglos de trabajo de edificación por el Espíritu Santo. En resumen, ellos son:

La Trinidad. El ser de Dios y sus atributos y la trinidad divina constituyen el primer fundamento. La asom-

brosa verdad respecto al único Ser tripersonal de Dios tiene inmensas implicaciones en lo que dice relación con la obra de la redención y la existencia y vida de la iglesia, como vemos por ejemplo en Juan 17. La visión y el entendimiento bíblicos sobre Cristo en la eternidad, el Verbo que «estaba con Dios» y que «era Dios», son fundamentales para nuestra adoración. ¡Cuántos ataques de falsas enseñanzas necesitó enfrentar la Iglesia en sus inicios para establecer este único fundamento! Las controversias trinitarias del siglo IV fueron batallas contra herejías como el monarquianismo, o el arrianismo y el apolinarismo, por ejemplo.

La Encarnación – el Verbo se hizo carne. (Juan 1:14). El Hijo de Dios, la Segunda Persona de la gloriosa Trinidad asumió la naturaleza humana (y no una persona humana, pues si no seríamos dos personas en Jesucristo, como decía la herejía de Nestorio) con espíritu humano, alma humana y cuerpo humano real, y no aparente (como decían los docetistas como Cerinto, el oponente del apóstol Juan en Éfeso). La importancia de la comprensión de cada aspecto de las dos naturalezas, divina y humana, perfectas y plenas, es fundamental para el correcto entendimiento de la perfección y gloria de nuestra redención, pues como dice Anselmo de Canterbury, en el siglo XI, era el *hombre* que tenía una deuda con Dios, pero solamente *Dios* podía pagar esta deuda de forma aceptable y digna de él mismo, ¡por eso nuestro Redentor precisaba ser plenamente Dios y plenamente hombre!

La propiciación – Nuestro Señor

fue al mismo tiempo el *sacrificio expiatorio* que nos reconcilió con Dios (1 Juan 2:2 y 4:10), *el lugar de la propiciación* o del encuentro de Dios con el hombre, como tipificado por la cubierta del arca del pacto llamada propiciatorio (Rom. 3:25), y *el agente de la propiciación*, o sea, quien hizo la propiciación por nuestros pecados (Heb. 2:17). Nuestro querido Señor es al mismo tiempo la ofrenda, el oferente y el lugar de la ofrenda. ¡Qué perfecta expiación!

La Justificación por la Gracia por medio de la Fe – Este fue el fundamento de la casa de Dios especialmente restaurado en el siglo XVI, en la Reforma. ¡Tan fundamental es nuestro conocimiento pleno de este fundamento, que Martín Lutero dice que sobre este único fundamento la Iglesia estaría en pie o se desmoronaría! Nuestro Dios es «el justo, y el justifica al que es de la fe de Jesús» (Rom. 3:26). Las epístolas a los Romanos y los Gálatas tratan muy especialmente de tan rico fundamento.

La resurrección de Cristo – Su resurrección corporal es el fundamento no sólo de nuestra futura resurrección (1 Cor. 15), sino también de la perfección del sacrificio que él ofreció de sí mismo en la cruz delante del Padre. Su resurrección es la prueba de que Dios aceptó su sacrificio propiciatorio por nosotros. Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, nuestra fe y nuestra esperanza (1 Cor. 15:14, 17-19). En Romanos 4:25, en este único versículo, vemos entrelazados estos tres últimos fundamentos, en interdependencia, cuando dice que Cristo «fue entregado por nuestras trans-

gresiones, y resucitado para nuestra justificación».

El Espíritu Santo – La Persona y la obra del Espíritu Santo es un asunto central en la Palabra de Dios. El Espíritu Santo en la Trinidad como el Espíritu que procede del Padre y procede del Hijo, siendo el Perfecto Amor que une al Amante (el Padre) y al Amado (el Hijo). El Espíritu Santo que revela, regenera, habita, transforma, forma el carácter del Hijo en los muchos hijos de Dios, une a los creyentes en un solo cuerpo, etc.

La Iglesia – Dios no dejó este asunto, tan esencial a su corazón, sin plena revelación en su Palabra; al contrario, nuestros conceptos tantas veces distorsionados respecto del Cuerpo de Cristo necesitan ser corregidos por el estudio e iluminación del Espíritu Santo y por el poder de su vida que habita en nosotros, para que podamos como Iglesia ser una expresión de la multiforme sabiduría de Dios (Ef. 3:10). La unión vital de la Iglesia con la Cabeza, con los otros miembros, el ministerio de todo el cuerpo, la pluralidad de dones, el gobierno, etc., son todos ellos asuntos vitales en el Nuevo Testamento.

¡Mientras estemos como danzando alrededor de lo que no es esencial, hasta el mismo enemigo de Dios, el diablo, es capaz de acompañarnos en esta danza!

La 2ª Venida del Señor – Este es el fundamento que se coloca como el remate final en la Casa de Dios. Es la redención por la cual la creación gime, nuestro espíritu gime y también el Espíritu de Dios gime (Rom. 8:22, 23 y 26) hasta que se realice. Hay gran contenido en la Palabra sobre este asunto de la Parusía de nuestro Señor, nuestra ardiente expectativa. ¡Seremos transfigurados para ver su gloria, participar de su reino, gozar de su íntima compañía sin interferencias mundanas! Diversos aspectos relacionados con la Parusía son revelados en la Palabra, y son fundamento de nuestra fe y vida cristiana.

El legado del Señor para nosotros

Estos fundamentos son como en «resumen», la esencia de lo que Dios, en su Palabra, quiso revelarnos sobre sí mismo y su propósito supremo.

Que nuestros corazones los examinen con diligencia y oración para que nuestros ojos sean alumbrados para saber «cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos», y no pensar que estos son asuntos académicos, áridos o sólo doctrinales. No hay ocupación más sublime para nosotros que contemplar la gloria de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo en este Su legado para nosotros en su Palabra.



Avanzando de rodillas

Desde la primavera y verano de 1976, Hans Mullikin, un predicador lego de 39 años, de la ciudad de Marshall, Texas, se arrastró de rodillas en dirección a la Casa Blanca, en Washington. El día 22 de noviembre terminó su jornada de dos años y medio, cubriendo 2560 kilómetros, sólo para oír que el presidente Carter estaba muy ocupado para atenderlo.

Para realizar su increíble hazaña, Mullikin usó unas rodilleras gruesas, muy gastadas, amarradas a las rodillas, con diez capas de acolchado. Cuando se arrastraba, llevaba en las manos una barra con una rueda de triciclo en cada extremidad. Cada noche, regresaba de su caminata para dormir, y a la mañana siguiente volvía al punto en que había parado. Él hizo eso durante la primavera y el verano, y en el invierno regresaba a Marshall, a su empleo en una empresa maderera.

A la obvia pregunta de ¿Por qué?, Mullikin respondió: «Yo quería mostrar a los estadounidenses que necesitamos ponernos de rodillas y arrepentirnos ... Esto fue algo que llevaba en el corazón y quería hacer por mi país».

Aunque la sabiduría de Mullikin pueda ser desconocida para nosotros, aún así su celo es admirable. La Iglesia puede perfectamente aprender de su experiencia de manera simbólica. ¡La Iglesia sólo puede avanzar de rodillas! Mullikin dijo en una entrevista: «La peor parte de todo el viaje fue arrodillarme la primera mañana». ¡Cuán verdadero es eso! Los que saben al menos una cosa respecto de la oración eficaz, reconocerán que «la peor parte» es arrodillarse la primera vez.

¡Si queremos «proseguir a la meta» (Fil.3:14), es preciso arrodillarse!

La Palabra de Dios habla acerca de la salvación en tres etapas y tres tiempos diferentes.

La salvación tripartita



Gino Iafrancesco
Colombia

La salvación no es una cosa simple, sino profunda y compleja. La Palabra del Señor nos habla acerca de la salvación en tres tiempos. Primeramente, nos dice que somos salvos por gracia: «*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe*» (Efesios 2:8 a); o sea, declara un hecho ya cumplido. En segundo lugar, nos habla de ocuparnos de la salvación con temor y temblor: «*...ocupaos de vuestra salvación con temor y temblor*» (Filipenses 2:12 b); es decir, que hay una salvación que se va dando progresivamente. Por último, nos habla en futuro, de una «salvación que nos

traerá» (1ª Pedro 1:5), y de que «seremos salvos» (Romanos 5:9).

De acuerdo con esto, hay versículos que nos hablan de que somos salvos, versículos que hablan de que nos ocupemos de la salvación, y versículos que nos hablan de que seremos salvos. ¿A qué se debe todo esto? Al fin, ¿somos, seremos, o estamos siendo? La respuesta es que somos, estamos siendo y seremos, porque las tres cosas las dice el Espíritu Santo por la Palabra de Dios.

Debido a esto, debemos escudriñar de una manera un poco más detenida el tema de la salvación de Dios

lograda por Cristo Jesús y aplicada por el Espíritu Santo. Si hemos comprendido la constitución tripartita de nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo, también comprenderemos el por qué de esas tres etapas de la salvación: una relativa al espíritu (sois salvos), otra relativa al alma (estáis siendo salvos), y otra relativa al cuerpo (seréis salvos). Esa es la razón por la cual se habla en pasado, en presente y en futuro.

Tiempo pasado: ya somos salvos en nuestro espíritu

Esta primera etapa la miraremos escudriñando la Escritura primeramente en la epístola del apóstol Pablo a los Efesios 2:1, 4-19: «Y él os dio (notemos el tiempo pasado) vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados (...) Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio (notemos nuevamente el tiempo pasado) vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), (fijémonos en el hecho consumado) y juntamente con él nos resucitó (en pasado), y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos (declara un hecho consumado) por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.»

Si hemos comprendido la constitución tripartita de nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo, también comprenderemos el por qué de esas tres etapas de la salvación.

Aquí con suma claridad el Espíritu Santo por mano del apóstol Pablo está declarando nítidamente que ya somos salvos, es decir, que ya realmente no estamos perdidos. De conformidad con esta declaración bíblica vemos que ya no estamos en las garras de Satanás para irnos al infierno, que ya no estamos bajo el juicio de Dios, que ya el juicio de Dios cayó sobre Jesucristo, sobre el Cordero de Dios. Nosotros nos identificamos con el Cordero, morimos con él, resucitamos con él y nos sentamos ya con él en los lugares celestiales. Espiritualmente ya somos salvos. Nuestro espíritu ya tiene vida, pues tiene la vida eterna, la vida de Dios, la que no tuvo principio ni tiene fin.

En la primera epístola del apóstol Juan, capítulo 5:11-13, leemos: «Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna (no que nos va a dar, ni que nos está dando); y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene (ya la tiene) la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios (eso no es para todos, sino para los que tienen al Hijo), para que sepáis que

tenéis (no que tendréis) vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios».

Hermanos, démonos cuenta de que estas declaraciones aquí son rotundas, no admiten dudas; ya tenemos la vida de Dios, ya tenemos al Señor en nuestro espíritu; el Señor nos ha perdonado, y nos dio vida. Estando nosotros muertos, él vino, habló, despertó el oído, despertó la fe; por la Palabra nos dio el Espíritu, por la fe lo recibimos y recibimos vida; es decir, que la vida del Señor ya vino al espíritu nuestro, como dice 1ª Corintios 6:17: «Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él».

Nosotros ya lo hemos invocado, le hemos pedido perdón, por lo tanto, el Espíritu de Cristo ya vino y se hizo uno con nuestro espíritu. En consecuencia, ya nacimos de nuevo, y por lo tanto, ya fuimos regenerados, recibimos una vida nueva, un espíritu nuevo, la vida eterna y la naturaleza divina.

Hemos recibido a Dios el Padre porque hemos recibido al Hijo, y hemos recibido al Padre y al Hijo porque hemos recibido al Espíritu. Ya tenemos lo que el Hijo consiguió en su vivir humano, lo cual el Espíritu tomó, y lo que él consiguió ya lo tenemos. ¿Dónde lo tenemos? En nuestro espíritu. Nuestro espíritu ya es salvo, pues ya tenemos la vida eterna. Ya tenemos al Señor, ya tenemos la provisión, y nada de provisión nos falta. Toda provisión la puso Dios el Padre en el Hijo; toda bendición espiritual está en el Hijo, y al recibir al Hijo, recibimos la vida, recibimos al Padre y lo recibimos todo.

Pero tener la vida en el espíritu no

significa que esa vida haya crecido en nosotros.

Tiempo presente: debemos ocuparnos en la salvación de nuestra alma

Una cosa es que Cristo sea revelado a nosotros, otra cosa más profunda es que Cristo more en nosotros, otra más profunda aún es que Cristo se forme en nosotros, y otra cosa más profunda todavía es que Cristo se magnificará en nuestra carne.

Cristo ya está, ya vino, ya se reveló. Cristo ahora mora, ya está morando; pero la intención de Dios no es sólo que Cristo more, sino que el que mora se forme en nosotros; nos regenera primero, luego nos renueva, y por la renovación nos transforme y nos configure a la imagen del Señor. Primero estando en la carne, para eventualmente también vivificar después nuestro cuerpo mortal y adoptarlo y glorificarnos a la semejanza de su Hijo Jesucristo.

Todo este proceso de Dios va desde adentro hacia fuera. Como creyentes, la vida de Dios vino a nuestro espíritu, pero Dios no quiere tener solamente un ser humano espíritu. Cuando Dios hizo al hombre, lo hizo espíritu, alma y cuerpo; de ahí se deduce que la redención del hombre consiste en perdonar y limpiar su espíritu, su alma y su cuerpo. Vivificar su espíritu, pero también ganar su alma.

Nos llama la atención una frase que usó el Señor, muy seria y bien curiosa, que si no se entiende esto de la salvación ya dada en el espíritu, de esa salvación aplicándose progresivamente a nuestra alma y luego eventualmente a nuestro cuerpo en su venida, en

tonces esa frase nos parecería rara. Pero al mirar detenidamente estos aspectos, ya es normal para nosotros. El Señor Jesús dice en Lucas 21:19: «Con paciencia ganaréis vuestras almas». Lo curioso del caso, y digno de ponerle mucho cuidado, es que por una parte dice que por gracia somos salvos, pero por otra parte dice que con paciencia ganaremos nuestras almas. Ya sabemos que el alma es la sede de nuestra mente, de nuestros pensamientos, de nuestras emociones, sentimientos y voluntad. Lo que nos indica que ganar el alma es que no sólo la vida de Cristo se quede en nuestro espíritu, sino que vaya saturando nuestros pensamientos, porque podemos tener al Señor en el espíritu, pero nuestros pensamientos vagan. ¿Cómo enlazar ese potro salvaje de nuestros pensamientos? Esa vida interna, el espíritu, lo agarra y dice: «Caballero (o dama), venga usted, no siga pensando tan locamente». Entonces nuestra mente va siendo sujeta a Cristo, pues nuestros pensamientos son traídos a los pies de Cristo, y esto no se trata de un asunto instantáneo, sino de un proceso.

La regeneración sí es instantánea; la regeneración se da en el momento en que se recibe al Señor, la vida del Señor. El Espíritu del Señor viene a nuestro espíritu y se hace con nosotros un solo espíritu y empezamos a tener vida. Pero esa vida es como una semilla que fue sembrada. Ahora esa vida que ya está completa, con toda su potencialidad, toda programada para hacer un trabajo de completa e íntegra salvación, tiene que empezar a ganar el alma. Es entonces cuando viene el trabajo del alma, que no es

tan rápido como el del espíritu. El Espíritu ya recibió vida, pero ¿será que todos nuestros pensamientos son en vida? ¿O algunos sí, de vez en cuando, y otros como que todavía están en oscuridad? Nuestras emociones algunas veces sí están gobernadas y vivas con el Señor, pero otras veces están vencidas por el pecado. O sea, que ganar el alma requiere paciencia y proceso.

Otra cita bíblica importante sobre esto la encontramos en Filipenses 2:12: «Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, **ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor**». La salvación es algo que ya tenemos, pero también es algo de qué ocuparnos; y la ocupación en la salvación es el ejercicio del alma en la vida de Dios. Que el Señor haya dado vida a nuestro espíritu no significa todavía que nuestras emociones, nuestra mente, nuestra voluntad estén renovados. Muchas veces tenemos vida en nuestro espíritu, pero somos flojos en la carne, o lo que es peor, pecaminosos todavía. De ahí que la intención de Dios es que la vida que está en el espíritu pase hacia el alma.

Notemos bien que ese es el sentido del Señor. Todo lo que es de él, por su Espíritu viene a nuestro espíritu, y desde nuestro espíritu tiene que fluir. Recordemos ese pasaje de Ezequiel 47, cuando habla del trono de Dios y de su templo. Dice que debajo del trono, allá en el Lugar Santísimo, fluía el río: es decir, que el río de Dios viene fluyendo de adentro hacia fuera. Eso nos dice que la vida – porque ese es

un río de vida – se traduce en aguas vivas que vienen desde el Lugar Santísimo, pasan por el Lugar Santo, luego por el atrio, e incluso salen a las naciones. Y eso es porque el Señor quiere vivificar a toda persona que entre en el río de su Espíritu.

El río de su Espíritu fluye desde el Lugar Santísimo hacia el Santo, hacia el atrio y hacia afuera. Pero tengamos en cuenta que ya el Señor nos dio vida, y ya tenemos esa vida en el espíritu, pero todavía no lo suficiente en nuestra alma ni en nuestro cuerpo – aunque ya estamos alimentando nuestro cuerpo de resurrección, y por eso tomamos la cena del Señor. Por eso dice el Señor en Juan 6:54: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día posterior».

Lo curioso de esto también es que hay pasajes como en Efesios 2:6, que dice: «... Y juntamente con él nos resucitó», afirmando que ya fuimos resucitados. Y en otras partes, como en Juan 6:54, dice que nos resucitará; eso significa que la resurrección que él consiguió ya está provista en el Espíritu, y ese Espíritu está ya completo en nuestro espíritu, pero tiene que pasar vivificando, ganando, sometiendo a nuestra alma y renovándola por el Espíritu mismo, y luego, eventualmente, nuestro cuerpo. Lo leemos, por ejemplo, en Colosenses 3:4: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria». Este versículo nos confirma que hay un proceso de adentro hacia fuera; el Señor obra de adentro hacia fuera. Lo corrobora el Señor en Juan 7:38: «El que

cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva». ¿Hacia dónde? Hacia fuera, desde el interior hacia el exterior. En cambio, Satanás ataca desde el exterior, tratando primero los sentidos, luego la mente, en seguida ataca las emociones, para poder asaltar la voluntad. Mientras tanto todo es tentación, pero cuando alcanza y doblega la voluntad, ya es pecado.

El diablo ataca de afuera hacia adentro; en cambio, el Señor le resiste desde adentro hacia fuera, y la lucha es en la mente, o en las emociones, o en la voluntad. La lucha es en el alma; ella es el campo de batalla. El Señor está adentro, en el espíritu, y el diablo está afuera, en los aires, y el pecado está en la carne; y el pecado y la carne son la pista donde aterrizó el diablo, el espíritu que opera en los hijos de desobediencia.

Vemos, entonces, que hay que ocuparse de la salvación. No dice en el versículo que la salvación se va a perder, sino que hay que ocuparse, hay que trabajar en la salvación. Hay que aplicar la salvación a nuestras emociones, a nuestros pensamientos, a nuestras decisiones, a nuestra alma. Y eso es una cosa que requiere tiempo.

Así como en Filipenses 2:12 habla de ocuparse de la salvación, en Hebreos 2:3 habla de no descuidarla: «¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?». Este versículo se corresponde con el de ocuparse con temor y temblor en ella. No descuidar la salvación significa que hay que trabajar en nuestra salvación. Si dijéramos: «El Señor ya me salvó», estamos diciendo una ver-

dad, pero hay que decir toda la verdad completa. También la Palabra de Dios dice que debemos ocuparnos y no descuidar la salvación, y eso significa que hay que trabajar en esa salvación, la cual es un proceso.

Tiempo futuro: la salvación del cuerpo en la venida del Señor

Esta parte se encuentra en varios pasajes de la Biblia. Tomemos primeramente el de Mateo 24:13: «Mas el que persevera hasta el fin, éste será salvo». Notemos que habla en futuro; o sea, sois salvos en el espíritu, ocupaos en vuestra salvación y no la descuidéis (eso es la aplicación en nuestra alma), pero todavía nuestro cuerpo no está libre de la condición adámica, aunque sí comprado. Necesita ser transformado en el cuerpo glorioso de resurrección que obtuvo Cristo; entonces ese será el momento cuando la salvación completa llegará también a nuestro cuerpo.

Dios quiere salvos el espíritu, el alma y el cuerpo. Ya nuestro espíritu está salvo, nuestra alma lo está siendo y nuestro cuerpo ha de serlo, porque ya fue comprado nuestro ser entero y el Señor nos declara glorificados, como lo dice en Romanos 8:30 b: «... Y a los que justificó, a éstos también glorificó», pero tiene que ser aplicada la vida del Señor que recibimos en el espíritu, que poco a poco va saturando nuestra alma, y por último tiene que llegar a nuestro cuerpo.

En la primera epístola del apóstol Pedro 1:13, leemos: «Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando

Jesucristo sea manifestado». En esta etapa del proceso ya nuestro entendimiento está ceñido, dominado; es decir, que había que pasar la vida del espíritu al entendimiento, pero ahora hay que seguir. Ceñir los lomos de nuestro entendimiento es la vida del Señor que ya llegó a nuestro ser. Ahora nuestra voluntad está renovada para ceñir el entendimiento, es decir, para poder gobernar ahora sí nuestros pensamientos, porque antes quería, pero no podía. Ahora el Señor pudo; el Señor nos dio la vida, y ahora renueva nuestra alma.

Nuestra alma ahora sí tiene poder en unión con el Señor para decir: «Señores pensamientos, ustedes ya no van a pensar esto, sino esto otro», y lo puede hacer porque se trata de una mente renovada que piensa lo que quiere porque ha recuperado el dominio. Antes lo que no quería pensar, eso pensaba, y de lo que me quería acordar me olvidaba. En cambio, ahora ya el entendimiento está programado, renovado y usado.

Cuando la Palabra dice: «Y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado», allí hay una gracia para el futuro. La Biblia habla de una gracia decidida para nosotros antes de la fundación del mundo, pero manifestada en Jesucristo, y que comienza a operar con la regeneración, y que sigue operando con la transformación y que seguirá operando en nuestros cuerpos. Por eso dice: «La gracia que se os traerá» (futuro). Esta no es la del perdón de los pecados, ni siquiera la de la transformación de nuestro entendimiento, de nuestra alma, sino que es

la gracia para la adopción del cuerpo, para la transformación de nuestro cuerpo.

Leemos en Romanos 8:22-23: «Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.» No sólo la creación misma está con dolores de parto, sino también nosotros los que tenemos las primicias del Espíritu. ¿Por qué dice «las primicias»? Justamente para mostrar que aún no estamos en todo; las primicias son un adelanto, pero el adelanto nos tiene que llevar a todo. Este gemido son los dolores de parto; es el proceso del alma desarrollándose con paciencia; los pensamientos muriendo a sí mismos y siendo renovados en Cristo; las emociones muriendo a su independencia, a su desbocamiento, y siendo controladas por el Espíritu; nuestra voluntad dejando de ser obstinada, o dejando de ser abúlica, siéndole fiel al Señor. Eso es un dolor de parto, y eso no es de un momento a otro, pues requiere de una disciplina de toda la vida.

Adoptar nuestro cuerpo, dice el Señor, es tomarlo como suyo. Antes se lo habíamos vendido al diablo — realmente con Adán le habíamos vendido la naturaleza humana, incluido el cuerpo. Y si fue vendido al diablo, está bajo el poder del diablo, y por eso el Señor tiene que adoptarlo, tomarlo como propio.

De ahí que la redención o adopción

de nuestro cuerpo tiene dos etapas. Una etapa que se desarrolla aquí, que consiste en ser vivificados en nuestro cuerpo mortal. A veces estamos cansados, estamos enfermos, pero invocamos el nombre del Señor y el Espíritu nos da vida y nos fortalece. Entonces nos levantamos y nos renueva, y es medicina a nuestro cuerpo, a nuestros huesos. Ese es un anticipo; no es todavía la resurrección completa, pero se opera gracias al poder de la resurrección; es decir, es el anticipo de los poderes del siglo venidero. La intención de Dios es que toda la glorificación de Cristo, toda la resurrección que él consiguió en su cuerpo pase a nuestro cuerpo, sea la adopción o glorificación completa de nuestro cuerpo.

En la Biblia hay muchos pasajes para cada una de estas partes, que ahora estamos viendo en forma panorámica, pues nuestra intención no es agotar el tema en este capítulo, pero vale la pena estudiar cada uno de esos pasajes. Por ejemplo, en Filipenses 3:20-21, dice: «Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas». Colosenses 3:4: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria». 1ª Juan 3:1-3: «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios,

y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro».

Que ahora somos hijos de Dios, es un hecho; el Espíritu de Dios da testimonio a nuestro espíritu de que ya somos hijos de Dios, y tenemos la vida divina en el espíritu, pero aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Somos hijos de Dios en espíritu, pero Dios no quiere sólo espíritus salvados, sino hijos completos: espíritu, alma y cuerpo en una; inclusive la creación libertada de la esclavitud de corrupción, y por eso se entiende cuando habla de algo que ya es, algo que está siendo y algo que va a ser.

Primero, *lo que ya es*: Hijos de

Dios. Segundo, *lo que ha de ser*: lo que se va a manifestar. Cuando él se manifieste seremos semejantes a él. Tercero, *lo que está siendo*. Pero, ¿cuál es la parte de ahora? «Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro». Nótese que no dice que el Señor lo purifica (aunque sí), sino que él se purifica a sí mismo. Ese es el ejercicio del alma, de la voluntad, de nosotros mismos actuando en él, esforzándonos en la gracia para ser salvados de lo que somos, sometiéndonos a la limpieza del Señor.

Hemos visto que la salvación es muy completa y muy compleja. Como el hombre fue afectado en el espíritu, en el alma y en el cuerpo, la salvación llega al espíritu, al alma y al cuerpo. Al espíritu llegó, en el alma está dándose, y al cuerpo llegará.

j j j

La roca firme

Después de un naufragio en una terrible tempestad, un marino pudo llegar a una pequeña roca, y escalarla, y allí permaneció durante muchas horas.

Cuando al fin pudo ser rescatado, un amigo suyo le preguntó: «¿No temblabas de espanto por estar tantas horas en tan precaria situación, amigo mío? «Sí», contestó el naufrago, «la verdad es que temblaba mucho; ¡pero la roca no!... Y esto fue lo que me salvó.

Efecto 'bumerang'

Resulta interesante que nos preguntemos qué grado de responsabilidad asumirán los que en forma vedada o abierta abogan por la nueva libertad para las mujeres jóvenes, el día que esta libertad vuelva sobre ellos como un 'bumerang'. Quizá yo no esté bien informado, pero hasta donde lleguen mis conocimientos, ni los productores de cine, ni los escritores pornográficos, ni los actores, ni los fabricantes de bebidas alcohólicas, se hallan, por lo general, entre quienes sostienen clínicas para madres solteras, servicios de protección para hijos naturales, clínicas para el tratamiento de las enfermedades venéreas, o servicios psiquiátricos para aquellas personas cuyas vidas han contribuido a malograr.

Hobart Mowrer, en The New Group Therapy (La Nueva Terapia de Grupos).

En la obra de la cruz de Cristo es posible distinguir tres grandes hechos.

Por Cristo, con él y en él



Ben Hiebert
Canadá

«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2: 20).

Voy a tomar de este versículo tres pequeñas palabras: *con*, *en* y *por*. Estas tres pequeñas palabras representan tres grandes hechos; tres grandes hechos eternos.

Yo en Cristo

La primera es la palabra *con*. El apóstol Pablo dice –esto es parte de su testimonio– «*Yo he sido crucificado con Cristo*». Quiere decir que él ha sido crucificado *en* Cristo, porque, por medio de un milagro divino, Dios nos ha puesto en Cristo. Podemos leer esto en 1ª Corintios 1:30a: «*Mas por él* –

por Dios– estáis vosotros en Cristo Jesús». Este es un gran versículo.

Cuando cada uno de nosotros nació del Espíritu Santo, Dios nos puso en Cristo. Ese es un milagro; Dios lo ha hecho. No podemos hacerlo por nosotros mismos, de ninguna manera. Pero cuando somos salvos, realmente nacidos del Espíritu Santo, Dios hace un milagro y nos pone en Cristo Jesús. No sólo *junto a* Cristo, sino *en* Cristo; *en él*. Esta es la obra de Dios.

Este tremendo hecho es mencionado más de doscientas veces en el Nuevo Testamento. Es un gran mila-

gro. A cada uno de los hijos de Dios, él los ha puesto en Cristo. Ellos, cada uno de ellos, están allí, en Cristo.

Tenemos que ir otra vez a nuestro Nuevo Testamento, y buscar todas las referencias a este gran hecho de que nosotros estamos en Cristo. Pero lo que el apóstol Pablo está diciendo en esta frase es lo siguiente: Dios nos puso en Cristo. Luego, el Señor Jesucristo fue a la cruz, y él sufrió y murió en la cruz.

Nosotros no sufrimos con él en la cruz; esa es una obra que sólo él hizo. Él sufrió, él colgó allí por horas, él sufrió la separación de su Padre. Esa es la obra que él hizo, una gran salvación. Nosotros no sufrimos allí con él; pero, de alguna forma, por medio de la obra de Dios, estábamos allí, y cuando él murió, nosotros morimos. Cada uno de nosotros, nacidos de Dios, estábamos en él y morimos con él. Esto es un hecho eterno, grandioso, y verdadero para cada uno de nosotros, para cada uno de los hijos de Dios.

Pero, ahora, escuchen: el valor de esto para nosotros sólo nos llega cuando es revelado. ¿Comprenden? El valor de este gran hecho sólo se vuelve valioso para nosotros cuando es revelado divinamente a nuestro espíritu. Es verdad acerca de todos nosotros, pero tú no lo apreciarás a menos que sea revelado en tu espíritu por el Espíritu Santo.

Ahora, esta es una parte de mi testimonio. Yo tenía treinta años de edad, cuando el Señor comenzó a revelar este gran hecho en mí. Antes de eso, era verdad en mí, pero no tenía valor, porque yo no lo comprendía.

Permítanme explicarlo. Imaginen

que yo vivo en Canadá, pero mi familia está aquí en Chile. Mi familia es muy rica, mi tío que vive aquí en Chile es muy rico. Él muere, y en su testamento me deja 10 millones de dólares. Las autoridades en Chile tratan de encontrarme en Canadá, para darme esta noticia, pero no pueden hallarme. Buscan y buscan, sin encontrarme. ¿Pueden ustedes imaginárselo? Yo soy millonario, pero no lo sé. Un día, ellos me encuentran; y entonces, eso se vuelve valioso para mí, ¿comprenden?

Necesitamos revelación divina. Porque este es un hecho eterno: cuando Cristo murió en la cruz, yo estaba en él. Ustedes estaban en él. Y si ustedes son cristianos, le pertenecen a él, y él desea que sepamos esto. Y nosotros sólo podemos conocerlo por revelación divina.

¿Por qué necesitamos conocer esto? Porque esta es la forma en que él nos libera del poder del pecado, de las obras de la carne, de la atracción del mundo, de ese gran 'yo' en mi propia vida. Todas estas cosas serán tratadas por Dios de esta manera: Él nos pone en Cristo. El Señor Jesucristo fue a la cruz, y cuando él murió, yo morí, tú moriste. Este es el hecho. Pero, recuerda, sólo será valioso y precioso para ti, si tienes revelación acerca de ello. Nosotros queremos tener más revelación acerca de este hecho.

Cristo en mí

Esta es la primera pequeña palabra: *con* Cristo. La segunda pequeña palabra es *en*. «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*». Es una breve palabra: *en*. Cristo ahora vive *dentro* de mí. Yo estoy *en* él, y él está viviendo *en* mí.

Veamos ahora 2ª Corintios 4:7. *«Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros»*. Pablo está tratando de expresar este gran hecho de que Cristo vive ahora dentro de nosotros. Yo he descubierto que es imposible para mí vivir la vida cristiana. Pero estoy muy gozoso y muy agradecido de que el Señor Jesucristo viva en mí. Y si él vive en mí, y yo se lo permito, entonces él podrá vivir su vida a través de mí en todas las circunstancias de la vida.

Eso es lo que él quiere hacer con cada uno de nosotros: Él quiere que estemos siempre conscientes de que él está viviendo en nosotros, por su Espíritu Santo. Él siempre nos está hablando, porque él ha prometido guiarnos, dirigirnos, y gobernar nuestras vidas. Si se lo permitimos, él está aquí, dentro de nosotros, para hacerlo.

Pablo dice que tenemos este tesoro en vasos de barro. ¿Quién es el tesoro? ¡Jesús! Sí, el Señor Jesucristo. Nosotros somos vasos de barro, pero dentro de estos vasos tenemos el tesoro. ¿Es él un tesoro para ti? ¿Cómo puedes valorarlo?

Quiero ayudarles. Yo he estado buscando la moneda más pequeña que hay en Chile. Este es un peso. Ahora, imaginen que yo soy sólo un niño pequeño, y pongo este peso en mi bolsillo. ¿Me siento rico, porque tengo este peso? No. Entonces, voy a dar un paseo, voy a caminar distraídamente, y me doy unas volteretas en el pasto. Lo hago de una manera muy descuidada, y casi pierdo mi moneda. Pero si la pierdo, no importa.

Pero, ahora, imaginen que en mi billetera tengo un millón de dólares. Imagínense que pongo mi billetera en mi bolsillo, y voy a dar un paseo. Entonces, caminaré muy cuidadosamente, mirando hacia todos lados. ¿Alguien me está siguiendo? Cada tres pasos, pongo mi mano en el bolsillo y, oh, ¡aún la tengo! Y camino un poco más, con suma cautela. Y si puedo, traigo a mi esposa conmigo, para que me ayude a vigilar. ¿Por qué? Porque esto es muy valioso para mí. No quiero perderlo, es muy precioso.

¿Cómo valorizas tu tesoro? ¿Es tu tesoro como esa moneda, o es como el millón de dólares? Nosotros tenemos al Señor Jesucristo, por su Espíritu Santo, viviendo dentro de nosotros. Él ha prometido guiarnos, y si lo permitimos, él gobernará nuestras vidas.

Él siempre está hablándonos. Cuando yo me enojo con mi esposa, algo ocurre en mi interior, y me siento triste. ¿Por qué? Porque he herido al Espíritu que está dentro de mí. Él está contristado. Y no puedo orar; lo intento, y nada ocurre. Yo necesito estar bien con él, porque él está en mí. Si tú eres un esposo cristiano, y tratas a tu esposa de una manera incorrecta, y no te sientes mal, algo no está bien; porque el que vive en nosotros, nos enseñará cómo amar a nuestras esposas; enseñará a las esposas cómo honrar a sus esposos; enseñará a los padres cómo amar a sus hijos.

Si nosotros hacemos algo indebido, nos sentimos mal. Él es tan fiel. Pero él vive en mí. Cuando le recibí, el Señor Jesucristo vino a vivir dentro de mí. Él quiere ser mi tesoro, él quiere conducirme y guiarme en todo lo

que yo hago. Este es el gran hecho: *«Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí»*. Este hecho sólo es verdadero para los cristianos; para nadie más.

Cuando tenemos al Señor Jesucristo, tenemos todo lo que necesitamos. Dios no puede darnos nada más, porque ya nos ha dado todo lo que él tiene. Él dio todas las cosas a su Hijo, y luego nos dio a su Hijo. Cuando eres salvo, el Señor viene a vivir dentro de ti; no sólo una parte de él, sino todo Cristo. Dios no puede darnos nada más: él ya nos ha dado todo.

Ahora, aquí hay un secreto: Sólo podemos disfrutar la medida de Cristo que Dios nos ha revelado. Tú tienes a Cristo completo, pero sólo disfrutas la porción que conoces. Esta es la razón por la cual es tan importante tener nuestros ojos abiertos, para contemplar al Señor Jesucristo, para conocerle cada día más. Eso es lo que yo deseo, y quiero desafiarles a ustedes a tener ese deseo. ¡Alabado sea el Señor! Dios nos ha dado al Señor Jesucristo; él es el tesoro del corazón de Dios, y él es mi tesoro. Él quiere ser el tesoro de todos nosotros.

Cristo se entregó por mí

Ahora, la tercera palabra: *por*. Yo no sé si aquí hay alguno que no es cristiano; pero, si lo hay, esta palabra es para ti. *«...el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí»*.

Quisiera hacerles una pregunta: ¿Cuál creen ustedes que es el versículo más conocido en la Biblia? Sí, Juan 3:16: *«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida*

eterna». ¿No es un versículo maravilloso? Dios amó tanto al mundo, a toda la gente que está en el mundo, de tal manera que él dio a su Hijo unigénito, el tesoro de su corazón, por el mundo.

Pero, escuchen lo que el apóstol Pablo dice: *«El Hijo de Dios, el cual me amó»*. Me amó —a mí, un individuo—, y también murió por mí. Él también nos amó a cada uno de nosotros; no sólo al mundo en general. Una pequeña partícula de polvo en todo este mundo. Amó a todo el mundo, pero también nos amó como individuos. Él te conoce, me conoce; sabe todo acerca de nosotros.

El apóstol Pablo dice: *«El Hijo de Dios me amó a mí»*. Si oyes hoy esto, y tú no eres cristiano, quiero decirte que el Señor Jesucristo, el tesoro del corazón de Dios, te ama a ti tanto, como individuo, que él entregó su vida por ti. Y él te está llamando hoy; ven, y recíbelo, ven y entrégale tu vida. Esta es la gran salvación.

Cuando nosotros venimos a él para ser salvos, esta obra es sólo el primer paso. Es tan grande, pero sólo es el primer paso. Nosotros necesitamos crecer y avanzar con él. Pablo dijo a la iglesia en Corinto: *«Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas*

Dios nos ha dado al Señor Jesucristo; él es el tesoro del corazón de Dios, y él es mi tesoro. Él quiere ser el tesoro de todos nosotros.

viejas pasaron; he aquí –abran sus ojos, vean esto– *todas son hechas nuevas*». Dios desea darnos su revelación: Nosotros somos nuevas criaturas en Cristo.

Recuerden, pues, estas tres pequeñas palabras: *con, en y por*. «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*». Esta es una milagrosa obra de Dios.

Escondidos con Cristo en Dios

Alguien dijo: «Cada vez que en el Nuevo Testamento podemos leer que Cristo está en nosotros, hay diez referencias de que nosotros estamos en Cristo». Dios nos puso en Cristo, y entonces el Señor Jesucristo fue a la cruz, y cuando él murió, nosotros morimos. En Romanos 6 hay un maravilloso comentario sobre esta frase acerca de nuestra crucifixión con el Señor. Es una explicación de este gran hecho. No lo vamos a leer ahora, pero les recomiendo leerlo, porque es un capítulo maravilloso.

Dios nos ha puesto en Cristo. Ahora, él nos da un mandamiento: «*Permaneced en mí, y yo en vosotros*» (Juan 15:4). Estas son palabras del Señor Jesucristo. Dios te puso a ti en Cristo, y puso a Cristo en ti; y ahora el Señor Jesucristo nos da este mandato: «*Permanece allí, habita en mí*». ¿Por qué nos dice esto? Una razón es: porque tenemos un enemigo muy fuerte, que siempre quiere llevarnos a funcionar y a actuar fuera de Cristo, y nos mienta continuamente.

Cuando nosotros pecamos, cuan-

do caemos, el diablo nos dirá: «Tú no estás en Cristo». No lo oigas, es un mentiroso. ¡Tú estás en Cristo! Y ahora Jesús dice: «*Permanece en mí, vive en mí; haz todas las cosas a partir de esta posición*». Porque en esa posición estamos realmente seguros. Si permanecemos allí, el enemigo no nos puede encontrar.

La Palabra de Dios dice que nosotros estamos escondidos con Cristo en Dios. Dios nos esconde, y el enemigo no puede hallarnos. Pero debemos recordar el mandato del Señor Jesús: «*Habita en mí, permaneced allí*». Dile al Señor muchas veces al día: «*Yo estoy en ti. ¡Gracias, Señor! Tú estás en mí, hablándome. Quiero escuchar tu voz, quiero servirte, quiero honrarte. Tú sabes cuán débil soy, tú sabes cuán imposible es hacer nada sin ti*».

Ustedes saben lo que el Señor dice en Juan 15: «*Separados de mí nada podéis hacer*». «*Fuera de mí, tú no puedes hacer nada; fracasarás todo el tiempo, serás un blanco para el enemigo; pero, si permaneces en mí, estarás a salvo*». No creas las mentiras del diablo. Si tú eres salvo, el Señor Jesucristo ha venido a vivir dentro de ti. Y con él dentro de ti, tú has sido puesto en Cristo. Y ahora, contigo en Cristo, tú estás en Dios. Y juntos, nosotros estamos escondidos con Cristo en Dios. ¡Aleluya! Este es el mejor lugar donde podríamos estar.

«*Permaneced en mí ... porque separados de mí nada podéis hacer*». ¿Cómo es posible entrar? ¡Dios ya te puso en él! El Señor dice: «*Permaneced en mí*».

Recuerden esto: Ustedes pueden

disfrutar mucho del Señor Jesús en la medida en que le conozcan en su Espíritu, por la revelación divina. Que todos nosotros tengamos hambre por la revelación de Dios. Una vez, el hermano Austin-Sparks dijo algo como esto: «Nuestra mayor necesidad es conocerle a Él por revelación divina». Yo quiero conocerle más, y espero de alguna manera motivarles para que ustedes tengan hambre por él. ¡Él es tan grande! En cualquier punto donde nosotros estemos en relación con él, aún necesitamos conocerle más.

Que Dios nos dé revelación de Jesucristo. Él quiere hacerlo. En el Nuevo Testamento, Dios habló varias veces desde el cielo con voz audible, diciendo: «*Este es mi Hijo amado*». Él siempre está apuntando hacia el Señor Jesucristo, por si alguien –alguno de sus discípulos, o alguien del mundo– quiere conocerle. Muy a menudo, ellos están ciegos y caminan a la deriva, y muy pocos le conocen; sin embargo, él quiere que le conozcamos.

(Mensaje impartido en Temuco, en septiembre de 2005).

j j j

No puede ser cambiado

Supongamos que ustedes llevaran un puerco, el mejor ejemplar porcino que hubiera ganado un premio en una feria ganadera; supongamos que lo sacan de la pocilga, lo llevan para bañarlo, le frotan con jabón desinfectante para quitarle el olor, y le aplican un jabón de tocador para suavizar su piel, le ponen barniz en las uñas, le perfuman con una esencia parisienne, le atan una cinta alrededor del pescuezo y le llevan al lujoso tocador de una dama. Algo va a cambiar, pero no será el puerco el que cambie.

Sucede lo mismo con la naturaleza humana. Ustedes no pueden cambiar la naturaleza de un puerco. Nació puerco, vivirá como puerco y morirá como puerco. Es lo mismo con el hombre, exactamente lo mismo.

Hyman Appelman, en Sermones selectos

Hermosa, pero inútil

En uno de nuestros grandes museos vi sobre un anaquel una hermosa Biblia, edición de lujo que revelaba la destreza y el talento del artifice. Una rica encuadernación en cuero con bordes de oro. A un lado se veían estas palabras: «No la toque».

Esta hermosa Biblia se guardará esmeradamente por los siglos. Nuestros hijos y nuestros nietos la mirarán a través del cristal que la protege. Muy pocas manos llegarán a tocar su preciosa encuadernación. Ningún corazón hambriento de palabras de vida llegará a sus profundidades. Ninguna lágrima caerá sobre ella. Ninguna resolución se anotará en sus páginas en blanco. Ningún hombre abrumado por el dolor pondrá sus manos sobre ella cuando, suplicante, eleve su oración al trono de la gracia. Esta Biblia es una rareza. Una riqueza inapreciable, pero no servirá al propósito para el cual fue destinada.

Charles L. Allen

La actitud de Israel ante el Mar Rojo y ante el río Jordán nos muestran dos formas de caminar delante de Dios.

El cruce del Jordán



Gonzalo Sepúlveda

Números 14: 27-45; Josué caps. 3, 4 y 5.

El libro de Números capítulo 14 nos relata un momento clave en la marcha de los israelitas por el desierto. Ellos estuvieron muy cerca de entrar en la tierra prometida, pero a causa de la dureza de su corazón el Señor les envía de regreso al desierto. Durante cuarenta días doce espías habían recorrido la tierra, y diez de ellos regresaron con un informe muy negativo. El pueblo creyó a estos diez incrédulos y desechó a los fieles Josué y Caleb. Tras cuarenta años, aquella generación terminaría sus días en el desierto.

«El pueblo se enlutó mucho» y pre-

tendieron subir a tomar la tierra. «*Esto tampoco os saldrá bien*» les advierte Moisés, pero ellos insisten en ir (14: 39-45). Seguramente Moisés dijo estas cosas llorando, pues amaba al pueblo del Señor y se dolía por sus continuos fracasos: «*Y caeréis a espada; pues por cuanto os habéis negado a seguir a Jehová, por eso no estará Jehová con vosotros. Sin embargo, se obstinaron en seguir a la cima del monte; pero el arca del pacto de Jehová y Moisés no se apartaron del campamento*», es decir, no siguieron el arca, no siguieron al Señor, se obstinaron en seguir solos. «*Y descendie-*

ron el amalecita y el cananeo que habitaban en aquel monte y los hirieron y los derrotaron, persiguiéndolos hasta Horma». Horma, el fracaso de la carne una vez más.

Sabemos que no fue la primera generación que salió de Egipto, sino la segunda, la que logró entrar en la tierra prometida.

Hoy deseamos ver cómo se nos traza el camino desde el fracaso hasta la victoria, y cómo de alguna manera esto nos ayuda a ver nuestras propias derrotas, y las salidas que el Señor nos tiene, porque él no descansa en sus tratos con nosotros.

Los errores de la primera generación

Aquí hay algo muy fácil de identificar: los israelitas de la primera generación estaban acostumbrados a hablar, a sacar sus propias conclusiones y a oírse a sí mismos. No tenían oídos para la voz del Señor. Algunas de sus expresiones fueron muy terribles: *«¿Por qué nos trajiste a este desierto para morir, acaso no había tumbas en Egipto?», «¿No sería mejor volvernos a Egipto?», «¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y niños sean por presa?» (14:3).*

En Números 14:40 podemos ver claramente un arrepentimiento superficial y una temeraria decisión, cuyo propósito era tratar de enmendar el error cometido. Pero volvieron a fallar en oír y en obedecer al Señor.

Anteriormente habían cometido pecados grotescos, como cuando levantaron un becerro de oro y toda la corrupción que ello generó. Pero esta

decisión aparenta ser «algo bueno»; es como si dijese: «Vamos a enmendar esto, subamos a la guerra». ¿Se fijan, hermanos, que esto es fácil de identificar? Dependieron de su propio razonamiento en vez de humillarse ante el Señor. Su obstinación fue más fuerte, creyeron que por sí mismos podrían conquistar la tierra y vencer a los enemigos con su propia fuerza.

Pero Moisés tenía el oído afinado, su corazón estaba ligado al trono de Dios, él sabía que cuando Dios determinaba algo, lo cumplía inexorablemente. Moisés sabía que en tales circunstancias Dios no se conmovía y el enfrentamiento sería sólo entre Israel y Amalec. En la retina del siervo de Dios estaba fresco el recuerdo de cuando se le dijo: «Jehová peleará por vosotros y ustedes estarán tranquilos» (Éxodo 14:14), aquí, en cambio, la lucha sería sólo entre hombres y no entre Jehová y los amalecitas y cananeos. Por tanto, la derrota estaba asegurada.

El Señor no estaba dispuesto a ir con los israelitas en su desobediencia, sin embargo, estuvo dispuesto a acompañarlos 40 años por el desierto. Esto nos habla de Su bendita gracia. Los abandonó cuando quisieron hacer su propia voluntad, pero los acompañó y nos les faltó el pan ni su vestido se envejeció, «ni se les hinchó el pie» (Deut. 8:4). El Señor tenía provisión para los cuarenta años. No les faltó el agua, ni el socorro, ni la misericordia. El Señor prefiere soltarnos cuando le desobedecemos, pero está dispuesto a recogerlos de nuestros fracasos. ¡Cuán misericordioso es el Señor! ¡Así le hemos conocido!

La segunda generación pasa el Jordán

Pues ahora a Josué 3:1-6: «*Y reposaron allí antes de pasarlo*». Preciosa actitud reposada la de esta nueva generación. Por tres días los oficiales recorren el campamento indicando al pueblo la forma de cruzar el Jordán. «*Marcharéis en pos de ella*» (el arca). ¡Qué hermosa actitud! Ya no está presente la multitud ensimismada que no le importó que el arca y Moisés se quedasen en el campamento. Ahora hay un pueblo distinto, reposado, que se quedará quieto, esperando que el arca se mueva. Todos miraron cómo los sacerdotes levantaron el arca, esperaron el tiempo preciso y entonces marcharon ordenadamente, detrás del arca. ¡El Señor iba delante señalándoles un camino para ellos desconocido! Esta nueva generación agradó al Señor, y nosotros tenemos mucho que aprender de ellos. No presumamos de saberlo todo; reconozcamos con humildad que no conocemos el camino o la forma de hacer la obra de Dios. Sólo si esperamos que él se mueva, y comprobamos la buena voluntad de Dios por el Espíritu y por la Palabra, avanzaremos en la dirección correcta dentro de Su propósito.

«*Y el pueblo pasó en dirección de Jericó. Mas los sacerdotes que llevaban el arca del pacto de Jehová, estuvieron en seco, firmes en medio del Jordán, hasta que todo el pueblo hubo acabado de pasar el Jordán; y todo Israel pasó en seco*» (3:16-17). Gracias al Señor por los sacerdotes que sostuvieron el arca. Hoy nosotros somos un pueblo de sacerdotes, todos sostenemos el arca, hasta que «mucho

pueblo pase». Pensemos en la incómoda situación de los sacerdotes sosteniendo el arca en medio del lecho del río. Pero la incomodidad de estos pocos trajo gran bendición para todo el pueblo del Señor. Hay mucho pueblo de Dios hoy que está sediento y hambriento. Ellos deben pasar del desierto de sus muchos fracasos a la abundancia de la buena tierra que es Cristo con todas sus inescrutables riquezas. Pero se necesitan hombres y mujeres firmes en medio del Jordán, soportando los vituperios de la cruz de Cristo y sosteniendo con el poder del Espíritu Santo el testimonio del Señor.

«*Y cuando todo el pueblo acabó de pasar, también pasó el arca de Jehová*» (4:11). El arca no pasó el Jordán sino hasta que todo el pueblo hubo pasado. *Y Josué mandó a los sacerdotes, diciendo: Subid del Jordán* (4:17). ¿Se fijan que sólo Dios habla? El pueblo no habla, nadie habla, sólo Dios; y Josué no habla antes que Dios.

El mar Rojo y el Jordán

Con todo lo glorioso y espectacular que fue, sin duda, la travesía del mar Rojo, resulta muy interesante compararla con el paso del Jordán.

Dios intervino magistralmente en uno y otro caso, nada podía oponerse al propósito de llevar a Su pueblo a la «buena tierra». Si observamos el comportamiento del pueblo en ambas experiencias, la diferencia es notable. Frente al mar Rojo el pueblo se confunde, reclama y maldice con gran desesperación. Cuando el mar se abre, avanzan en una especie de «¡sálvese quien pueda!». Es fácil imaginar un

caos descomunal en aquella terrible noche. Al amanecer del siguiente día, sin embargo, creyeron, temieron y celebraron con panderos y danzas. Sus emociones estaban alteradas al máximo, ¡pasaron de la desesperación al júbilo en menos de 24 horas! (Éxodo 14 y 15).

Bien pronto el desierto dejaría al descubierto toda su miseria espiritual. La alabanza era genuina, pero en ellos había un serio problema: aun no se conocían a sí mismos.

Pero, ¿qué tenemos frente al Jordán? Tenemos un pueblo que ya no murmura, no se oyen opiniones humanas, nadie está diciendo: «Designemos un capitán y volvámonos a Egipto», ni «¿Crees tú que se abrirá el río?» Aquí hay un pueblo unánime, silencioso (aprendieron a callar), esperando que Dios se mueva para sólo entonces avanzar; un pueblo reposado, disciplinado. Las aguas se detienen ante la presencia del arca, ¡qué momento más solemne! Y pasan ordenadamente. Observemos que no hay celebraciones al otro lado del Jordán, no hay panderos ni danza, no hay júbilo. Ahora se conocen a sí mismos, saben que no fue por sus fuerzas propias, saben que tan sólo la mano poderosa del Señor les pudo introducir en la tierra.

Gilgal

Con gran solemnidad y paz llegan al otro lado. Luego de levantar un monumento recordatorio, acampan en Gilgal. En vez de haber fiesta, hubo circuncisión –toda una generación de varones no estaba circuncidado (Josué 5:5)–. ¡Qué debilitamiento vino sobre

los hombres de guerra en aquel día! Debieron permanecer allí hasta que se sanaron. O sea, ¡en vez de fiesta, una dolorosa obediencia!

El mar Rojo fue una figura del bautismo e incluye la celebración y el júbilo; el paso del Jordán, en cambio, es figura de la cruz. En otra forma, Gilgal también representa la cruz (la circuncisión: el despojamiento de la fuerza natural). Después de largos años nos hemos venido conociendo «como realmente somos». Hoy no nos atrevemos a opinar con ligereza, tememos reclamar ante la adversidad, en verdad ningún reclamo nos conviene. Sólo nos conviene humillarnos bajo la poderosa mano del Señor (1 Pedro 5:6).

Los que llevamos algunos años en este Camino, nos convencemos cada día más, que lo único que nos conviene en esta vida, es seguir llenando nuestros corazones de Cristo.

En este último tiempo Dios ha estado trabajando profundamente con nosotros. Estamos probando su vara; estamos conociendo la disciplina del Señor; estamos conociendo la cruz en una dimensión cada vez más profunda; el Señor está tocando «más adentro». Está podando a los que han llevado fruto para que puedan dar más fruto.

Consideramos como un síntoma de madurez en la iglesia cuando los hermanos miran con respeto a un siervo de Dios que se encuentra pasando por un período de silencio. No es el día para enjuiciar ligeramente. Si el Señor está corrigiendo algo, esperemos. En ese silencio se está formando un mensaje que el hermano en cuestión ni se imagina.

Soporta, siervo del Señor; soporta ese crisol que te consume, que ya pronto tu Señor te traerá en resurrección. Ésta será tan gloriosa que muchos serán enriquecidos por la vida de Cristo que fluirá por tu corazón.

Algunos sufren porque sus debilidades les hacen tropezar. Pero hay un dolor que pertenece a otra categoría dentro de los tratos del Señor, donde el problema de fondo es el «yo» mismo, y no los pecados y el mundo. Es «la buena intención» la que está yendo a la muerte; ¡ese alto concepto de sí mismo, la presunción y la arrogancia se están quebrando en pedazos! Para que se cumpla que «ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí».

Algo quedó en las arenas del Sinaí

Pero volvamos al ejemplo de Israel cruzando el Jordán. La conciencia que ellos tenían en aquella ocasión era: «¡Es tan tremendo lo que viene, y sólo la mano poderosa del Señor nos puede introducir en la tierra. Lo único que nos conviene es avanzar en este camino de agradar al Señor! ¡No nos conviene dar un solo paso en falso, si Dios habla nos movemos y si él no habla hemos de quedarnos quietos!».

Tenían que asegurarse de que el Señor iría delante de ellos, pues de otra manera serían aniquilados. Entonces no encontraron muchas razones para celebrar. Les embargaba más bien un temor reverente a causa de las batallas y de la herencia que tenían por delante.

¿No será que nosotros estamos hoy en una situación similar? Pedimos misericordia al Señor, pues, siendo hombres tan indignos, con tantas falencias y habiendo otros mucho

Algunos sufren porque sus debilidades les hacen tropezar. Pero hay un dolor que pertenece a otra categoría dentro de los tratos del Señor, donde el problema de fondo es el «yo» mismo, y no los pecados y el mundo.

mejores que nosotros, aún nos está ocupando. ¡Señor, cuán grande es tu misericordia al considerarnos!

También es verdad que en la toma de Jericó se presentó un problema: Acán tomó del anatema violando el expreso mandamiento del Señor a través de Josué (6:18). Uno de los guerreros desobedeció, lo cual implica que todos los demás obedecieron. El pecado de Acán sirve para destacar la fidelidad de esta generación en contraste con la infidelidad de la primera. De aquella, únicamente dos hombres, Josué y Caleb, agradaron al Señor. Aquí, un solo guerrero entre muchos miles es el que fracasa. *Finalmente Dios obtuvo un pueblo que agradó su corazon y a ellos les dio la buena tierra.*

¡Gloria a Dios por su victoria! Algo quedó sepultado en las arenas del Sinaí. Siempre pensamos en los fracasos de Israel, pero aquí, tras largos 40 años (largos para el hombre, no para Dios) tenemos una generación que se santificó, que conoció a su Dios, que dejó atrás sus reclamos y su energía natural.

El trabajo del Espíritu Santo hoy sigue el mismo principio. Se espera que los fracasos que hemos experimentado a través de los años como individuos y como iglesia sirvan para que algo de nosotros mismos, de nuestra fuerza natural, vaya quedando atrás, sepultado en las arenas del desierto y algo más de Cristo vaya siendo añadido.

¿De qué nos habla esto sino de la victoria del creyente? La buena tierra siempre será Cristo para nosotros. Decimos «quiero más y más de Cristo», más de Cristo en ti y en mí, menos de mi carne, menos de mi orgullo, menos de mi «yo».

Que el Señor tenga misericordia de todos nosotros. El Señor es persistente e implacable con la naturaleza caída del hombre; se ha propuesto llevarla a la cruz. De otra manera, no estaríamos

en condiciones de ser enviados. Si se usa a una persona orgullosa, se volverá más orgullosa; si se apoya a una persona egoísta, será todavía más egoísta; si se tolera a una persona obstinada, seguirá siéndolo; pero si se usa a una persona quebrantada, sólo el Señor llevará gloria. ¡Dios trabaja con hombres quebrantados y de ellos se agrada!

El Señor tiene propósitos con nosotros. Nos ha llamado de las tinieblas a su luz, no tan sólo para entretenernos en reuniones dominicales: ¡CRISTO se está formando en nosotros! Y tal debe ser el único objetivo de nuestra vida. Sabemos que el Padre sólo se agrada en Su Hijo. Entonces, Cristo en ti y en mí es nuestra mayor ganancia, nuestra mayor riqueza, nuestra tierra prometida. ¡Tierra donde fluye leche y miel es Cristo para nosotros!

j j j

La mejor elección

En 1929, después de un trabajo prolongado en la predicación del evangelio, Watchman Nee volvió cansado a su ciudad natal, Foochow, en China. Cierta día en que caminaba por las calles con un bastón, muy delgado, y con una salud muy precaria, se encontró con uno de sus antiguos profesores de la Facultad. El profesor lo llevó a una casa de té, donde se sentaron. El profesor lo observó bien y le dijo: «Mire, durante sus años de escuela nosotros lo teníamos en alta estima. Esperábamos que alcanzase mucho éxito. ¿Usted me quiere decir que esto es todo lo que usted es?».

Al oír esta pregunta tan directa, su primer deseo, como contó más tarde, fue dejarse abatir y llorar. Su carrera, su salud, todo se había ido, y allí estaba su antiguo profesor, preguntando: «¿Usted se encuentra en el mismo punto, sin éxito o progreso alguno que mostrar?».

Pero en seguida él supo realmente lo que era tener el Espíritu de gloria posando sobre su persona. La idea de poder derramar su vida por el Señor inundó literalmente su alma de gloria. Él pudo mirar hacia lo alto y decir, en silencio: «¡Señor, te alabo! Esta fue la mejor cosa que me sucedió. ¡Yo escogí lo correcto!».

La visión original de Pablo acerca de Cristo y la Iglesia se completan mientras estaba en la cárcel en Roma.

El hombre celestial



Eliseo Apablaza

La vida y ministerio de Pablo están enteramente gobernados por la visión del Hombre celestial, que es Cristo, la Cabeza, y la Iglesia, su cuerpo.

La primera visión de este Hombre celestial la recibió Pablo en el camino a Damasco. Allí se le manifestó el Señor y diciéndole: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?», dando a entender con esto que, aunque él estaba en el cielo, su cuerpo estaba sobre la tierra, expresado en aquellos pequeñitos que estaban siendo golpeados por él. Esta visión del cuerpo de Cristo se confirma aún más para Saulo al demandársele que vaya a la ciudad, donde se le diría lo que habría de hacer. Saulo no recibió más instruccio-

nes directamente de la Cabeza, sino indirectamente de Su cuerpo.

Esta experiencia ocurre al comienzo de la carrera de Pablo. Y cuando llegamos al final de ella, encontramos una visión mucho más perfecta y cabal de esta misma revelación, en sus tres mayores epístolas carcelarias.

Una visión más perfecta

En efecto, Efesios, Filipenses y Colosenses, muestran en conjunto la realidad espiritual de este Hombre celestial, este Hombre nuevo.

Los estudiosos de la Biblia coinciden en que estas tres epístolas son, desde el punto de vista revelacional, las mayores que escribió Pablo. Las tres fueron escritas desde la cárcel, y las

tres tratan sobre Cristo y la Iglesia. En la cárcel, mientras estubo privado de libertad, fue donde Pablo experimentó la visión más amplia respecto del misterio del evangelio.

Cada una de estas epístolas enfatiza un aspecto diferente, que, en forma conjunta, nos describen este Hombre celestial. Tal como el hombre natural está compuesto de cuerpo, alma y espíritu, así estas epístolas muestran al nuevo Hombre en esta misma triple dimensión.

Cuando Cristo, como hombre, nació de la virgen María, él pasó por las etapas de crecimiento de todo hombre, y lo hizo en estos mismos tres planos: cuerpo, alma y espíritu. «*Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él*» (Lc. 2:40). Era un crecimiento ordenado, que avanzaba desde su cuerpo hacia su espíritu, pasando por su alma. El Hombre celestial crece de la misma manera, en el mismo orden, hasta alcanzar la plenitud de Dios.

Hasta la consumación de esta era, Dios estará realizando esta obra: el perfeccionamiento, el progreso hasta la madurez, del Hombre celestial. El Hombre-Jesús necesitó 30 años de vida humana para alcanzar la madurez. ¿Cuánto necesitará este Hombre celestial para estar plenamente desarrollado?

Estas tres epístolas escritas por Pablo mientras estaba preso en Roma nos muestran en conjunto cómo es este Nuevo Hombre, cómo es su cuerpo, su alma y su espíritu. Efesios nos muestra cómo Dios dio un cuerpo a este Hombre, cómo lo hizo nacer; Filipenses nos muestra cómo es psicológicamente este Hombre, cómo

piensa, siente y actúa; Colosenses, por su parte, nos introduce en los pliegues de su espíritu, ese Lugar Santísimo tan particular, donde este Hombre alcanza la plenitud.

Efesios

Efesios nos presenta al Hombre celestial. Pablo reitera una y otra vez la realidad de la Iglesia como el Cuerpo de Cristo (1:22; 2:16; 4:4; 4:12; 4:16; 5:23; 5:28; 5:29; 5:30), y, sorprendentemente, hay una gran variedad de alusiones al cuerpo humano. Se mencionan las rodillas, los pies, los ojos, la boca, los lomos, su carne y sus huesos, y, en general, cada miembro del cuerpo (4:16). Incluso se menciona su estatura y sus vestidos. En ninguna de las otras dos epístolas hay una alusión tan marcada al cuerpo como realidad humana, lo cual – creemos – no es accidental, sino que tiene la intención de mostrar un hecho espiritual: reafirmar en nosotros la visión del cuerpo de Cristo.

En cada capítulo de Efesios se nos muestra un nuevo aspecto de este Hombre celestial. En el capítulo 1 se nos presenta *su realidad celestial*, pues el Padre exaltó a Cristo, y le dio autoridad sobre todo lo creado, poniéndolo como Cabeza de la Iglesia. (1:20-23). En el capítulo 2, vemos *su origen*, que es la cruz de Cristo: «*Para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre...*» (2:15). Antes de la cruz hubo dos realidades humanas diferentes (judíos y gentiles), pero que procedían del mismo tronco: el hombre viejo, el antiguo Adán. En la cruz ambas realidades mueren para dar paso a una nueva.

En el capítulo 3 Pablo nos muestra *la grandeza del misterio* del Hombre celestial, que en otras generaciones no se dio a conocer, y que recién ahora es revelado a través de los apóstoles y profetas. En el capítulo 4, se nos muestra *su crecimiento hasta la madurez*. Pablo nos dice que este Nuevo Hombre necesita irse formando, y expresando sobre la tierra. Esto, tanto en el plano personal, como en lo colectivo. Cada creyente es llamado a una renovación, a un revestimiento constante. Pablo toma como ilustración el vestido, como cuando alguien se desviste de alguna ropa vieja y se viste de una nueva. Por eso dice: «*Despojaos del viejo hombre ... y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios*» (4:22, 24).

En lo colectivo, este crecimiento está expresado, por un lado, por la unidad de la fe, y por otro, por la unidad del conocimiento, hasta llegar a la madurez espiritual que se expresa en alcanzar la estatura de Cristo. Los hijos de Dios podrán llegar a ser uno en la fe y en el conocimiento de nuestro Señor sólo por medio de la realidad del cuerpo de Cristo, que recibe su crecimiento de la Cabeza. Los muchos creyentes diseminados no lograrán ponerse de acuerdo pese a los muchos intentos de alianza y confraternidad. La unidad sólo es posible si los creyentes toman conciencia de su realidad de miembros del mismo cuerpo, inseparablemente unidos y destinados a una misma suerte y destino. Ellos están coligados, y son mutuamente dependientes y comiembros los unos de los otros. Sólo esta realidad espiritual, cuando sea plenamente vivida, hará posible que la Iglesia alcance su mayoría de edad.

El Hombre-Jesús necesitó 30 años de vida humana para alcanzar la madurez. ¿Cuánto necesitará este Hombre celestial para estar plenamente desarrollado?

En el capítulo 5 se nos muestran *los cuidados* de la Cabeza hacia su cuerpo, cómo él atiende las necesidades de la Iglesia. «*Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos*» (5:29-30). Cada ser humano cuida su cuerpo, lo sustenta y lo cuida: así también hace Cristo con su Iglesia. La palabra «sustenta» puede también traducirse como «nutre», y «cuida» como «abriga». Es decir, tanto el alimento como el vestido son parte del cuidado de Cristo sobre la Iglesia.

Finalmente, en Efesios 6 vemos el cuerpo del Hombre celestial *perfectamente armado para la batalla*. Esta armadura tiene armas defensivas y ofensivas —más defensivas que ofensivas— lo cual da cuenta de la victoria ya lograda por Cristo en la cruz, y que ahora sólo es mantenida y defendida por la Iglesia.

Notemos que este Hombre Celestial no es el cristiano individual, sino que es Cristo y la Iglesia, como una unidad indisoluble. Es este Hombre el que está llamado a sostener la victoria de la Cabeza en el tiempo presente, y no el cristiano individual.

Filipenses

Filipenses es una epístola impregnada de emociones y sentimientos del alma. (De hecho, Pablo escribió esta epístola llorando, 3:18). Es evidente que la iglesia en Filipos ocupaba un lugar muy cercano al corazón de Pablo. Por eso tenemos aquí los sentimientos más nobles del alma del apóstol sujeta al Espíritu, que son los sentimientos del Hombre celestial. Esta epístola nos muestra la rica variedad psicológica, con sus mil maravillosos matices, del sentir de Cristo a través de la Iglesia. ¿Cómo piensa, cómo siente, cuál es el querer de este Hombre celestial, especialmente cuando está rodeado de circunstancias adversas?

El Hombre celestial es la continuación de Cristo en su ministerio terrenal. Lo que Cristo fue ayer en este mundo es el Hombre celestial hoy. «*Pues como él es, así somos nosotros en este mundo*» (1 Jn. 4:17 b). Así que, miramos más allá de la Iglesia en Filipos, y más allá de Pablo, para ver, si pudiera decirse sí, la configuración psicológica de Cristo a través de esta epístola.

Los tres planos de la psique humana están aquí presentes: la mental, la afectiva y la volitiva.

Una manera de pensar

En la *plano intelectual*, la nota predominante es el ‘froneo’ griego, que es traducido como «sentir» en la versión Reina Valera, y frecuentemente como ‘sentimiento’ en la Biblia de Jerusalén, pero que significa, literalmente «pensar». Este «pensar» es, sin embargo, más que una mera actividad intelectual, es una actitud mental.

Esta palabra griega, con sus diversas formas, aparece diez veces en esta epístola. En la primera, el apóstol expresa sus pensamientos de bien hacia los filipenses, deseando que Dios complete la obra que comenzó en ellos. (1:6-7). Luego, el apóstol expresa un deseo hacia los filipenses: que ellos piensen lo mismo (2:1-2). Ellos deben tener una misma actitud mental. Pero ¿cuál es esa actitud mental? «*Haya, pues, en vosotros este sentir (froneite) que hubo también en Cristo Jesús*». Y aquí comienza la maravillosa descripción del descenso de Cristo.

Esta es la actitud mental de Cristo: negarse a sí mismo en bien de los demás, y bajar una y otra vez, hasta llegar a la cruz. Esta es la trayectoria de uno que siguió la senda de la cruz. Cristo se humilló en su condición de Dios (porque se hizo hombre), luego en su condición de hombre (porque se hizo esclavo), y luego en su forma de morir (porque murió crucificado).

Nosotros siempre queremos subir, subir y subir, pero Cristo nos muestra en estos tres momentos de su humillación cuál es su manera de pensar: bajar, bajar y bajar.

Esta fue también la actitud mental de Timoteo y Epafrodito, quienes pensaban más en el bien de los hermanos que en el suyo propio (vv. 19-30), y sobre todo, la de Pablo, quien menosprecia todo aquello que era para él motivo de gloria, por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús. (cap.3). El razonamiento concluye haciendo un llamado a los filipenses para que todos piensen lo mismo, como deben de pensar los que han alcanzado madurez. «*Así que, todos los que somos perfec-*

tos, esto mismo sintamos (fronomen); y si otra cosa sentís (froneite), esto también os lo revelará Dios» (3:15).

En contraposición está la actitud de aquellos que sólo piensan en lo terrenal (Fil.3:18-19), los cuales tienen su mente adaptada a la tierra. El apóstol no duda en declararlos «enemigos de la cruz de Cristo».

Luego, hay un llamado a dos hermanas, Evodia y Síntique, para «*que sean de un mismo sentir (fronein) en el Señor*» (4:2). En ellas, Pablo resume esta lucha de pensamientos entre los que aman la cruz y los que la aborrecen. Ellas son puestas en estrecho por el apóstol. La capacidad de sentir lo mismo revelará si están pensando (sintiendo) lo correcto. Sabiendo que es una lucha feroz, Pablo pide la ayuda del «compañero fiel» para que les ayude.

Esta es, en síntesis, la manera de pensar de Cristo, es también la de sus siervos Pablo, Timoteo y Epafrodito. Y es también la manera de pensar de la Iglesia, del Hombre celestial.

Una manera de sentir

En el plano afectivo, encontramos muchos y nobles sentimientos y emociones, pero el más destacado es el gozo, reiterado muchas veces (1:4, 18, 25; 2:2; 2:17-18; 2:28-29; 3:1; 4:1, 4, 10-11). Es el gozo en medio del dolor y la adversidad.

Recordemos que Pablo fue azotado en Filipos, y luego encarcelado. Y allí, lejos de quejarse ante la adversidad, él canta himnos con su compañero Silas. Esta experiencia de Pablo se repite casi exactamente ahora, muchos años después. Mientras escribe esta epístola, Pablo está encarcelado en Roma, y de nue-

vo está el mismo regocijo.

Las circunstancias son difíciles. No sólo está el dolor de Pablo al verse impedido de predicar a tiempo y fuera de tiempo, como era su costumbre. Está también la incertidumbre acerca del mañana. Por dos años Pablo estuvo encerrado esperando una entrevista con el emperador Nerón, que podría producirse en cualquier momento, cuando éste lo dispusiese. Esta espera podía desgastarlo anímicamente, pero no ocurre así. Él muestra la mejor expresión de los sentimientos de Cristo ante esa adversidad. La experiencia personal de Pablo señala el camino de la experiencia de la Iglesia. Su sentir en esa experiencia es el modelo del sentir de la Iglesia también en esas circunstancias.

La vida de Cristo es tan poderosa que aún en los momentos más desesperanzadores, ella tiene gozo. Esta fue la experiencia de Pablo, la de la iglesia en Filipos, y de todos los cristianos.

Una manera de querer

¿Cuál era el querer de Pablo? En el capítulo 1 de Filipenses vemos que Pablo tenía un querer, y ese querer era partir para estar con Cristo (vv. 21-26). Ya estaba viejo y cansado. Él había vivido muchos sufrimientos, había recibido tantas injusticias, sobre su corazón pesaba tanto la suerte de las iglesias, que él legítimamente deseaba partir. Sin embargo, él renuncia a su deseo y espera poder quedarse un tiempo más, porque era necesario por causa de los hermanos, para «provecho y gozo de la fe» de ellos.

Pablo muestra en esto el querer de

Cristo, que es negarse a sí mismo en bien de los demás.

Es normal que nosotros, cuando tomamos decisiones, lo hagamos teniendo en cuenta nuestra conveniencia. Pero Pablo era un hombre maduro. Su forma de querer nos muestra la forma de querer de Cristo. En Getsemaní el Señor renunció a su propio querer para que se hiciera la voluntad de Dios. ¿Cómo quiere el Hombre celestial? Él no tiene su propio y personal querer, sino el querer de Dios.

En el capítulo 4 de Filipenses, vemos un hombre, Pablo, que se alegra cualquiera sea su situación. Él puede tener abundancia o padecer necesidad, pero en todo está contento. Él no tiene su propio querer en relación a la abundancia o a la escasez. Él está en un punto neutro. Si el Señor le da escasez, está bien; si le da abundancia, también está bien.

Así que, Pablo dice: ¿Hay que partir o quedarse? Lo que Dios quiera. ¿Hay que tener abundancia o escasez? Lo que Dios quiera. El querer de un hombre de Dios es el querer del Hombre celestial, es decir, el querer de Cristo.

Así pues, Filipenses nos muestra cuál es la psicología, cuál es el alma, de este Hombre celestial; cómo es un alma saturada de la vida de Cristo.

Colosenses

Por último, Colosenses es la epístola de la plenitud, de las cosas perfectas y cabales. Si Efesios nos muestra el cuerpo, y Filipenses el alma, Colosenses nos introduce al espíritu del Hombre celestial.

En el pasaje de 1:15-22 nosotros entramos al Lugar Santísimo. Aquí per-

cibimos el Arca del Pacto con sus querubines y con el propiciatorio; y al Señor Jesucristo, creador, sustentador y también reconciliador de todas las cosas (no sólo terrenas, también celestiales), realizando su magnífica obra como Cordero de Dios. La figura de Cristo adquiere aquí un relieve magnífico; y su obra, dimensiones cósmicas.

La cruz tiene aquí una función superlativa: no sólo nos reconcilió con Dios (1:21-22), y quitó de nosotros el cuerpo pecaminoso carnal (2:11), sino que, además, reconcilió todas las cosas de los cielos y la tierra con Dios (1:20). En este último punto, la cruz adquiere una dimensión inédita en las otras epístolas de Pablo. El hombre celestial expresa una victoria magnífica, que es la culminación de la obra de la cruz.

¡Oh, este conocimiento es maravilloso! Por eso, Colosenses no sólo habla de «conocimiento», sino de conocimiento pleno (la 'epignosis' griega). No un conocimiento mental, sino de conocimiento espiritual: *«Desde el día que oísteis y conocisteis (plenamente) la gracia de Dios en verdad»* (1:6); *«No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento (pleno) de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual»* (1:9); *«Creciendo en el conocimiento (pleno) de Dios»* (1:10); *«Hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento»* (2:2); *«El cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno»* (3:10). Es por el espíritu que conocemos lo profundo de Dios, la plenitud de Dios. ¿Cuál es la plenitud de Dios?

Cristo reúne en sí toda la plenitud de Dios: «Por cuanto agradó al Padre

que en él habitase toda plenitud» (1:19); «Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad» (2:9). En él están ocultos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (2:3), por eso en él el hombre (corporativo) es hallado perfecto: «A fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre» (1:28); «Y vosotros estáis completos en él» (2:10).

Colosenses contiene la más alta revelación de Cristo, y del hombre en Cristo. El Hombre celestial es aquí un hombre resucitado, que vive en las alturas, pues está escondido con Cristo en Dios en los cielos (3:1-4). Este Cristo hoy es la esperanza de gloria de la Iglesia (1:27), es su vida presente (3:4) y es la plenitud de todas las cosas (3:11).

En Efesios tenemos sólo el anuncio de la expresión de la voluntad eterna de Dios (1:10), aquí en Colosenses aparece como un hecho consumado: Cristo es la cabeza de todo principado y potestad (los despojó en la cruz, 2:15), y es el Todo en todos (2:10 b; 3:11).

Aquí en Colosenses todas las cosas son perfectas y están completas. El evangelio ya ha sido predicado a todo el mundo (1:23). Pablo se siente llamado a completar las aflicciones de Cristo por su Iglesia (1:24), y a anunciar en forma completa la palabra de Dios (1:25).

En Colosenses aparece, al igual que en Efesios, el doble misterio, el misterio de Dios (Cristo), en 2:2, y el misterio de Cristo (la Iglesia), en 4:3; pero además, ellos se reúnen magistralmente en las frases «Cristo (la plenitud de la Deidad) en vosotros» (1:27), y «vosotros estáis completos en él» (2:10). Esto es el 'sumum' de

la perfección y la consumación de todas las cosas: *la Deidad está plena en Cristo (y como Cristo habita en nosotros), nosotros estamos plenos en él.*

Colosenses cierra el círculo profético al señalar que Cristo es la explicación y antitipo de todas las cosas del Antiguo Testamento. Él es el cuerpo del cual todas aquellas cosas eran sólo sombras (2:16-17).

Pero no sólo el judaísmo palidece ante la gloria de Cristo, sino también el ascetismo, con sus mil formas de abstinencias (2:20-23).

Colosenses retoma la figura de Efesios del revestimiento del Hombre nuevo, pero lo lleva al final, hasta «el conocimiento pleno» (3:10), conforme a la imagen de Cristo.

Colosenses retoma y consume el carácter de la Iglesia, este Hombre celestial, en 3:12-14. Aquí están los más nobles sentimientos —presididos por la compasión—, hasta alcanzar el punto culminante en *el amor, el vínculo de la perfección.*

La suma de la revelación paulina

Estas tres grandes epístolas nos muestran, de esta manera, la suma de la revelación paulina, que es la del Hombre celestial, Cristo y la Iglesia. Toda la carrera de Pablo se resume y sintetiza en esta gloriosa revelación, consumada en la cárcel, donde todo mal y penuria tiene su asiento, pero donde los cielos se abrieron para él, y para nosotros todos.

Concedáanos el Señor un conocimiento más espiritual y profundo de esta maravillosa realidad, para que podamos expresarla debidamente sobre la tierra.

EL SEÑOR TUVO QUE DAR EXPLICACIONES

Cuando el Señor llamó a Mateo, tuvo que dar explicaciones a los fariseos, porque ellos pensaban que era indigno que el Señor entrara a comer en casa de un publicano. ¡Si ellos hubiesen sabido entonces que el Señor no sólo accedió a comer con él, sino que le había llamado para que fuese su discípulo y más tarde su apóstol!

Entonces, contra ese maligno ataque de los fariseos hacia Mateo, el Señor opuso este hermoso argumento: «*Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos... Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento*». (Mateo 9:12-13).

Mateo no calificaba para ser favorecido por el Maestro, pues era un hombre pecador, y un pecador de la peor clase, de esa clase que no despierta lástima, sino repulsión. Era un cobrador de impuestos ambicioso, capaz de desangrar a su propio pueblo para llenar las arcas de los dominadores romanos, y, de paso, llenar también las suyas.

Ser un cobrador de impuestos era señal de prosperidad económica, pero de absoluta insolvencia moral. Por eso el Señor tuvo que dar explicaciones, y esto, ni siquiera a sus amigos, sino a sus detractores.

Antes, Dios había tenido que hacer algo similar, cuando habló a Satanás a favor de Job, un hombre justo. Pero ahora el Señor tiene que dar explicaciones a favor de un pecador. ¡Tan atraído era el Señor por el hombre! ¡Tan fuerte era su vocación de buen Pastor!

Es verdad, Mateo era un *enfermo*, y un *pecador*, según las propias palabras del Señor. Por eso, precisamente, no ameritaba el desechamiento sino la misericordia. Los detractores vieron sólo al publicano pecador; pero el Señor vio más allá de eso: vio la transformación que la gracia habría de operar en él. Vio al apóstol, al escritor inspirado, al mártir; vio su nombre escrito con piedras preciosas en uno de los cimientos del muro de la Jerusalén celestial.

Las objeciones de los fariseos fueron severas para descalificar a Mateo. ¿Cuáles hubieran sido las usadas contra nosotros? Satanás pudo llenarse de argumentos y vomitarlos contra nosotros a través de nuestros jueces, pero para todos ellos el Señor tuvo un solo y gran argumento, el mismo que esgrimió a favor de Mateo.

Para recuperar su poder perdido, la Iglesia necesita ver a cielo abierto y tener una visión transformadora de Dios.

El secreto revelado



A.W. Tozer

Desde la perspectiva de la eternidad, la mayor necesidad de la época actual puede ser perfectamente que la Iglesia sea librada de su largo cautiverio babilónico y que el nombre de Dios sea en ella glorificado, como en el pasado. No debemos, sin embargo, pensar en la Iglesia como un cuerpo anónimo o una abstracción mística. Nosotros los cristianos somos la Iglesia, y aquello que hacemos es lo que la Iglesia está haciendo. La cuestión es, por lo tanto, personal, para cada uno de nosotros. Cualquier avance en la Iglesia deberá partir del individuo.

¿Qué podemos hacer nosotros, creyentes comunes, para traer de vuelta la gloria que se fue? ¿Hay algún secreto que podamos aprender? ¿Hay

alguna fórmula para un reavivamiento personal que pueda ser aplicada a la presente situación, a nuestra propia situación? La respuesta es Sí.

La respuesta, sin embargo, podrá decepcionar a algunas personas, porque no es profunda. No les traigo un criptograma esotérico, ni presento un código místico que precise ser cuidadosamente descifrado. No apelo a ninguna ley oculta del inconsciente, ni a ningún conocimiento escondido y conocido sólo por algunos iniciados. El secreto ya está revelado, y el peregrino puede leerlo fácilmente. Es simplemente el antiguo y siempre nuevo consejo: *Conozca a Dios*. Para recuperar su poder perdido, la Iglesia necesita ver a cielo abierto y tener una visión transformadora de Dios.

Pero el Dios que debemos ver no es el dios utilitario tan popular hoy, cuyo principal atractivo es su capacidad de hacer que los hombres sean exitosos en sus diversas ocupaciones, y por esta razón está siendo adulado y lisonjeado por todo aquel que desea obtener un favor. Tenemos que aprender a conocer al Dios que es Majestad en los cielos, Padre omnipotente, Creador del cielo y la tierra, el único sabio Dios, nuestro Salvador. Es él quien se sienta sobre el círculo de la tierra, que extiende los cielos como una cortina y los desdobra como una tienda para su habitación; que llama las huestes de estrellas por sus nombres, por la grandeza de su poder; que no se fía en los príncipes y no busca en los reyes el consejo.

No se puede tener conocimiento de tal Ser sólo por el estudio. Este conocimiento viene por una sabiduría desconocida del hombre natural, pues es espiritualmente que se discierne. Conocer a Dios es, al mismo tiempo, la cosa más fácil y la más difícil sobre la tierra. Es fácil porque el conocimiento no se obtiene por el duro esfuerzo mental, sino que es dado gratuitamente. Como la luz solar cae libremente sobre un campo abierto, el conocimiento del Dios santo es un don gratuito hecho a los hombres dispuestos a recibirlo. Pero, tal conocimiento es difícil porque existen condiciones que han de ser satisfechas y la naturaleza obstinada del hombre no las acepta con facilidad.

Permítanme presentar un breve resumen de estas condiciones, como son enseñadas en la Biblia y repetidas a través de los siglos por algunos de

Conocer a Dios es al mismo tiempo la cosa más fácil y la más difícil sobre la tierra.

los hombres más santos que el mundo ha conocido.

Primero, abandonemos el pecado. La creencia en un Dios santo que no puede ser conocido por los hombres perversos no es novedad para la religión cristiana. El libro hebreo Sabiduría de Salomón, que antecede al cristianismo en muchos años, contiene el siguiente pasaje: «Amad la justicia, los que juzgáis la tierra, pensad rectamente del Señor y con sencillez de corazón buscadle. Porque se deja hallar de los que no le tientan, se manifiesta a los que no desconfían de él. Pues los pensamientos tortuosos apartan de Dios y el Poder, puesto a prueba, rechaza a los insensatos. En efecto, en alma fraudulenta no entra la Sabiduría, no habita en cuerpo sometido al pecado; pues el Espíritu Santo que nos educa huye del engaño, se aleja de los pensamientos necios y se ve rechazado al sobrevenir la iniquidad.» El mismo pensamiento es encontrado en diversos lugares de las Escrituras inspiradas, siendo las palabras de Jesús probablemente las más conocidas: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios».

En segundo lugar, es preciso que haya una entrega completa de toda la vida, por la fe, a Cristo. Es eso lo que significa «creer en Cristo». Implica una asociación con él, voluntaria y

emotiva, acompañada del firme propósito de obedecerle en todo. Esto exige que cumplamos sus mandamientos, carguemos nuestra cruz, y amemos a Dios y a nuestro prójimo.

En tercer lugar, debemos reconocer que morimos para el pecado y estamos vivos para Dios en Cristo Jesús; siguiéndose a eso una completa abertura de nuestra personalidad, tornándonos receptivos a la entrada del Espíritu Santo. Tendremos, entonces, que practicar la autodisciplina que el andar en el Espíritu requiere, y mortificar la concupiscencia de la carne.

En cuarto lugar, debemos repudiar con vigor los valores mezquinos del mundo caído y desligarnos en espíritu de todo aquello que cautiva el corazón incrédulo, permitiéndonos sólo los placeres simples de la naturaleza que Dios otorga igualmente al justo y al injusto.

En quinto lugar, debemos practicar el arte de la meditación larga y llena de amor sobre la majestad de Dios. Eso exigirá algún esfuerzo, porque el concepto de la majestad casi desapareció de la raza humana. El foco de interés del hombre de hoy es su propia persona. El humanismo en sus diversas formas sustituyó la teología como clave para la comprensión de la vida. Cuando en el siglo XIX el poeta Swineburge escribió: «Gloria al hombre en las alturas, porque el hombre es el Señor de las cosas», él dio al mundo moderno su *Te Deum*. Todo eso tiene que ser cambiado por un acto deliberado de la voluntad, y mantenido así a través de un paciente esfuerzo mental.

Dios es una Persona y puede ser

conocido en un grado siempre creciente de intimidad, a medida que preparamos nuestros corazones para el portento. Tal vez sea necesario cambiar algunas creencias anteriores que poseemos respecto de Dios, mientras la gloria que brilla en las Sagradas Escrituras pasa a manifestarse en nuestras vidas interiores. Tal vez tengamos también que separarnos graciosa y silenciosamente del textualismo sin vida que prevalece entre las iglesias evangélicas, y protestar contra el carácter frívolo de muchas cosas que pasan por cristianismo entre nosotros. Con eso tal vez perdamos amigos y ganemos una reputación temporaria de «santulones»; pero el hombre que se deje influenciar por la expectativa de consecuencias desagradables en una cuestión como esta, sería indigno del reino de Dios.

En sexto lugar, a medida que el conocimiento de Dios se va tornando más maravilloso, se vuelve imperativo que nuestro servicio a nuestro prójimo aumente. Este bendito conocimiento no nos fue dado para que lo disfrutemos de modo egoísta. Cuanto más perfectamente conocemos a Dios, tanto más desearemos aplicar este nuevo conocimiento a obras de misericordia para con la humanidad sufriendo. El Dios que todo *nos* dio continuará dando todo *a través* de nosotros, en la medida que vamos creciendo en su conocimiento.

Nosotros consideramos hasta aquí la relación que existe entre el individuo y Dios; pero, como el perfume en la mano derecha, que «se traiciona» por su olor, cualquier conocimiento intensificado de Dios luego afectará a

aquellos que nos rodean en la comunidad cristiana. Y debemos buscar deliberadamente compartir la luz que crece en nosotros con los demás miembros de la casa de Dios.

La mejor manera de alcanzar ese objetivo es manteniendo la majestad de Dios en lugar destacado en todos nuestros cultos públicos. No sólo nuestras oraciones particulares deben alabar a Dios, sino nuestro testimonio, nuestro

cántico, nuestra predicación y aquello que escribimos deberá centralizarse en la persona de nuestro santo, santo Señor; exaltando continuamente la grandeza de su dignidad y poder. Hay un hombre glorificado a la diestra de la Majestad en los Cielos; representándonos fielmente allí. Fuimos dejados por un tiempo entre los hombres; vamos a representarlo fielmente aquí.

(Tomado de «*The Knowledge of the Holy*»).

j j j

Amarlo más

Al concluir de pintar el célebre pintor Gustavo Doré un cuadro sobre Jesucristo, los amigos juzgaron esa obra como la consagración definitiva del artista, el clímax de su fama. Sin embargo, Doré sólo exclamó: «Lo habría hecho mejor si lo hubiera amado más».

Sólo Cristo

No la Iglesia, sino Cristo. No las doctrinas, sino Cristo. No las formas, sino Cristo. No las ceremonias, sino Cristo. Cristo, el Dios-hombre, dando su vida por la nuestra – sellando la eterna alianza y dándonos paz a través de la sangre de su cruz. Cristo, el depósito Divino de toda luz y verdad, «en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.» Cristo, el vaso infinito, lleno con el Espíritu Santo, Aquel que ilumina, que enseña, que despierta, que conforta – de tal forma que «todos nosotros hemos recibido de su plenitud, y gracia sobre gracia». Éste, éste solamente, es el refugio del alma afligida – la roca sobre la cual ella puede construir el hogar para habitar, hasta que el gran tentador sea aprehendido, y todo conflicto termine en victoria.

Horatius Bonar

¿Realmente esperando?

Todos los días, cuando los sacerdotes ofrecían incienso en el templo, la oración de la nación de Israel era que, de acuerdo con las profecías, el Mesías viniese. Exteriormente, parecía que toda la nación de Israel estaba esperando la venida del Rey Mesías, pero en verdad pocos, muy pocos, sólo un remanente lo estaba *realmente* esperando, como se registra en las Escrituras: Zacarías, Ana, Elisabet, María, José, Simeón y algunos pastores del templo. En cuanto a nosotros, ¿*realmente* estamos aguardando el romper del alba y la venida del Sol de Justicia?

Á Maturidade

Lo débil y lo necio usa Dios para avergonzar al fuerte y al sabio.

¿Qué es la iglesia?



T. Austin-Sparks

Lectura: 1ª Corintios 1:26-31

Qué es la iglesia? Es Cristo en unión viviente consigo mismo. Eso es la iglesia.

Usted no construye un edificio especial y lo llama «la iglesia», ni tiene una organización especial —una institución religiosa— que usted llama «la iglesia». Los creyentes en unión viviente con el Señor ascendido constituyen la iglesia. Esta es la realidad, no la figura.

Ahora, en unión con Cristo ascendido son sobrepasadas todas las limitaciones humanas. Esta es una de las maravillas de Cristo ascendido como una realidad viviente. Somos traídos a un reino de capacidades que son más que capacidades humanas, donde —a

causa de Cristo en nosotros— podemos hacer lo que nosotros nunca podríamos hacer naturalmente.

Nuestras relaciones son relaciones nuevas —ellas son celestiales. Nuestros recursos son nuevos recursos —ellos están en el cielo. Por eso es que Pablo escribió a los corintios que Dios ha escogido lo necio y lo débil del mundo, y lo que no es... para avergonzar a los sabios, para avergonzar a lo fuerte, y para deshacer lo que es. ¿Por qué lo hizo Dios así? Porque no es por la fuerza, ni a través del poder, sino por Su Espíritu... y para mostrar que hay poderes, fuerzas y habilidades tuyas que desplazan a todos los grandes poderes y habilidades de este mundo.

Esa es la historia del pueblo de Dios... y aquí es donde tanta gente se equivoca. Los hombres del mundo observan a los cristianos y, generalmente, no piensan gran cosa de ellos. Los miden por las normas del mundo y dicen: «Bueno, ellos son muy poca cosa; no valen mucho».

Sin embargo, tal es el camino de Dios, y el mundo no puede medir eso. Eso no puede ser hecho por la sabiduría humana, por su fuerza o su gran habilidad. Para ello, Dios ha escogido las cosas débiles. ¿Por qué? Simplemente porque las cosas débiles, en su dependencia, son los mejores instrumentos—los medios óptimos—para permitirle a Dios mostrar que tales obras no proceden en absoluto de la suficiencia humana... sino totalmente de Él.

Por favor no se conforme con el hecho de que Dios ha escogido lo débil y lo necio... y diga: «Bueno, yo soy eso; por consiguiente, todo está bien». El punto es: ¿Está usted, en la mano de Dios, avergonzando al fuerte y al sabio? No es cosa de descansar en nuestra debilidad, nuestra necesidad y

Los hombres del mundo observan a los cristianos y, generalmente, no piensan gran cosa de ellos.

nuestra nadería, y sólo decir: «Esto se aplica a mí; está bien; es todo lo que importa».

En realidad, eso no es todo lo que importa. Lo importante es que yo—siendo débil—pueda conocer la unión de la resurrección con Cristo en todo su poder y accionar; y, en esa unión con él, sean realizadas—a través de mí—poderosas cosas espirituales. Ese es el lado positivo.

Nosotros podemos conocer al Señor de una manera personal e íntima; podemos utilizar sus recursos de una manera personal e íntima. Todo lo que él posee está íntimamente disponible para nosotros. Al estar unidos con Cristo sobre el terreno de su obra expiatoria, el cielo ya no está más cerrado.

j j j

Como recoger manzanas

Lutero decía que él estudiaba la Biblia de la misma manera como recogía manzanas. Primero sacudía todo el árbol para que cayera todo lo que estaba maduro; después sacudía cada rama; después, cada racimo; finalmente, buscaba debajo de las hojas.

Del mismo modo, leed primero la Biblia entera como un todo, sacudiendo todo el árbol en la forma rápida como lo harías con cualquier otro libro. Después, sacudid las ramas, es decir, estudiad la Biblia libro por libro, prestando especial atención a cada capítulo. En seguida, sacudid cada racimo, frases y oraciones. Y, al final, seréis recompensados buscando debajo de las hojas, es decir, escudriñando el significado particular de cada palabra.

Un desgarrador autoexamen del ministro escocés del siglo XIX, que hace recordar las oraciones de Daniel y Esdras.

Confesiones ministeriales



Horatius Bonar

Hemos sido carnales e insensibles espiritualmente. Por asociarnos con mucha frecuencia y mucha intimidad con el mundo, en gran medida acabamos acostumbrándonos con sus formas de actuar. Como resultado, nuestras percepciones espirituales han sido destruidas y nuestras conciencias embotadas. La tierna sensibilidad de nuestro corazón desapareció y fue sustituida por un grado de callosidad que antes nos encontrábamos incapaces de poseer.

Hemos sido egoístas. Hemos considerado preciosas nuestras vidas y nuestra comodidad. Hemos procurado agradarnos a nosotros mismos. Nos

tornamos materialistas y ambiciosos. No nos hemos presentado a Dios como «sacrificios vivos», disponiendo de nosotros mismos, de nuestro tiempo, de nuestra fuerza, de nuestras facultades y de nuestro todo sobre su altar ... así como Jesús, que no se agradó a sí mismo.

Hemos sido indolentes. No hemos procurado juntar los fragmentos de nuestro tiempo, a fin de que ningún momento fuese desperdiciado inútilmente. ¡Preciosas horas y días han sido gastados sin propósito en conversaciones y placeres fútiles, cuando podrían ser usados en la oración, en el estudio o en la predicación! Indolencia, autosatisfacción e indulgencia de la

carne están corroyendo nuestro ministerio cual tumor canceroso, impidiendo la bendición y manchando nuestro testimonio.

Hemos sido apáticos. ¡Aún nuestra diligencia, cuán poco calor y brillo tiene! No derramamos toda nuestra alma en nuestra actividad, lo que produce tantas veces la impresión de mera forma y rutina. No hablamos ni hacemos como personas fervientes. Nuestras palabras son débiles, aun cuando son verdaderas y fundamentadas. Nuestras expresiones son indiferentes, aún cuando las palabras están cargadas de significado. Falta amor – amor que es fuerte como la muerte; amor como aquel que hizo a Jeremías llorar en lugares secretos.

Hemos sido tímidos. El temor nos ha llevado muchas veces a generalizar verdades, que si fuesen declaradas específicamente, con certeza habrían traído odio y oprobio sobre nosotros. Cuántas veces dejamos de declarar a nuestro pueblo el consejo de Dios. Hemos rehusado reprobarnos, reprender y exhortar con toda paciencia y verdad. Tenemos miedo de apartar amigos o despertar la ira de enemigos.

Hemos escaseado en sobriedad. Cuán profundamente abatidos deberíamos sentirnos por nuestra liviandad, frivolidad, irreverencia, alegría superficial, conversaciones vanas y bromas; a causa de ellas cuántos serios perjuicios hemos causado, el progreso de los santos retardado y la miserable inutilidad del mundo reforzada.

Nos hemos predicado a nosotros mismos y no a Cristo. Hemos buscado aplausos, cortejado la honra, sido solícitos con la fama, y envidiosos de reputación. Muchas veces hemos predicado buscando atraer a las personas hacia nosotros mismos, en vez de conducir las hacia Jesús y su cruz. Cristo no ha sido Alfa y Omega, principio y fin, de todos nuestros sermones.

No hemos estudiado y honrado debidamente la Palabra de Dios. Hemos dado mayor preeminencia a los escritos de los hombres, las opiniones de los hombres y a los sistemas humanos en nuestros estudios y meditaciones. Hemos mantenido más comunión con el hombre que con Dios. Necesitamos estudiar más la Biblia. Precisamos sumergir nuestras almas en ella. Precisamos no sólo hacer un depósito de ella dentro de nosotros, sino impregnar con ella toda la textura de nuestro interior. El estudio de la verdad en forma más académica que devocional le ha robado su vigor y su vida, generando a cambio frialdad y formalidad.

No hemos sido personas de oración. Hemos permitido que negocios, estudios y actividades interfieran con

El estudio de la verdad en forma más académica que devocional le ha robado su vigor y su vida, generando a cambio frialdad y formalidad.

nuestras horas a solas con el Señor. Una atmósfera febril ha invadido nuestro tiempo devocional, perturbando la dulce calma de la bendita soledad. Sueño, conversaciones fútiles, visitas sin propósito, bromas, lecturas livianas y ocupaciones inútiles ocupan el tiempo que podría ser redimido y dedicado a la oración. ¿Por qué hay tanta palabrería y tan poca oración? ¿Por qué hay tanta agitación y carreras, y tan poca oración? ¿Por qué tantas reuniones con nuestro prójimo, y tan pocos encuentros con Dios? Es la falta de estas horas solitarias que tornan nuestras vidas impotentes, nuestro trabajo improductivo y nuestro ministerio débil y estéril.

No hemos honrado al Espíritu Santo. No hemos buscado su unción en el estudio de la Palabra ni en la predicación. Hemos contristado, menospreciado, su papel como Maestro, Consolador, Santificador y el único

capaz de convencer de pecado o de la verdad. Por eso, por poco él se ha apartado de nosotros, dejándonos coger el fruto de nuestra propia perversidad e incredulidad.

Hemos sido incrédulos. Es la incredulidad lo que nos vuelve tan fríos en la predicación, tan poco dispuestos para visitar y tan negligentes en todos nuestros deberes sagrados. Es la incredulidad la que congela nuestra vida y endurece nuestro corazón. Es la incredulidad la que nos lleva a luchar con realidades eternas con tanta irreverencia. Es la incredulidad la que nos hace subir al púlpito con pasos tan tímidos, cuando allí vamos a tratar con seres inmortales sobre asuntos referentes al cielo y al infierno.

Necesitamos personas que se dispongan y que se derramen; que se dueñan y que oren; que vigilen y que lloren por las vidas perdidas.

j j j

Inútil

C. H. Spurgeon cuenta la historia de un campesino que llevó su escopeta al armero para que la reparase. Éste la examinó y, viendo que estaba demasiado estropeada, le dijo: «Su arma está muy gastada y maltrecha; en verdad, es inútil. ¿Qué tipo de arreglo quiere hacer?». «Bien», respondió el otro, «pienso que voy a necesitar de una nueva culata, un nuevo cañón y un nuevo gatillo. Creo que con eso basta». «En ese caso», dijo el armero, «es mejor que compre otra». «Ah», fue la respuesta, «nunca pensé en eso; y ahora pienso que es exactamente lo que quiero. Una nueva culata, un nuevo cañón y un nuevo gatillo equivalen a un arma nueva. Eso es lo que voy a comprar».

Ese es justamente el tipo de arreglo que la naturaleza del hombre requiere. La vieja naturaleza precisa ser descartada como desgastada e inútil, y el hombre recreado en Cristo Jesús. Pero, por más que estemos dispuestos a admitir esta verdad, pocas lecciones son más difíciles de aprender.

SALVADO EN ALTA MAR

Al finalizar una conferencia bíblica, el predicador D. M. Stearns, recibió la siguiente pregunta: «Si usted hubiese orado toda su vida por la salvación de un ser querido, y de pronto recibe la noticia de que aquella persona –que llevaba una vida pecaminosa– ha muerto sin dejar ninguna evidencia de haberse arrepentido de sus pecados, ¿qué pensaría de la oración, del amor de Dios y de su promesa de atender a nuestras peticiones?».

Era una pregunta muy difícil, y todos los presentes en aquel salón se sintieron muy interesados en oír la respuesta.

«Mi hermana –comenzó él–, yo esperaría encontrar a aquel ser querido en el cielo. Yo creo en un Dios que atiende nuestras peticiones, y si él colocó en mi corazón la carga de orar por ese ser querido, es porque, sin ninguna duda, tenía la intención de salvarlo».

Y en seguida, narró la siguiente historia:

Hace mucho tiempo atrás, vivía en Filadelfia una mujer creyente que tenía un hijo rebelde. El joven, aunque había sido criado en el evangelio, nunca confió en Cristo como su Salvador, y se apartó de Dios llevando una vida totalmente pecaminosa. Entró a la marina, tornándose un marinero impío, irresponsable y sin temor de Dios.

Cierta noche, la mujer despertó en medio de la noche con un inmenso peso en el corazón. Totalmente despierta, se acordó de su hijo y luego tuvo la impresión de que él estaba pasando por un gran peligro. Entonces se levantó y se puso a orar por él, para que Dios lo guardase y librase, cualquiera fuese el problema.

Después de pasar un buen tiempo orando, y aunque no tenía una comprensión clara de lo que pasaba, tuvo una fuerte sensación de paz y descanso acompañada por la certeza de que Dios había atendido su oración. Volvió a acostarse y se durmió tranquilamente hasta la mañana.

En los días siguientes, seguía pensando por qué sería que había despertado en medio de la noche para orar. Sin embargo, no volvió a sentir aquella necesidad imperiosa de orar por su hijo. En cambio, sentía el deseo de glorificar a Dios por una bendición que Dios ya había derramado sobre él.

Pasaron algunas semanas. Un día, aquella madre oyó tocar la puerta y, cuando abrió, allí estaba su hijo. Él entró, y luego le fue contando: «Madre, ahora soy salvo».

Luego le relató lo que le había sucedido. Algunas semanas an-

tes, en pleno Océano Atlántico, su navío enfrentó una fuerte tempestad, siendo arrojado de lado a lado. Todo indicaba que no escaparían. Uno de los mástiles se soltó y el capitán llamó a algunos marineros –uno de los cuales era él– para ir a cortarlo. Pero en el momento en que salían –gritando y profiriendo insultos contra Dios por tener que salir con un tiempo como ése– el navío dio un viraje súbito. Una gran ola agarró al joven y lo arrastró al mar.

En el agua, mientras se debatía desesperadamente contra la fuerza de las ondas, se le vino un pensamiento: «¡Estoy eternamente perdido!». De repente, se acordó de un himno que había cantado muchas veces cuando era niño.

*«Tendrás vida en mirar a Jesús, Salvador;
Él dice: Vida eterna yo te doy;
Pues entonces, pecador, considera ese amor;
Mira a Jesús que en la cruz expiró»*

En agonía, él clamó a Dios. «¡Oh Dios, yo miro, miro a Jesús!». En el mismo instante, se sintió levantado por una ola, y perdió la conciencia.

Horas después, una vez que hubo amainado la tempestad, los otros marineros subieron a la cubierta para hacer aseo y lo encontraron allí caído cerca de la proa. Evidentemente, así como las olas lo habían llevado para el mar, lo habían traído de vuelta a la embarcación. Los marineros lo llevaron a su camarote y le dieron algo para reanimarlo. En el momento en que recuperó el sentido, la primera cosa que dijo fue: «¡Gracias a Dios! ¡Estoy salvo!».

A partir de aquel instante, pasó a tener la firme seguridad de su salvación, algo de suprema importancia para él.

Apenas el joven terminó de relatar su odisea, la madre le contó cómo había orado por él aquella noche. Comparando las fechas, verificaron que fue la misma noche en que él estuvo a punto de morir, cuando Dios oyó su súplica y lo salvó.

«Vamos a suponer ahora» continuó el predicador, «que el joven no hubiese sido lanzado de vuelta al navío, y que él se hubiese ahogado ahí mismo. Todos pensarían que él se había perdido en pecado. En verdad, Dios, en su bondad, no sólo lo salvó, sino que además permitió que volviese y diese testimonio de su maravillosa gracia salvadora».

Aunque reconocemos que fue Dios quien, en su soberanía, resolvió revelar a la madre que su oración fue respondida, estamos conscientes también de que sólo tendremos conocimiento de la respuesta a algunas oraciones cuando nos encontremos con el Señor.

(Tomado de «O Mayor Privilégio da Vida», DeVern Fromke).

Semblanza de George Matheson, el predicador ciego, iluminado por la luz de Dios.



El arco iris tras la lluvia

George Matheson no fue, lo que se pudiera decir, una gran lumbrera en el universo cristiano. Su figura no resalta particularmente entre las muchas que hay en la historia de la Iglesia. Su vida no tiene esos promontorios heroicos que tienen otras vidas, y que impresionan a muchos.

Su vida fue más que un trueno, un silbo apacible. Más que una tempestad, fue una llovizna diáfana. No destacó ni como un gran predicador (aunque predicó algunos mensajes notables), ni un gran escritor (aunque escribió algunas cosas destacables). Su vida estuvo más bien marcada por el sufrimiento callado, por la cruz llevada en silencio. Es conocido generalmente como el «predicador ciego», y

también como el autor de dos himnos muy conocidos.

Pero ¿qué hay detrás del hombre que arrastraba una discapacidad tan cruel? Cuando nos asomamos a su vida encontramos una fuente verdadera de gozo y paz, de aquiescencia y conformidad con la voluntad de Dios. Fue un hombre que aprendió a decirle «Sí» a Dios, con una sonrisa en los labios.

George Matheson nació en Glasgow (Escocia) en 1842; era uno de los ocho hijos de un comerciante del mismo nombre. Primero fue educado en una escuela pequeña en Carlton Place. Entonces, después de trasladarse a St. Vincent Crescent, fue a la Academia de Glasgow, y posteriormente a la Universidad de

Glasgow. Se graduó como BA en 1861 con distinción en Filosofía, y MA en 1862.

Días de dolor

El primer nubarrón en el horizonte para Matheson fue una temprana ceguera, por inflamación en la retina, que comenzó a manifestarse desde su primer año de vida. Usaba unos lentes muy gruesos, y se sentaba muy cerca de la ventana en la escuela. Por largo tiempo, conservó alguna capacidad de visión, pero muy tenue. En sus estudios, siempre dependió de otros, especialmente de sus hermanas, las cuales asumieron la discapacidad de su hermano como un desafío personal. Ellas mismas se dieron a la tarea de estudiar las materias para ayudarlo. Más tarde, aprenderían latín, griego y hebreo a fin de hacerlo mejor.

Una vez graduado en la Universidad de Glasgow decidió proseguir sus estudios en la Universidad de Edimburgo. Más tarde, estudió teología. Como estudiante de teología fue muy aventajado. Llevado por su afán de investigación, escribió un valioso tratado titulado «El Crecimiento del Espíritu de la Cristiandad». Su libro era brillante, pero tenía algunos errores importantes. Cuando algunos críticos señalaron los errores y lo acusaron de ser un estudiante inexacto, él quedó acongojado. Uno de sus amigos escribió: «Cuando él vio que para los propósitos de estudio su ceguera era un impedimento, se retiró del campo (de la investigación) – no sin dolor, pero definitivamente».

Este fue un segundo aguijón dolo-

Por fin, años de sufrimiento habrían de dar a luz una bella flor que no se marchitaría. O, en lenguaje bíblico, el grano de trigo que había caído para morir, comenzaría a dar fruto.

roso en la vida de Matheson. No sólo estaba la ceguera, como un recordatorio permanente de su desgracia, sino que ahora, esa ceguera le impedía avanzar en sus estudios como hubiese querido.

Sin que él pudiera comprenderlo en ese momento, Dios estaba dirigiendo su vida por otro camino, más allá de la investigación académica. El mundo cristiano perdió un teólogo, pero ganó un pastor, predicador y poeta, de gran inspiración.

Por este tiempo, Matheson tuvo otro gran dolor. Un día su médico le dijo: «Lo mejor que puede hacer es visitar a sus amigos lo más rápidamente, porque en breve la oscuridad vendrá sobre usted, y nunca más podrá verlos». Esa fue la manera que el médico utilizó para decirle que en breve quedaría totalmente ciego. En este tiempo, Matheson se hallaba de novio con una hermosa joven. Él le contó a ella la calamidad que le sobrevendría, dándole la oportunidad de deshacer el noviazgo. Ella lo hizo, pues «no estaba dispuesta a cargar toda la vida con un marido ciego». Pero esta tristeza llevó a Matheson a profundizar aún más su devoción a Dios.

Días de fructificación

Al principio, fue ayudante en la iglesia de Sandyford, donde sorprendió a todos porque a pesar de su ceguera podía cumplir cualquier deber que se le asignara. Su primer cargo fue en el pueblo de Innellan, en 1868. Ganó rápidamente fama como predicador y hacía como si leyera los mensajes, de manera que muchos no se percataban de su discapacidad. Muchos venían año a año a Innellan para las fiestas de fin de año, porque les gustaba oír a «Matheson de Innellan», y su nombre llegó a ser muy conocido en Escocia. Tanto así, que en 1879 la Universidad de Edimburgo le confirió el título honorario de Doctor en Divinidad.

Durante todo este tiempo fue muy ayudado por su hermana mayor, con quien vivía y quien escribía al dictado sus ensayos y sus sermones primeros. Él tenía una memoria maravillosa. Su hermana ordenaba la casa y le ayudaba con la parroquia. Escribió centenares de artículos y muchos libros con la ayuda de una secretaria y más tarde por Braille y máquina de escribir.

En 1882, Matheson vivió una experiencia muy profunda, que marcaría su vida. Por fin, años de sufrimiento habrían de dar a luz una bella flor que no se marchitaría. O, en lenguaje bíblico, el grano de trigo que había caído para morir, comenzaría a dar fruto. En junio de ese año compuso la letra del famoso himno «Amor, que no me dejarás».

George mismo cuenta cómo fue aquello: «Fue compuesto en la casa parroquial de Innellan, Escocia, en la tarde del 6 de junio, 1882, cuando te-

nía 40 años de edad. Yo estaba solo en casa en ese momento. Era la noche de la boda de mi hermana, y el resto de la familia se quedaría por una noche en Glasgow. Algo me pasó que sólo fue conocido por mí, y que me causó el más severo sufrimiento mental. El himno fue el fruto de ese sufrimiento. Fue la porción de trabajo más rápido que hice en mi vida. Yo tuve la impresión de oírlo dictado a mí por alguna voz interior en lugar de salir de mí. Estoy seguro que la obra entera se completó en cinco minutos, y también seguro que nunca recibí de mi mano algún retoque o corrección. Yo no tengo ningún don natural del ritmo. Todos los otros versos que yo he escrito alguna vez han sido artículos manufacturados; este vino como un manantial de lo alto».

No sabemos qué fue lo que causó ese severo sufrimiento mental en Matheson. Muchos han dicho que fueron los recuerdos del rechazo de su novia de juventud. Otros lo atribuyen al matrimonio de su hermana, quien había cuidado de él los últimos 20 años, y cuya ausencia se le tornaba insoportable. Aún otros dicen que ese sufrimiento provenía de su preocupación por las incursiones que el darwinismo estaba haciendo en la iglesia. Sea lo que fuere, Dios utilizó ese gran dolor para dar a luz una obra inmortal.

He aquí el himno, en una traducción literal del original en inglés:

Oh, amor que no me dejará

*Oh amor que no me dejará ir,
mi alma fatigada descanso en ti;
te devuelvo la vida que a ti debo.*

*Que en las profundidades de tu océano
más rica, más llena, pueda fluir.*

*Oh Luz que ha seguido
todos mis caminos,
yo rindo mi antorcha fluctuante a ti;
mi corazón restaura su rayo prestado,
que en tu luz brillante un día
pueda ser más luminoso, más hermoso.*

*Oh gozo que me busca
a través del dolor,
yo no puedo cerrar mi corazón a ti;
rastreo el arco iris a través de la lluvia,
y siento que la promesa no es vana,
que el mañana sin lágrimas será.*

*Oh Cruz que levantó mi cabeza,
yo no me atrevo pedir huir de ti;
me postro en el polvo,
la gloria de la vida está muerta,
y de la tierra florece roja allí
la vida que jamás tendrá fin ¹.*

Las palabras de este poema, como en la mayoría de los poemas de Matheson, no son fáciles de entender en una primera lectura, pero se hacen más claras después de meditarlas. El texto usa metáforas para un Dios que no dejará a su hijo desamparado: primero el Amor, luego el Gozo, luego la Cruz.

Examinando su vida pasada, Matheson escribió una vez que la suya era «una vida obstruida, una vida circunscrita... pero una vida de encendida esperanza, una vida que ha golpeado persistentemente contra la marea de las circunstancias, pero que aun en el momento del trabajo abandonado no ha dicho «Buenas noches» sino «Buenos días».

¿Cómo podía mantener él la esperanza viva en medio de las tales circunstancias y pruebas? Este himno nos da una pista. «Yo rastreo el arco iris a través de la lluvia, y siento que la promesa no es vana, que el mañana sin lágrimas será». ¡La imagen del arco iris es un cuadro del compromiso del Señor!

La melodía para el poema de Matheson, fue compuesta también de manera muy rápida. Su compositor, Alberto Lister Peace, dijo que «la tinta de la primera nota aún no estaba seca cuando yo había terminado la melodía». Le pidieron que proporcionara una melodía para las palabras de Matheson. Él estaba sentado en la playa en la isla de Arran leyendo las palabras, cuando la melodía entró en su mente. Matheson siempre dijo que el himno se debía principalmente al Dr. Peace.

¹ Ofrecemos aquí la versión de Vicente Mendoza, adaptada a la melodía.

¡Oh amor! que no me dejarás,
descansa mi alma siempre en ti;
es tuya y tú la guardarás,
y en el océano de tu amor
más rica al fin será.

¡Oh luz! que en mi sendero vas,
mi antorcha débil rindo a ti,
su luz devuelve el corazón
seguro de encontrar en ti
más bello resplandor.

¡Oh gozo! que a buscarme a mí
viniste con mortal dolor;
tras la tormenta el iris vi
y ya el mañana, yo lo sé,
sin lágrimas será.

¡Oh Cruz! que miro sin cesar,
mi orgullo, gloria y vanidad
al polvo dejo, por hallar
la vida que en su sangre dio
Jesús mi Salvador.

En 1885, fue convocado para predicar en Crathie, por sugerencia de la Reina. Ella quedó tan impresionada por el sermón que solicitó una copia impresa. Era «La Paciencia de Job». La lección del antiguo patriarca no era un conocimiento mental, sino de vida.

En 1886, fue llamado a la iglesia de St. Bernard, Edimburgo, la cual se abarrotaba de gente cada domingo. En 1890 Matheson escribió el otro de sus famosos himnos: «Cautívame, Señor».

*Cautívame, Señor,
y entonces seré libre.
Oblígame a rendir mi espada,
y seré un vencedor.
Me hundo en los temores de la vida
cuando quedo solo;
aprisióname en tus brazos,
y mi mano será fuerte.*

*Mi corazón es débil y pobre
hasta que encuentra a su amo;
no tiene fuente de acción segura,
varía con el viento.*

*No puede moverse libre
hasta que tú forjes sus cadenas;
esclavízalo con tu amor inigualable,
y reinará inmortal.*

*Mi poder es débil y medroso
hasta que yo aprenda a servir;
carece de fuego necesario para brillar,
y de brisa para atreverse.
No puede empujar el mundo
hasta que él mismo sea empujado;
su bandera sólo puede desplegarse
cuando tú soplas desde el cielo.*

*Mi voluntad no es mía
hasta que tú la hagas tuya;
si alcanzara el trono de un rey,
debería su corona resignar.
En medio de la lucha,
ella sólo está firme
cuando en tu pecho se ha recostado,
y encuentra en ti su vida.²*

Las frases iniciales de este himno pueden confundir a algunos lectores: «Cautívame, Señor, y entonces seré libre; oblígame a rendir mi espada, y seré un vencedor» (Traducción literal).

² Cautívame, Señor,
y libre en ti seré;
anhelo ser un vencedor,
rindiéndome a tus pies.
No puedo ya confiar
tan sólo en mi poder,
en ti quiero descansar,
y fuerte habré de ser.
Mi débil corazón
vacila sin cesar,
cual nave sin timón
en turbulento mar.
Concédele, Señor,
perfecta libertad;
envuélvele en tu santo amor,
y libre así será.

Sin fuerzas para amar,
y así mejor vivir;
tú solo puedes inspirar
el gozo de servir.
Quisiera desplegar
mis alas, oh Señor,
mas sólo así será
al soplo de tu amor.
Cautívame, Señor,
que en ti mi voluntad
tendrá un bautismo de vigor,
firmeza y santidad.
Podrá la tentación
mi vida sacudir;
no habrá más cierta protección
que la que encuentre en ti.

Uno puede preguntarse: ¿Cómo es posible ser esclavo y ser y libre, ganador y perdedor, al mismo tiempo?

Don Hustad comenta: «Hay muchas paradojas en la Biblia. *«Cuando soy débil, entonces soy fuerte»* (2 Cor. 12:10). *«Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá»* (Mat. 16:25). *«Él que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande»* (Lucas 9:48). Jesús dijo en Juan 12:24: *«De cierto, de cierto, os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto»*.

«He aquí uno de los fenómenos de la naturaleza; un grano de trigo debe desintegrarse y descomponerse en la tierra para reproducirse. ¡Debe morir para continuar viviendo! Sin duda George Matheson, el escritor del himno, aprendió esta lección a través de su propia experiencia personal».

Vince Gerhardy dice, por su parte: «George Matheson pensaba en su discapacidad como su aguijón en la carne, como su cruz personal. Durante varios años, él oró para que su vista fuese restaurada. Como la mayoría de nosotros, supongo, creía que la felicidad personal sólo vendría a él cuando el impedimento hubiese sido quitado. Pero entonces, un día, Dios le envió una nueva visión: ¡El uso creativo de su impedimento podía realmente volverse su medio personal de lograr felicidad!»

«Así que, Matheson llegó a escribir: «Mi Dios, yo nunca te he agradecido por mi espina. Te he agradecido por mis rosas, pero ni una vez por mi espina. He estado esperando por un mundo donde conseguir una compensación para mi cruz, pero nunca he pensado en la propia cruz como una gloria presente. Enséñame la gloria de mi cruz. Enséñame el valor de mi espina».

Días de paz

George Matheson había encontrado el tipo de felicidad de Dios – el tipo de felicidad que no sólo es una esperanza futura, sino también una realidad aquí y ahora. Llegó a tener tal paz de espíritu, que fue conocido por su optimismo, y por su espíritu grácil e inspirador.

En los últimos años de su vida, Matheson recibió numerosos homenajes, y realizó muchos trabajos literarios. Sus escritos, de corte devocional, revelan una profunda sensibilidad, y una visión muy lúcida de Cristo, su Señor.⁴ Sin embargo, él es recordado especialmente por sus dos bellos himnos.

Matheson murió súbitamente de apoplejía el 28 de agosto de 1906, mientras descansaba en North Berwick, y fue sepultado en el cementerio de Glasgow.

⁴ Ofrecemos a continuación de esta biografía, tres escritos breves de Matheson.

Las alas para mañana

George Matheson

Usted y yo no podemos vivir ni un instante en el presente; si no avanzamos, vamos a retroceder. Nuestras alternativas son esperanzas o recuerdos. Canaán o Egipto, la tierra de la promesa, o la tierra en retrospectiva. El lugar intermediario es siempre un desierto – un desierto estéril. El pensamiento no puede habitar allí, ni nunca procura habitarlo. Él debe tener las alas para mañana o las alas para ayer; él debe «volar» si desea descansar.

¡Sean mías, entonces, las alas para mañana, oh mi Dios! Si primero yo consiguiera las alas para mañana, entonces podré también volver. El recuerdo no puede traer esperanza, pero la esperanza puede adornar el recuerdo – aun los mismos recuerdos oscuros.

Egipto, visto desde las montañas de Canaán, puede parecer muy lindo; sus fatigas pueden ser glorificadas, sus dolores justificados. Si tú me estás preparando para un cielo de amor sacrificial, estas luchas, estos dolores, ya están justificados. Si mi Canaán fuese un mero lugar de placer, cada lágrima derramada en Egipto sería un desperdicio de tiempo. Pero cuando, como Caleb, veo a través de las barras de cristal de Tu ciudad y veo que la cruz es la corona de ella, yo entiendo todo.

Yo comprendo por qué tus rosas han sido rojas, no blancas. Yo entiendo por qué las gotas de sangre salpicaron el jardín de la vida. Yo comprendo por qué mi voluntad ha sido tan frecuentemente frustrada, por qué mis planes fueron malogrados tantas veces, por qué mi camino ha sido tan interrumpido. Es porque Tu tierra de Canaán es una tierra de sacrificio y yo me estoy preparando para este sacrificio. Es porque la rosa de

Tu cielo es la flor de la pasión del Calvario. Es porque el centro de Tu trono contiene un Cordero que fue inmolado. Es porque los mensajeros de Tu voluntad son espíritus ministradores. Es porque Tu vida de resurrección mantiene las marcas de los clavos. Es porque los más humildes son los mayores en el reino de Tu gloria. La esclavitud de Egipto será un recuerdo de oro cuando yo acepte la visión de Tu tierra de Canaán.

Cabalgando sobre la tormenta

«...Se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús... Herodes y Poncio Pilato... para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera» (Hechos 4: 27-28).

La frase termina de manera opuesta a lo que diría el sentido común. Nosotros esperaríamos leer así: «Contra tu santo Hijo Jesús se unieron Herodes y Pilato para torcer el curso de tu divina voluntad». En lugar de eso, leemos: «Contra tu santo Hijo Jesús se unieron Herodes y Pilatos para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera». La idea es que el esfuerzo de ellos para oponerse a la voluntad de Dios demostró ser un golpe de alianza con ella. Las medidas que tomaron para arruinar la nave se volvieron la forma de asegurar que ésta se mantuviese a flote.

Ellos se confabularon en un consejo de guerra contra Cristo; pero, sin tener conciencia de ello, firmaron un tratado para la promoción de la gloria de Cristo. Pensaban que estaban haciendo un testamento en favor de los enemigos de Cristo; y estaban realmente dejando toda su riqueza al Hombre de Nazaret. Ellos decretaron que él debía morir; ese decreto

fue su contribución de hojas de palma.

Mi hermano, Dios nunca frustra las circunstancias adversas; ése no es su método. Me impresionan a menudo estas palabras: «Él cabalga en las alas del viento». Son muy sugerentes. Nuestro Dios no abate las tormentas que se levantan en contra suya; él monta sobre ellas, él obra a través de ellas.

A menudo nos sorprende que se permita abrir tantos caminos espinosos para los buenos: cómo José, el muchacho soñador, es puesto en un calabozo; cómo ese hermoso niño Moisés es lanzado en el Nilo. Usted habría esperado que la Providencia detuviera la apertura de esos fosos destinados para destrucción. Bueno, él podría haber hecho así; él podría haber dicho a la tormenta: «¡Detente!». Pero había una forma más excelente: montar sobre ella.

La ley natural

«Jehová trajo un viento oriental... y al venir la mañana, el viento oriental trajo la langosta» (Éxodo 10: 13).

Se inclina uno a preguntar: ¿Por qué traer el viento del este? Dios estaba a punto de enviar una providencia especial para la liberación de su pueblo de Egipto. Estaba a punto de azotar a los egipcios con una plaga de langostas. Las langostas iban a ser su especial providencia, la evidencia de su poder supremo. ¿Por qué entonces, no trae las langostas en seguida? ¿Por qué provoca la intervención de un viento oriental? ¿No parecería más majestuoso si simplemente hubiera sido escrito: «Dios mandó una plaga de langostas creada con el propósito

de liberar a su pueblo»? En lugar de eso, su acción toma la forma de la ley natural: «El Señor trajo un viento oriental... y al venir la mañana, el viento oriental trajo la langosta».

¿Por qué envía su mensaje en un carro común cuando podía volar en alas celestiales? ¿No son algo desilusionantes las palabras «al venir la mañana»? ¿Por qué debía el acto de Dios ser tan largo obrando la cura? ¿No es el pasaje entero un estímulo para que los hombres digan: «Oh, todo eso se debió a causas naturales»? Sí, y para agregar, «todas las causas naturales son causas divinas».

Entonces, ¿por qué ha sido escrito este pasaje? Es para mostrarnos que cuando vemos un beneficio divino que pasa por un viento oriental, o cualquier otro viento, no debemos pensar que procede menos directamente de Dios.

Es para enseñarnos que, cuando nosotros pedimos la ayuda de Dios, hemos de esperar que la respuesta sea enviada a través de cauces naturales, a través de cauces humanos. Para decirnos que, cuando los cielos reales están callados, no hemos de decir que no hay voz de nuestro Padre.

Hemos de buscar la respuesta a nuestras oraciones, no en una apertura del cielo, no en las alas de un ángel, no en un trance místico, sino en los accidentes aparentes de cada día, en el encuentro con un amigo, en el cruce de una calle, en el oír un sermón, en la lectura de un libro, en escuchar una canción, en la contemplación de una bella escena.

Debemos vivir en la expectativa solemne que, cualquier día de nuestras vidas, las cosas que nos rodean pueden ser los mensajeros de Dios.

Claves para el estudio de la Palabra

Deuteronomio

A. T. Pierson

Palabra-Clave: Obediencia

Versículo-Clave: 10: 12-13

Este es el libro de la segunda ley. Como las primeras tablas fueron quebradas y sustituidas, así también la ley quebrada fue enfatizada por la repetición. La palabra «recuerda» ocurre cerca de 18 veces, y la liberación de Egipto es constantemente recordada como motivo de obediencia. (Compare con 5: 15). A Israel, próximo ya a poseer la tierra de Canaán, se le recuerda que esta es la condición para la entrada y permanencia. Antes de entregar esa nueva generación bajo la responsabilidad de Josué, Moisés repite la ley moral.

El capítulo central es el **29**, es el pacto con Dios. Allí, en pocas palabras, Moisés abrevia el tema central del libro como un todo.

Cuatro apelaciones a Israel componen la mayor parte de este libro. Y son presentados *siete principios* de obediencia: 1. La paternidad de Dios y su derecho de propiedad sobre su pueblo; 2. El deber de separarse para él y para su adoración; 3. La adoración debe ser localizada y centralizada; 4. Todas las reliquias idólatras deberían ser destruidas; 5. Todos los hechos de idolatría serían tratados como traición contra Dios y castigados como delitos dignos de muerte; 6. Todas las relaciones éticas serían reguladas por la ley de Dios; 7. La fraternidad del hombre sometida a la paternidad de Dios.

Siendo este el libro de la obediencia, las palabras «mandamiento», «estatutos», etc., se encuentran aquí con mayor frecuencia que en cualquier otro libro excepto los Salmos. La ley debería ser *inscrita* en el Monte Ebal, el monte de la maldición, pues el fin de la

ley es la condenación. La obediencia que el hombre puede rendir, asegura sólo un bien temporal; consecuentemente, entre las bendiciones pronunciadas, no encontramos vida eterna. (Compare con 28: 1-13).

La profecía sobre el advenimiento del gran profeta, en 18:15-19, se refiere, en último análisis, a Cristo. (Hechos 3:22-23). Él actúa sólo como mediador, organizador y administrador de la casa de Dios; él sólo cumple la previsión y la expectativa que eso inspira, y reivindica la obediencia implícita aquí ordenada. Es digno de nota que Sus tres respuestas a Satanás en la tentación, son todas flechas lanzadas de la aljaba de este libro; 8:3; 6:16; 6:13.

Tres fiestas son ordenadas, capítulo 16:1-7: *La Pascua*, el *Pentecostés* o *fiesta de las semanas*, y la *Fiesta de los Tabernáculos*. La Pascua es la primera, pues la base de la relación del creyente con Dios está en la redención por la sangre. *Pentecostés* era la recolección de las primicias, y la *Fiesta de los Tabernáculos* era la recolección completa de

la cosecha. Juntas ellas tipifican una *Redención Completa*: primeramente, por la pasión de la cruz; en segundo lugar, por la venida del Espíritu Santo; en tercer lugar, por el triunfo final del Rey que viene; o sufrimiento, gracia y gloria.

Este libro está lleno de ricas lecciones morales y espirituales. La Ley es recapitulada, reforzada a la luz de la experiencia, tanto de misericordia como de juicio, no por el lado teórico, sino por el lado práctico (30:15, 16).

Divisiones:

1. Dt. 1-4: Resumen del vagar en el desierto.
2. Dt. 5: Repetición del Decálogo.
3. Dt. 6-26: Leyes, etc., como la conducta en Canaán.
4. Dt. 27-28: Bendiciones y maldiciones.
5. Dt. 29-30: Pacto con Dios.
6. Dt. 31-32: Exhortación y el «cántico» de Moisés.
7. Dt. 33: Su «bendición» final.
8. Dt. 34: Narración complementaria sobre la muerte de Moisés.



La sabiduría del pájaro sol

La tensión acallada no es confianza. Es solamente ansiedad comprimida. Con bastante frecuencia pensamos que estamos confiando, cuando en realidad solamente estamos controlando nuestro pánico. La verdadera fe no solamente da un exterior sereno, sino que también da quietud en el corazón.

Amy Carmichael da una hermosa ilustración de la naturaleza acerca de esta clase de confianza. El pájaro sol, uno de los mas pequeños, originario de la India, construye un nido colgante sostenido por cuatro frágiles hebras. Es una obra de arte realmente delicada, con techo, un porche que un poco de agua o el toque de un niño podría destruir. La señorita Carmichael vio que uno de estos pajaritos estaba construyendo su nido justo al comienzo de estación del monzón. Pensó inmediatamente que por primera vez había fallado la sabiduría del reino animal, porque ¿cómo podría sostenerse una estructura tan delicada en tal estación con vientos y lluvias torrenciales?

Llegó el monzón, y desde su ventana, miraba el nido que se balanceaba en su rama movido por el viento. Entonces notó que el nido había sido colocado de tal manera que las hojas que estaban más arriba formaban pequeñas canales que impedían que el agua cayera sobre el nido. Allí estaba el pájaro sol echado, con su cabecita en el porche, y cada vez que una gota caía sobre su pico largo y curvado, lo succionaba como si fuera néctar. Las tormentas se desataron con toda su furia, pero el pájaro sol seguía echado sin temor, tranquilo, incubando sus huevos.

Tenemos un reposo de mente y alma más sustancial que el del pájaro sol. ¡Tenemos las promesas de Dios! Ellas bastan, no importa cuán terrible sea la tempestad.

(J. C. Macaulay)

Estudiando los Salmos con C.H. Spurgeon

El Tesoro de David



Salmo 1

Este Salmo puede ser considerado como el Salmo prefacio, puesto que en él hay una idea del contenido de todo el libro. El deseo del Salmista es enseñarnos el camino a la bienaventuranza y advertirnos de la destrucción segura de los pecadores. Este primer Salmo puede ser considerado, en ciertos aspectos, como el texto sobre el cual el conjunto de los Salmos forma un sermón divino. «El Salmista dice más, y de modo apropiado, sobre la verdadera felicidad, en este corto Salmo, que ninguno de los filósofos, o que todos ellos juntos; éstos no hacen más que andarse por las ramas; Dios va certeramente al punto y dice lo esencial» (*John Trapp*).

Salmo 2

Podemos llamarlo el «Salmo del Mesías Príncipe», porque presenta, como en una visión maravillosa, el tumulto de los pueblos que se levantan contra el Señor ungido, el propósito decidido de Dios de exaltar a su propio Hijo, y el reinado final de este Hijo sobre todos sus enemigos. Leámoslo con los ojos de la fe, con-

templando, como en un espejo, el triunfo final de nuestro Señor Jesucristo sobre todos sus enemigos.

Salmo 3

Salmo de David cuando huía de delante de Absalón, su hijo rebelde. David en esto era un tipo del Señor Jesucristo. Él también huyó; él también pasó el vado del Cedrón en dirección al Getsemaní. Él también bebió las aguas del arroyo en su camino, y, por tanto, levantó su cabeza. Muchos estudiosos, titulan este Salmo «el Himno matutino». ¡Ojalá nos despertemos siempre con la santa confianza en nuestros corazones y un cántico en nuestros labios!

Salmo 4

Si el tercer Salmo puede ser titulado el Salmo matutino, éste, por su contenido, merece a su vez el título de «Himno vespertino». En el primer versículo David pide ayuda a Dios. En el segundo increpa a sus enemigos, y sigue dirigiéndose a ellos hasta el fin del versículo 5. Luego, desde el versículo 6 en adelante, se deleita contrastando su propia satis-

facción y seguridad con la inquietud de los impíos aun en el mejor de los estados en que puedan hallarse.

Salmo 5

Para la mente devota hay aquí una visión preciosa del Señor Jesús, del cual se dice que en los días de su carne ofreció oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas.

Salmo 6

Este salmo es llamado comúnmente el primero de los «Salmos penitenciales», y ciertamente su lenguaje corresponde a los labios de un penitente, porque expresa a la vez la pena (vv. 3, 6, 7), la humillación (vv. 2, 4) y el aborrecimiento del pecado (v. 8), que son las marcas infalibles del espíritu contrito que se vuelve a Dios.

Salmo 7

El título es «*Shigaion de David*». Por lo que podemos colegir de una comparación con el otro único *Shigaion* de la Biblia (Habacuc 3), este título parece indicar «Cánticos variables», con los que se asocia la idea de solaz y de placer. Parece probable que Cus el benjaminita había acusado a David ante Saúl de una conspiración traicionera contra la autoridad real. Esto puede entenderse como el «Cántico del santo calumniado». Aun esta penosa aflicción es ocasión para un Salmo.

Salmo 8

Podemos titularlo el Salmo del astrónomo. Está dirigido a Dios, porque nadie sino el Señor mismo puede plenamente conocer su propia gloria. La mente carnal no ve a Dios en nada, ni aun en las cosas espirituales, su Palabra o sus ordenanzas. La mente espiritual lo ve en todo, incluso en las cosas naturales, mirando

los ciclos y la tierra y todas las criaturas.

Salmo 9

Uno podría imaginarse que los hombres no pueden llegar a ser tan vanos que nieguen que son realmente hombres, pero parece que ésta es una lección que el divino Maestro puede enseñar a algunos espíritus orgullosos. El que lleva una corona no deja de ser hombre; los títulos universitarios eminentes no hacen que los que los posean sean otra cosa que hombres; el valor y las conquistas no elevan por encima del simple nivel de hombre; y toda la riqueza de Crespo, la sabiduría de Solón, el poder de Alejandro, la elocuencia de Demóstenes, si se añaden, no van a dejar a su poseedor sino siendo sólo un hombre, después de todo. Recordemos esto siempre, para que no sea necesario que, como a los que menciona el texto, haya que infundírseles temor.

Salmo 10

«No hay un solo Salmo que describa la mente, las costumbres, las obras, las palabras, los sentimientos y el destino del impío con tanta propiedad, plenitud y luz como este Salmo. Este Salmo, pues, es un tipo, forma y descripción de este hombre, el cual, aunque él mismo se vea, y aun los otros le vean, como el más excelente de los hombres, es detestable a los ojos de Dios. Esto es lo que impulsó a Agustín y a los que siguieron a entender este Salmo con referencia al Anticristo» (*Martin Lutero*).

Salmo 11

David, en los diferentes períodos de su vida, estuvo colocado en casi todas las situaciones en que un creyente, sea rico o pobre, puede ser colocado; en estas composiciones celestiales delinea todas las actividades de su corazón. Para ayu-

damos a recordar este Salmo tan breve, pero tan dulce, le daremos el nombre de «Cántico del Amigo Firme y Fiel». «Este Salmo se aplica al establecimiento de la iglesia contra las calumnias del mundo y los consejos de avenencias y componendas dados por el hombre, afirmando que la confianza ha de ser colocada en Dios, el Juez de todos» (*W. Wilson*)

Salmo 12

Este Salmo está encabezado con el título «Al músico principal; sobre Seminit. Salmo de David», título que es idéntico al del Salmo 6, excepto que aquí se omite «Neginot». El tema será más gráfico si lo llamamos «Buenos pensamientos en tiempos malos». Se supone que fue escrito cuando Saúl perseguía a David y a los que favorecían su causa.

Salmo 13

Es costumbre llamar a este Salmo «¿Hasta cuándo?» Casi diríamos que es el Salmo del gemido, por la incesante repetición del grito «¿Hasta cuándo?». Todo el que se sienta tentado a usar las quejas de este Salmo tenga la seguridad en su corazón de que Dios no olvida a su pueblo, que al final vendrá la ayuda, y, entretanto, todas las cosas cooperan para bien en favor de los que le aman.

Salmo 14

Como este Salmo no tiene ningún título específico, sugerimos, como un apoyo para la memoria, que se le llame «Con referencia al ateísmo práctico». «Hay una marca peculiar puesta sobre este Salmo, y es el hecho de que se halla dos veces en este libro (el otro es el Salmo 53), salvo con la alteración de una o dos expresiones, a lo máximo» (*John Owen*). «El negar que haya Dios es una clase de ateísmo que no se halla ni siquiera en el infierno» (*T. Brooks*).

Salmo 15

Este Salmo de David no tiene título o dedicatoria que indique la ocasión en que fue escrito, pero es muy probable que su composición, junto con la del Salmo 24, que tiene con él una notable semejanza, estuviera relacionada con el traslado del arca al santo monte de Sion. Lo llamaremos el Salmo de «La pregunta y la respuesta». El primer versículo hace la pregunta; el resto de los versículos son la respuesta.

Salmo 16

Mictam de David. Esto se entiende generalmente que significa el Salmo de oro. Ainsworth lo llama «Joya de David o cántico notable», el Salmo del secreto precioso. No nos vemos limitados a intérpretes humanos para hallar la clave de este misterio de oro, porque hablando por el Espíritu Santo, Pedro nos dice: «David habla con respecto a él» (Hechos 2:25). El apóstol Pablo, guiado por la misma inspiración infalible, cita este Salmo y testifica que David escribió del Hombre a través del cual nos es anunciado el perdón de los pecados (Hechos 13:35-38). El plan de los comentaristas ha sido, en general, aplicar el Salmo a David a los santos y al Señor Jesús, pero nos atrevemos a creer que en él «Cristo es todo», puesto que en los versículos noveno y décimo podemos ver «a Jesús solo», como los apóstoles en el monte.

Salmo 17

«Oración de David». David no habría sido un hombre según el corazón de Dios de no haber sido un hombre de oración. Era un maestro en el arte sagrado de la súplica. Recurrió a la oración en todo tiempo de necesidad, como el piloto se apresura al puerto bajo la presión de la tempestad. Tenemos aquí un cántico doliente. «Una apelación al cielo» por las persecuciones en la tierra.

Salmo 18

Lo llamamos «Una mirada retrospectiva agradecida». Kitto, en la *Biblia pictórica*, tiene la siguiente nota sobre 2º Samuel 22: «Esto es igual que el Salmo 18». «El que quiera ser sabio, que lea los Proverbios; el que quiera ser santo, que lea los Salmos. El santo David, estando cerca de la orilla, mira aquí los antiguos peligros y liberaciones, experimentados con un corazón agradecido, y escribe este Salmo para bendecir al Señor; como si cada uno de nosotros, una vez entrado en años, repasara la vida y observara las bondades maravillosas y la providencia de Dios hacia él, y entonces se sentara y escribiera un humilde recordatorio de las misericordias más notables, para consuelo propio y para la posteridad» (*Richard Steele*).

Salmo 19

El hombre sabio lee el libro del mundo y el libro de la Palabra como dos volúmenes de la misma obra, y piensa respecto de ellos: «Mi Padre escribió los dos.». «Este Salmo forma un contraste perfecto con el 8, evidentemente compuesto por la noche, y debería leerse en relación con él, ya que es probable que fuera escrito aproximadamente al mismo tiempo, y los dos son cánticos de alabanza derivados de los fenómenos naturales, y por tanto apropiados de modo peculiar a la vida rural o pastoral» (*John Mason Good*). «Así como Aristóteles tenía dos clases de escritos, unos llamados exotéricos, para los oyentes comunes, y otros acromáticos, para sus estudiantes privados y conocidos, del mismo modo Dios tiene dos clases de libros, según se da a entender en este Salmo; a saber, el libro de sus criaturas, como un libro corriente para todos los hombres del mundo (versículos 1-6), y el libro de sus Escrituras, como un libro

de estatutos para su auditorio doméstico: la iglesia (versículos 7, 8)» (*John Boys*).

Salmo 20

Si David no hubiera sido afligido con guerras, no habríamos sido favorecidos jamás con un salmo así. Hay necesidad de que el santo sea atribulado, para que pueda dar consolación a los demás.

Salmo 21

Si pedimos un beneficio y lo recibimos, hemos de alabar a Dios por esta misericordia antes de que se ponga el sol, o bien merecemos que se nos niegue la próxima vez. Este Salmo ha sido llamado el cántico triunfante de David, y podemos recordarlo como «La oda triunfal del rey». El rey es muy prominente en todo, él, y lo leeremos con verdadero provecho si nuestra meditación de Él es suave al considerarlo.

«Estoy persuadido de que no hay nadie que consienta en la aplicación del Salmo precedente a Cristo en su tribulación que no reconozca en éste a Cristo en su triunfo. Allí estaba en el valle oscuro, en el valle de Acor; ahora está en el monte de Sion; allí sufría tribulación y aflicción; ahora recuerda solamente la angustia, porque el gozo de una simiente espiritual ha nacido en el mundo; allí estaba asediado por enemigos mortales que le rodeaban por todos lados; pero aquí ha entrado en lo que está escrito en el Salmo 78:65, 66: «Entonces despertó el Señor como quien duerme, como un valiente que grita excitado del vino, e hirió a sus enemigos por detrás; les dio perpetua afrenta» (*Hamilton Verschoyle*).

(Continuará).

(Extractado de «El Tesoro de David»
de C.H. Spurgeon).

Epístola a los Romanos

Viendo a Cristo en el Evangelio



Stephen Kaung

Lecturas: Romanos 1:1-4, 16-17; 16:25-27.

El Nuevo Testamento, así como el Antiguo, está dividido en tres partes. En primer lugar, tenemos los libros históricos, luego las cartas o epístolas, y finalmente el libro de Apocalipsis. Los cinco libros históricos —los cuatro evangelios y el libro de los Hechos—, contiene la historia de nuestro Señor Jesús. Ellos nos proporcionan los hechos, la revelación de nuestro Señor Jesús.

Los libros históricos son seguidos por las epístolas, las cuales trazan las explicaciones de aquellos hechos. Los libros históricos nos muestran el ejemplo, y las epístolas, la interpretación. Con todo, sean los hechos o su interpretación, una cosa es cierta: ellos son la revelación de Jesucristo.

Ya hemos visto que los libros históricos del Nuevo Testamento nos entregan la revelación de Jesucristo. El hecho de que él sea revelado en su propia persona —en el cuerpo que tomó sobre sí

mismo cuando el Verbo fue hecho carne— o a través de su cuerpo colectivo, que tomó sobre sí después de su muerte, resurrección y ascensión, no hace diferencia. Es el mismo Jesucristo. Ya sea en su cuerpo personal, o en su cuerpo colectivo, él nos está siendo revelado. ¡Cuán precioso es eso!

¿Qué es el Evangelio?

En el Nuevo Testamento, la primera carta que encontramos es la epístola a los Romanos. De todos los escritos del apóstol Pablo, esta carta trata de un tema en especial: el Evangelio. Es la disertación más completa y sistemática acerca del Evangelio de Dios. Al principio mismo de su carta, Pablo dice que él es siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios. Eso nos muestra que el Evangelio es el tema de toda esta carta.

¿Qué es el Evangelio? En Lucas capítulo 2, cuando Jesús nació, un ángel del

Señor se apareció a los pastores en los campos de Belén, diciendo: *«He aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor»*. Ese es el hecho del Evangelio. El hecho del Evangelio es Jesucristo, el Señor. Y cuando el apóstol Pablo inicia la carta a los Romanos, él confirma exactamente este hecho. Dice: *«Pablo... apartado para el evangelio de Dios... acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo...»*.

Esa es la afirmación, y tras ella, de acuerdo con la estructura gramatical, vamos a encontrar dos paréntesis. El primero es Romanos 1:2: *«...que él (Dios) había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras...»*. En otras palabras, este Evangelio no es un accidente; fue prometido anteriormente por los santos profetas en las Escrituras. Es decir, si regresamos al Antiguo Testamento, descubriremos que los profetas, desde antaño, habían profetizado acerca de este Evangelio. No es algo que simplemente sucedió porque sí, sino algo que fue preparado por Dios en el transcurso de los siglos.

El segundo paréntesis es Romanos 1:3b-4: *«...que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos...»*. Este Hijo de Dios, el cual es el Evangelio de Dios, es, por un lado, del linaje de David —por lo tanto, un hombre— y, por otro lado, él prueba ser el Hijo de Dios mismo, por la resurrección de entre los muertos. Él es el Hijo de Dios. En consecuencia, este evangelio de Dios se refiere al Señor Jesús, el cual es tanto hombre como Dios. Él tiene una humanidad, y asimismo una divinidad. Él es el Dios-hombre, y este Dios-hombre es el Evangelio de Dios.

Desde el inicio, es necesario resaltar esto: El Evangelio de Dios es una Persona. No es una enseñanza, ni una doctrina, no es una técnica, ni una fórmula. Es una Persona: el Hijo, el Hijo de Dios, Jesucristo, nuestro Señor. De esa manera, ello confirma lo que tenemos en los libros históricos, es decir, que el Evangelio es el Señor Jesús. Ese es el hecho.

Al apóstol Pablo le gusta explicarnos ese hecho. En la introducción, él dice: *«Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree...»*. No hay diferencia; el evangelio es poder de Dios para salvar a todo el que cree, sea judío o griego, y el evangelio es poder de Dios que salva completamente. Si sabemos que éste es el Evangelio, ciertamente nos gloriaremos en él, no tendremos vergüenza de él. En este Evangelio, la justicia de Dios es revelada sobre el principio de fe y para fe. Dios dispuso todo en el Evangelio, y todo lo que necesitamos hacer es creer; y si creemos, entonces la justicia de Dios viene sobre nosotros.

Después de introducir el tema (Ro. 1:1-17), Pablo empieza a desarrollarlo. Podemos dividir la carta a los Romanos en tres secciones. La primera se extiende desde el versículo 1:18 hasta el final del capítulo 8, y nos muestra la *provisión* del Evangelio. La segunda parte comprende los capítulos del 9 al 11, y nos declara el *propósito* y el *plan* del Evangelio. Y finalmente, la tercera parte, que abarca desde el capítulo 12 al 16, muestra el *poder* o el *producto* del Evangelio.

La provisión del Evangelio

Antes de conocer el Evangelio, nosotros no sabíamos nada acerca de la justicia de Dios, porque la justicia de Dios es revelada en el Evangelio. ¿Qué es lo que nosotros conocíamos, entonces? Sólo conocíamos la ira de Dios. La ira de Dios

es revelada y está sobre toda la impiedad y perversidad de los hombres. Nosotros conocemos eso, porque éramos impíos.

Nosotros fuimos creados a imagen de Dios; deberíamos ser como él, deberíamos manifestarlo y representarlo sobre la tierra; pero, lamentablemente, nosotros pecamos, caímos, y fuimos destituidos de la gloria de Dios. Nos volvimos impíos, ya no somos más como Dios.

Y aún más que eso, nosotros no sólo somos impíos en relación a Dios, sino que nos volvimos injustos en todas las relaciones entre nosotros. Somos injustos unos con otros; pecamos unos contra otros, nos maltratamos y nos herimos, hacemos muchas cosas erradas unos contra otros. Y a causa de estar en ese tipo de situación, todo cuanto conocemos es la ira de Dios.

En nuestra conciencia, sabemos que la ira de Dios está sobre nosotros, sabemos que estamos bajo condenación. Por esta razón, se han inventado religiones que pretenden tranquilizar la mala conciencia e intentan de alguna forma aplacar la ira de Dios. Nos esforzamos por hacer el bien, intentamos cumplir las obras de la ley. Sin embargo, amados hermanos, sabemos que nuestra justicia, esto es, el pensar que hacemos algo bueno al cumplir la ley, es como trapos de inmundicia (Is. 64:6). Ellas no sólo son incapaces de cubrir nuestra desnudez delante de Dios, sino que al mismo tiempo son sucias, inmundas, a los ojos de Dios. Por tal razón, nadie puede ser justificado por las obras de la ley.

Si trajésemos todas las obras y todas las cosas buenas que hacemos, para ofrecerlas a Dios, seremos completamente rechazados. Es exactamente como las ofrendas de Caín, el cual trajo lo mejor de sus productos de la tierra, lo cual representaba sus propios méritos. Él intentó traerlos a Dios para que Dios los

aceptase; sin embargo, éstos fueron rechazados totalmente. No sólo sus ofrendas, sino su propia persona, fueron rechazadas por Dios. Nadie puede ser justificado por las obras de la ley. Todos están bajo condenación; todos están bajo la ira de Dios. Y creo que todos nosotros hemos experimentado estas cosas.

Mas, gracias a Dios, encontramos: *«Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia...»* (Ro. 3:21-22).

La justicia de Dios está siendo manifestada para nosotros en el Evangelio. Con todo, ¿cómo viene la justicia de Dios sobre nosotros los que creemos? A fin de aclarar este punto, diremos que, en realidad, hay tres cosas mencionadas en los capítulos 1 a 8 de Romanos, que el Evangelio provee para nosotros. En los capítulos 3 y 4, y hasta el versículo 5:12, tenemos la *justificación*. De 5:13 a 8:17, la *santificación*, y de 8:18 a 8:30, encontramos la *glorificación*. Tal es la provisión de Dios para nosotros en el Evangelio.

La justificación

¿Qué es la justificación? A menudo oímos a las personas decir que la justificación significa «como si nunca hubiésemos pecado». Nosotros pecamos, mas ahora, siendo justificados, estamos delante de Dios como si nunca hubiésemos pecado. Sin embargo, en la realidad, la justificación es mucho más que eso. Dios no sólo nos considerará justos y como si nunca hubiésemos cometido pecado, sino que la justificación significa que ahora nosotros somos ‘aceptos’ en el Amado.

La justificación significa que fuimos reconciliados con Dios, que ahora tenemos un lugar en la presencia de Dios. Antes, no podíamos acercarnos a Dios, no

podíamos llegar a su presencia. Si llegásemos a Dios, seríamos juzgados, condenados, ejecutados, y moriríamos. Mas, gracias a Dios, a través de la justificación, hoy podemos estar delante de él con santa osadía. Ya no tenemos miedo a la ira de Dios, pues su justicia está a favor nuestro.

Así, pues, en verdad, la justificación incluye todos esos pensamientos. Somos justificados como si nunca hubiésemos pecado, es decir, todos nuestros pecados han sido perdonados; pero ellos no sólo son perdonados, sino también olvidados, porque si así no fuera, no podríamos decir que somos justificados como si nunca hubiésemos pecado. Nosotros pecamos, mas ahora todo fue perdonado y olvidado. Dios perdonó, por lo tanto nosotros fuimos justificados, fuimos reconciliados con Dios, ya no somos más sus enemigos. Dios nos recibió, nos aceptó en su amado Hijo, y ahora podemos estar delante de él en santa osadía. Eso es la justificación.

¿Cómo somos justificados? Esa es una pregunta muy antigua, y se encuentra ya en el libro de Job, el primer libro de la Biblia desde el punto de vista cronológico. En este libro, en el capítulo 9, Job hace la siguiente pregunta: «¿Y cómo se justificará el hombre con Dios?». ¿Cómo puede el hombre injusto, pecador, volverse justo delante de Dios? Dios es un Dios justo; entonces, ¿cómo puede él justificar a personas injustas? Por otro lado, si Dios simplemente justificase a las personas injustas sin tomar ninguna otra providencia, eso lo volvería injusto a él, distorsionaría su justicia, y eso él no podría permitirlo.

Dios ama a los pecadores; sin embargo, él aborrece el pecado. Pero, gracias a Dios, ese es el problema que el Evangelio viene a resolver. El Evangelio dice que de tal manera amó Dios al mundo, que dio su Hijo unigénito al mundo. Su Hijo

vino a este mundo como un hombre, Jesús, quien tomó sobre sí nuestros pecados y murió en la cruz como nuestro sustituto. Él derramó su sangre por nuestros pecados, y su sangre satisfizo la justicia y la rectitud de Dios. Su sangre purifica nuestros corazones de mala conciencia, y por tal razón somos justificados delante de Dios. Vale decir, somos justificados, pero no por nosotros mismos.

Muchas veces tratamos de justificar-nos a nosotros mismos; sin embargo, nuestros esfuerzos son inútiles, y no somos justificados de esta manera. Es Dios quien tiene que justificarnos, y lo realiza a través de la sangre de su propio Hijo amado. Los pecados son perdonados porque la sangre ha sido derramada. De esa forma, puede Dios justificarnos de manera recta, y la justicia de Dios viene a nosotros.

2 Corintios 5:21: «*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.*»

Es interesante observar que no sólo nosotros somos justificados por Dios, sino que, al recibir el Evangelio, nosotros justificamos también a Dios. Nos transformamos en justicia de Dios. Decimos entonces que Dios es justo al justificarnos. Es algo mutuo.

Amados hermanos, ¿cómo nos volvemos justos delante de Dios? Hoy, Dios mira hacia nosotros y dice: «No veo iniquidad en ustedes». Recuerden, en el Antiguo Testamento, cómo Balaam, el profeta gentil, intentó maldecir a los hijos de Israel; sin embargo, Dios transformó la maldición en bendición y dijo: «Yo no veo iniquidad en Israel». Lo mismo sucede con nosotros. Dios dice: «No veo pecado en ellos». Nosotros somos justificados en Cristo Jesús. Dios no ve pecado alguno en nosotros; al contrario, él nos ve como justos.

¿Cómo es posible esto? Ustedes saben que entre el pueblo de Dios hay diferentes grados de entendimiento acerca de las cosas de Dios, y hay personas, en verdad, faltas de entendimiento. A veces pensamos que, si creemos en el Señor Jesús, entonces nos tornamos justos. Esto es verdad, porque en Romanos 5:18-20 está escrito: *«Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos. Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreamplió la gracia»*.

¡Es correcto! Dios nos tornó justos. Pero, ¿cómo sucede eso? Algunos piensan que, cuando crees en el Señor Jesús, entonces él te transforma del pecado a la justicia. Es decir, tú eras anteriormente un pecador, no sabías hacer otra cosa sino pecar; mas, después que creíste en el Señor Jesús, ocurre una transformación en ti. Ya no pecas más, te transformas en justo. O sea, todo lo que hicieres a partir de ese momento es justo delante de Dios, porque fuiste transformado.

Esa es una forma de encarar la cuestión. Pero, ¿será que fuiste realmente transformado? Es verdad, desde que creíste en el Señor Jesús, tal vez en los primeros días, parece que hubo una transformación. Sin embargo, al poco tiempo, cuando el entusiasmo y la emoción de aquellos días primeros pasó, descubres que la transformación parece no haber ocurrido, que aún puedes pecar, que no eres tan justo como creías. En otras palabras, que no fuiste transformado.

Sin embargo, eso no significa que no hayas sido salvo. Eres salvo; en verdad

una nueva vida entró en ti. Recibiste la vida eterna, y entretanto, en relación a tu persona, no has cambiado; aún eres el mismo de antes. Pero, gracias a Dios, ahora eres poseedor de una nueva vida.

Por otro lado, algunos dirán: «Cuando tú crees en el Señor Jesús sucede lo siguiente: tú no eres transformado; sin embargo él te concede su justicia; sus méritos se transforman en tus virtudes; por tanto, cuando Dios te mira, te ve lleno de virtud y justicia, porque la justicia de Jesucristo es ahora tuya». Quienes piensan así, están cerca de la verdad, ¡pero no están lo suficientemente cerca!

La expresión «la justicia de Jesucristo» se encuentra en un solo lugar en el Nuevo Testamento (Dejo al lector la tarea de descubrirlo). La expresión «justicia de Jesucristo» significa que cuando el Señor Jesús estaba sobre la tierra, él era justo en todo. Ahora él es 'el Justo', sentado a la diestra del Padre. Él es el único justo, porque él satisface al Padre en todas las cosas. No hay ni siquiera uno justo, sólo Jesucristo es justo. Esa es su justicia.

Sin embargo, ¿sabías que la justicia de él no te justifica a ti? Al contrario, su justicia va a condenarte, porque él es tan justo y tú tan injusto. Cuanto más justo es él, nuestra injusticia se hace más notoria. Por tanto, mayor es nuestra condenación. Supongamos que eres una persona negligente, y encuentras a alguien que es muy diligente. Cuanto más diligente sea esa persona, más notoria se hará tu displicencia, porque el contraste será mayor.

En Juan 16:10 está escrito: *«...de justicia, por cuanto voy al Padre»*. Cuando el Espíritu viniere, él condenará al mundo. ¿Qué significa eso? ¿Por qué razón la justicia nos condena en el hecho de que Cristo va al Padre? Porque Jesús es el único que puede retornar a Dios, el único que puede estar delante de Dios, el

único que puede vivir delante de Dios; él es aquel único justo a quien Dios puede aceptar. Por lo tanto, por haber ido él al Padre, está probado que su justicia es perfecta. Él puede ir al Padre, y esta justicia nos condena, porque nosotros no podemos ir al Padre; no nos atreveríamos a ir. Si fuésemos, moriríamos. ¡Eso es justicia!

Hermanos, la justicia de Jesucristo no nos justifica a nosotros, sino que lo califica a él para ser nuestro sustituto, porque él es sin pecado. Por tanto, él pudo ser hecho pecado por nosotros. Si él no fuese justo, no podría ser nuestro sustituto; tendría que morir por causa de su propio pecado. Sin embargo, gracias a Dios, él es totalmente justo, y pudo ser hecho pecado por nosotros, de modo que la justicia de Dios pudiese venir sobre nosotros. Su justicia lo califica para ser nuestro Salvador, nuestro sustituto. Mas, su justicia no es algo que nos es dado para ser nuestra justicia.

Algunas personas han dicho que no sólo nuestro Señor Jesús tiene todos los méritos y justicia para conceder a las personas, sino que, aun en este mundo, hay santos 'canonizados', que, cuando murieron, fueron directamente al cielo, no necesitaron ni siquiera ir al 'purgatorio'. Al llegar al cielo, tenían muchos méritos; tantos, que sobraban. Por tanto, si tú oras a uno de ellos, él te podría conceder alguno de sus méritos, y elevarte del purgatorio hacia el cielo. Ese es el significado de «conceder méritos».

Sin embargo, ese no es el Evangelio de la justificación por la fe. El Evangelio no significa que Cristo, lleno de justicia, tome su justicia y la ponga sobre ti, y a partir de allí te vuelves justo. No, de ninguna manera. Nosotros nos volvemos justos porque Dios nos dio a su Hijo amado. Cristo Jesús, él, fue hecho nuestra justicia.

1 Corintios 1:30: *«Mas por él (Dios) estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención».*

Dios hizo a Cristo nuestra justicia. Esto no significa que su justicia nos es dada a nosotros, sino que Dios nos da a su Hijo, Cristo, y nosotros somos revestidos con Cristo. Es en la unidad con Cristo que nos tornamos justos. Hoy, cuando estamos delante de Dios, él no nos ve a nosotros, sino a Cristo, pues nosotros estamos revestidos con Cristo.

Amados hermanos, esta es la forma en la cual somos justificados; de esta manera nos tornamos justos. Nosotros no cambiamos. Él no nos dio simplemente algunos de sus méritos; antes bien, nos revistió de sí mismo. Hoy estamos unidos con Cristo; de tal manera que cuando estamos delante de Dios, él no te ve a ti o a mí. Dios ve a su Hijo amado y dice: «Eres justificado como si nunca hubieses cometido pecado; eres acepto, ten paz».

La justificación, o la justicia, no es una enseñanza, una doctrina, un método, una fórmula o una técnica. Es una Persona, y esta Persona es Jesucristo. Cuando tienes a Jesucristo, eres justificado. Si no tienes al Señor Jesucristo, aunque conozcas la doctrina de la justificación por la fe, no eres justificado. Las personas pueden aceptar la doctrina de la justificación por la fe, pero si no creen en el Señor Jesús, no son justificadas. Pueden usarla como una fórmula, pero esto no funcionará hasta que usted crea en el Señor Jesús. Eres justo delante de Dios porque Jesucristo fue hecho justicia para ti. Él es tu justicia. Eso es el Evangelio.

Recuerdo una historia de Juan Bunyan, el autor de «El Peregrino». Cuando él era joven, tenía a veces la convicción profunda de sus pecados, y trataba de cambiarse a sí mismo. Gran parte

del tiempo vivió en forma muy liberal, pero cuando tuvo convicción de sus pecados, trató de auto reformarse. Intentó dejar de hablar obscenidades, comenzó a reunirse en una iglesia, y otras cosas más, en su esfuerzo de transformarse a sí mismo. A pesar de ello, volvía a recaer en las mismas cosas de antes, y sus tentativas eran inútiles.

En cierta ocasión, una vez más, Juan Bunyan sentía la carga de sus pecados, y pensaba nuevamente en regenerarse. Mientras iba caminando por el campo, meditaba sobre estas cosas: «¿Cómo puedo ser justificado? ¿Cómo puedo volverme justo delante de Dios? Yo no tengo justicia, ¿qué puedo hacer? ¿Cuál es la solución para este problema?».

Mientras caminaba por el campo, oyó de pronto una voz que decía: «Mi justicia está en el cielo». ¡Era una revelación! Él pensaba que su justicia estaba en sí mismo, y que era necesario hacer algo a fin de ser justo. Entonces oyó aquella voz: «Mi justicia está en el cielo». No está en ti, está en Cristo Jesús. Jesucristo es tu justicia, y si tienes a Jesucristo, entonces eres justo delante de Dios. Si tienes a Je-

Mientras caminaba por el campo, oyó de pronto una voz que decía: «Mi justicia está en el cielo». Él pensaba que su justicia estaba en sí mismo, y que era necesario hacer algo a fin de ser justo. Entonces oyó aquella voz: «Mi justicia está en el cielo».

sucristo, entonces estás justificado.

Un hermano explicaba esto de la siguiente manera: «Tú puedes cambiar, y vas a cambiar, pero tu justicia nunca cambia, porque ella es Cristo». No importa cuánto cambies tú; tu justicia nunca cambia. Y esa es la primera parte del Evangelio, es Jesucristo. No es una enseñanza, ni un método, ni aun algo que Dios te haya dado, sino es Cristo quien te ha sido dado.

La santificación

El segundo aspecto del Evangelio es la santificación. Esta es una palabra tremenda, pero significa simplemente «apartado para Dios». En la práctica, la santificación significa vivir una vida piadosa y santa, venciendo las tentaciones y el poder del pecado – vivir una vida victoriosa. Tal es la santificación.

En Lucas 1:75, una oración dice que debemos andar delante de Dios en santidad y justicia todos nuestros días. Amados hermanos, es verdad, después que fuimos justificados, después que fuimos salvos, debemos vivir en la presencia de Dios y andar delante de él en santidad (lo que significa ser igual a Dios) y en justicia todos nuestros días. No se espera que un cristiano, un verdadero creyente, continúe pecando, o caiga en tentación. Se espera que un cristiano viva como Cristo vivió en esta tierra, venciendo al poder del pecado y viviendo una vida santa.

«*Sed santos, porque yo soy santo*». Esta no es sólo una exhortación, es una orden. Dios nos manda que seamos santos. Santo significa 'poco común'. Debes vivir de forma poco común, diferente al modo en que el mundo vive. Debes ser diferente, porque has sido apartado para Dios. Estás aquí para representar a Dios, para expresar a Dios, para manifestar su gloria. Esa es la santificación.

Ahora, ¿cómo podemos ser santos?

¿cómo podemos vivir esa vida victoriosa? Sabemos que debemos vivir esa vida; sin embargo, ¿podemos vivirla? En Romanos 7, Pablo dice: «En mi corazón, yo sé; en mi mente renovada, yo sé, sé que debo obedecer a los mandamientos de Dios, y deseo hacerlo. Trato de hacerlo, pero cuanto más lo intento, más fallo. El quererlo está en mí, mas no el hacerlo. ¡Qué hombre miserable soy! ¿Quién me podrá liberar de este cuerpo de muerte?».

¿No es esa la experiencia de muchos cristianos de hoy? Estás justificado delante de Dios, eres salvo, reconciliado con Dios, y tienes la vida de Dios en ti mismo. Sin embargo, de alguna forma descubres que no puedes vencer el poder del pecado. De alguna manera descubres que el desearlo está presente, pero no la fuerza. Lo intentas, lo intentas, lo intentas, y una y otra vez eres derrotado, y vives una vida cristiana miserable. Ciertamente, eso no es el Evangelio.

Hermanos el Evangelio no es solamente para los pecadores; es también para los creyentes. La parte del Evangelio concerniente a los creyentes es: «¿No sabéis que fuisteis crucificados con Cristo?». En otras palabras, para nuestra justificación tenemos la sangre del Señor Jesús, y para nuestra santificación, la cruz de nuestro Señor Jesús.

Cuando nuestro Señor Jesús fue a la cruz, él llevó sobre sí todos nuestros pecados. Él cargó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, y allí murió por nuestros pecados. Por tanto, si crees en él, tus pecados son perdonados. De la misma manera, cuando Cristo Jesús fue a la cruz, el te llevó a ti y a mí. Gracias a Dios, él no sólo llevó nuestros pecados, sino que nos llevó a nosotros mismos con él a la cruz, y allí él murió como nosotros; no sólo por nosotros, sino como nosotros.

Cuando el Señor Jesús murió en la

cruz, no sólo es nuestro sustituto, para pagar las deudas por nosotros, sino que es también nuestro representante. Él nos representa en la cruz. Cuando él murió, tú moriste en él y con él. Él fue levantado de entre los muertos, y tú también fuiste levantado juntamente con él de entre los muertos. Por esa razón, Pablo dice en Gálatas 2:20: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*».

Hermanos, ¿saben ustedes lo que significa la santificación? Sí, la santificación requiere que vivamos una vida santa; sin embargo, ¿quién puede vivir tal vida? Tú no puedes, nosotros no podemos vivir esa vida por medio de nosotros mismos. Aun siendo salvos, si tratamos de vivir una vida santa a través de nuestra propia voluntad, por nuestro propio esfuerzo, fracasaremos, porque nosotros no cambiamos.

Hay sólo un hombre que puede vivir esa vida santa, y ese hombre es Jesucristo. Él es el único que puede vivir tal vida, y tú sabes que él vive en ti, él vive en ti. Sin embargo, ¿tú permites que él viva a través de ti? Si estás viviendo a través de tu propio esfuerzo, esa es la razón por la cual no puedes vivir una vida santa. ¡Si sólo pudieras quedarte a un lado, y dejarlo vivir a él! Entonces, no sería problema el vivir una vida piadosa y justa delante de Dios todos los días de tu vida, porque él vivió esa vida hace dos mil años atrás. Él simplemente libera esa vida en y a través de ti y de mí.

Recuerda esto: la santificación no consiste en una vida transformada, la santificación es una vida sustituida. Tú no cambiaste, pero tuviste un trueque. No más tú mismo, es Cristo quien vive en ti.

Una ilustración clásica de esto es Hudson Taylor, el fundador de la Misión

al Interior de China. Él amaba al Señor, y fue a China como misionero. Fue poderosamente usado por Dios, pero cuando estaba en China se dio cuenta que, a pesar de estar predicando a los chinos, su propia vida era un fracaso. Descubrió que había muchas cosas que no podía vencer. Él se preocupaba con mucha facilidad, quedaba resentido por pequeñeces, y miraba al Señor en busca de una vida realmente victoriosa, una vida gloriosa, y que glorificase al Señor.

Hudson Taylor oraba y oraba, leía la Palabra y ayunaba; pedía a Dios que le diese fe, y hacía todo lo que podía. Pero al final, Dios simplemente le mostró que esa era una vida sustituida. «No eres tú quien puede hacer eso, sino soy yo en ti, y yo voy a vivir esa vida. Descansa, y déjame hacerlo». Y él descubrió que toda su vida fue revolucionada. Eso es la santificación.

La santificación no es una doctrina, ni una segunda bendición. Hay personas hoy que creen en una segunda bendición. Ellos sostienen que la primera bendición es ser salvos, y la segunda bendición, ser santificado, tornarse santificado. ¿Cómo? Bien, la raíz del pecado es desarraigada, es arrancada. Entonces tú ya no puedes pecar más.

Sin embargo, hermano, yo tengo que confesar que fui salvo entre un grupo de hermanos que creían en la erradicación del pecado. Fui salvo entre ellos en una Conferencia. Lamentablemente, en el transcurso de la Conferencia, la fundadora de aquella misión perdió el control. El pecado no es erradicado. El pecado permanecerá en ti mientras vivas; sin embargo, gracias a Dios, tú eres erradicado. No el pecado, sino tú. La cruz te eliminó. Tal es la santificación por la fe.

Juan Wesley predicó acerca de esa santificación por la fe. No sólo la justificación por la fe, sino la santificación por

la fe. ¿Por qué por la fe? Porque todo ya fue hecho para ti. Todo lo que necesitas hacer es creer y recibir, y entonces aquello es tuyo. Lo mismo es verdadero con relación a la santificación. La santificación es Cristo. Él *es* la santificación. En consecuencia, cuando tú crees en él, eres santificado. Es sencillo. Simplemente, créelo, y tómalo como tu santificación. ¿No está escrito en 1 Corintios 1:30: «...el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación y santificación...»? La santificación no es una doctrina, no es alguna cosa que Dios te da. La santificación es Cristo. Cristo te es dado. Él es nuestra santificación. Ese es el Evangelio de Dios.

La glorificación

Muchos creyentes piensan que si somos justificados no iremos al infierno, sino al cielo, y que eso es todo. De todos modos, hay otros creyentes que piensan que eso no lo es todo. No es suficientemente bueno sólo el que en el futuro no vayan al infierno sino al cielo; además de eso, ellos desean vivir una vida justa y santa en la tierra, y damos gracias a Dios por esos creyentes. No obstante, si tú piensas que eso es bueno y suficiente, Dios dice que eso no es suficiente para él.

El Evangelio precisa satisfacerte a ti, mas el Evangelio precisa satisfacer a Dios, y Dios no se satisface meramente por justificarte y santificarte. Él declara: «No, yo voy a hacer algo más: voy a glorificarte».

Hermanos amados, ¿Qué es la glorificación? La glorificación significa simplemente que Dios va a transformarte de gloria en gloria, y conformarte a la imagen de su amado Hijo.

En Romanos 8:29-30 dice: «*Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos con-*

forme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.

La glorificación no significa que tu hombre natural es glorificado, transformado. No, nosotros dijimos que tú no cambias. «Lo que es nacido de la carne, carne es. Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es». Ser transformado significa simplemente que el Espíritu Santo va a obrar de tal forma en tu vida, que te retirará a ti y va a agregar a Cristo, hasta que Cristo sea formado completamente en ti, o hasta que tú seas conformado a su imagen. ¡Eso es la gloria!

Nosotros damos vergüenza; sólo Cristo es glorioso. Entonces, cuando Cristo es formado en ti, hay gloria. En otras palabras, gloria significa que Dios está siendo visto, Dios está siendo expresado, Dios está siendo conocido. Siempre que vemos a Dios, vemos gloria. Ese es el propósito de Dios. Él no irá sólo a justificarte, ni sólo a santificarte; él desea glorificarte. Él anhela que Cristo sea completamente formado en ti, para que tú seas conformado a su imagen.

Sin embargo, ¿cómo él va a obrar eso? El Espíritu Santo es responsable por ese hermoso trabajo. El Espíritu Santo es como un bordador. Él está dando puntadas, punto tras punto en tu vida, para tejer a Cristo en ti. Y a medida que él está haciendo eso, tú estás siendo vestido con un atuendo bordado. Serás adornado para ser la novia de Cristo. Lo que es entretejido en ti, construido en ti, no es nada más que Cristo.

Cristo es nuestra redención, y la redención apunta hacia la filiación; o sea, la posición de hijo maduro. Ustedes ahora crecerán y se transformarán en hijos de Dios. Eso es la glorificación, y nueva-

mente, eso no es una enseñanza, ni una doctrina. La glorificación es Cristo. Cuando vemos a Cristo, hay gloria; esa es la obra del Espíritu Santo.

El apóstol Pablo concluye la primera parte con un grito de victoria, en el versículo 8:31-32a. Al leer ese pasaje, descubrimos que Dios nos perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros. Entonces, ¿cómo no nos dará, por ventura, en gracia, todas las cosas con él? Dios es quien justifica; Dios nos justificó. Es Cristo quien murió, pero también el que resucitó, el cual está a la diestra de Dios y también intercede por nosotros. Dios nos justificó; Cristo nos libertó, y entonces el Espíritu Santo obra a Cristo en nosotros, hasta que seamos conformados a la imagen del amado Hijo de Dios. Esa es la provisión del Evangelio.

El plan y el propósito del Evangelio

Sólo mencionaré las dos últimas partes de Romanos, sin explicarlas. Los capítulos 9 al 11 son muy hermosos. Con frecuencia, cuando leemos Romanos, llegamos a esos tres capítulos y no conseguimos ir más adelante. Es muy difícil. No sabemos cómo interpretar esos capítulos; pero, en verdad, los capítulos 9, 10 y 11 son más bellos porque ellos nos muestran el plan y el propósito del Evangelio.

La voluntad soberana de Dios es salvarnos. Es por esa razón que él nos puso a todos bajo pecado, a fin de que podamos todos ser incluidos en Cristo. Fue primero para los judíos, luego para los gentiles, y después de retorno para los judíos. No es por nuestra voluntad, o por nuestra carrera, sino por las misericordias de Dios. Asimismo, dice también que «todo aquel que en él cree, será salvo». En otras palabras, tú descubres una maravillosa providencia de Dios, donde todos tendrán la oportunidad de ver al Señor Jesús.

Sus caminos son inescrutables, también su propósito es claro. Él desea que Cristo sea todo en todos, para que a él sea toda la gloria. De él, por él y para él; ése es el propósito del Evangelio. El propósito del Evangelio es Cristo glorificado; Cristo, la preeminencia en todas las cosas.

El poder es producto del Evangelio

La última parte es el producto del Evangelio. Allí encontramos un cuerpo de creyentes, un cuerpo de redimidos. Ellos se han transformado en un cuerpo, y ese cuerpo está en la tierra para expresar la Cabeza, Cristo; está en la tierra para glorificar a Cristo. En este cuerpo, descubrimos que ellos se aman unos a otros, se reciben unos a otros, se cuidan unos a otros, se edifican unos a otros, y se transforman en un testimonio de Jesús en este mundo. Ese es el producto del Evangelio.

Los últimos tres versículos son la conclusión de esa epístola. Aparece tres ve-

ces la expresión «según». *«Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo –esa es la provisión del Evangelio, la primera parte– según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas –ese es el propósito del Evangelio, la segunda parte– según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe –ese es el poder del Evangelio, o el producto del Evangelio, la tercera parte– al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén».*

Amados hermanos, nosotros vemos a Jesús en el Evangelio, porque él es el Evangelio. Lo que ustedes reciben es a Jesucristo – no una enseñanza, no un método, no una fórmula, sino Jesucristo. Él es nuestro Evangelio.

(Tomado de «Vendo Cristo no Novo Testamento», Tomo II).



Las lecciones del trigo

El trigo no se asemeja a la higuera, símbolo de Israel, que con sus raíces hundidas profundamente en la tierra, se apoya en el fondo de ella. La Iglesia es una frágil planta a los ojos del mundo – sin fuerza física para resistir las tempestades y que pasa rápidamente de cosecha en cosecha. El granero de la Iglesia es un mundo mejor.

El trigo, cuando madura, muere de arriba abajo; las raíces y los tallos mueren cuando el grano está maduro; así, el alma que muere para el mundo madura para el trono de Dios.

Un campo de trigo maduro es un campo de cabezas inclinadas, mientras que las malezas cuando maduran se mantienen perfectamente erguidas: cuanto mayor es nuestro peso de gracia, más bajos estarán nuestros rostros.

Sol tras sol castiga el grano con su calor, transformándolo en dulzura: la prueba, para el hijo de Dios, es el calor del sol de su Padre.

El trigo madura absorbiendo la luz: permanecer en la luz es dar mucho fruto; permanecer significa madurar. «El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto» (Jn. 15:5).

Los nombres de Cristo.

Cristo



Harry Foster

A diferencia de Jehová y Jesús, el Espíritu Santo no tiene un nombre personal; sin embargo, él es el único responsable de este título especial de Cristo que damos tan a menudo al Hijo de Dios. Tanto la palabra griega 'Cristo', como su equivalente hebreo 'Mesías', significan que el único así llamado es el Ungido de Dios.

Un hombre ungido era un hombre del Espíritu, un hombre tan dotado con autoridad y respaldo divino, que pudiera cumplir a perfección la voluntad de Dios.

Jesús de Nazaret demostró plenamente su especial unción; pues, desde el momento en que el Espíritu vino sobre él en el Jordán hasta que exhaló su último suspiro en la cruz, fue notorio que «Dios estaba con él» (Hch. 10:38). Al principio de su ministerio público, Jesús proclamó abiertamente esta experiencia de 'Cristo' (Lc. 4:18). Es evidente que, aunque él había nacido del Espíritu, algo pasó en su bautismo de agua que no sólo lo singularizó como el amado Hijo de Dios sino también como su enviado y su representante autorizado, su Ungido.

El Espíritu Santo, que procede el Padre, no sólo descendió sobre Jesús, sino

que moraba permanentemente en él (Jn. 1:33); Jesús no era sólo uno que había tenido una experiencia como 'Cristo', sino que él era el Cristo. Él obraba guiado por el Espíritu, impulsado por el poder del Espíritu y la relación mutua mantenida con el Padre en la comunión del Espíritu, y así se identificó efectivamente como el Cristo.

Cualquiera sea el texto real de Juan 3:34, no cabe duda que el contexto señala al Hijo como el que disfruta sin medida el don del Espíritu del Padre. En su caso, Dios no tiene reserva alguna; toda la llenura infinita del Espíritu está libremente disponible para el Cristo.

Sin embargo, aunque hay sólo un Cristo, hay —gracias a Dios— muchos que están 'en Cristo', disfrutando así su parte en la llenura. Cuando Juan el Bautista reconoció a Cristo por el descenso del Espíritu sobre él, pudo anunciar: «...ése es el que bautiza con el Espíritu Santo» (Jn. 1:33). Esto nos enfatiza la importancia del nombre 'Cristo' —y por consiguiente la tremenda importancia de ser un 'cristiano' (1 P. 4:16)—, pues significa que él no sólo es el Cordero de Dios que quita nuestros pecados, sino 'el Bautista

en el Espíritu', que nos llena de la vida divina.

Los discípulos aceptaron a Jesús como el Cristo, pero vieron en la cruz un gran tropiezo, y estaban en completa desesperación, hasta que el Señor resucitado les explicó que el Cristo tenía que padecer y morir para que la promesa del Padre fuese válida para nosotros (Lc. 24:26). Ellos aceptaron esto por fe, y luego vivieron la experiencia del día de Pentecostés cuando, en virtud de Su muerte, resurrección y ascensión, él pudo derramar su Espíritu sobre ellos. Esta unción no los hizo ser pequeños 'cristos', sino que liberó a través de ellos un poderoso testimonio de que el Señor Jesús es el Cristo de Dios (Hch. 2:36); 'Cristo' no era ahora un título formal, sino una palpitante realidad.

Pronto ellos empezaron a unir este título con el nombre personal de Jesús (Hechos 3:6), a menudo asociándolo al título de 'Señor' y completando su total descripción como «el Señor Jesucristo» (Hch. 15:26). Mientras todavía retenían la forma 'el Cristo', ellos empezaron a referirse a él cada vez más simplemente como 'Cristo'. De hecho, se tornó en una de sus formas usuales de referirse a la Persona amada que ahora significaba todo para ellos. «*Para mí el vivir es Cristo*», afirmó Pablo (Flp. 1:21), y él también hizo la notable declaración: «*Vive Cristo en mí*» (Gál. 2:20), basando todas sus esperanzas futuras en este nuevo secreto de vida: «*Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*» (Col. 1:27).

Como parece lógico, todas las promesas de Dios han sido dadas libremente a su Ungido, pero, por un maravilloso acto redentor, Dios ha puesto también todas estas promesas a nuestra disposición, poniéndonos 'en Cristo'. No es que

nosotros tengamos una unción privada y personal; hay una única unción, y ella está sobre Cristo; pero lo que Dios ha hecho es establecernos en Cristo y compartimos su unción (2 Co. 1:21).

Así, nosotros vivimos la aparente paradoja de estar 'en Cristo' y asimismo tener a Cristo 'en' nosotros. Estas expresiones no son contradictorias sino complementarias, necesarias ambas para explicar nuestra relación íntima con él. La verdad es que el Espíritu ha producido esta relación vital que hace a los creyentes ser «*el cuerpo de Cristo*» (1 Co. 12:27). La promesa de Juan acerca de la obra de Cristo como el que bautiza en el Espíritu se ha cumplido, y ha producido esta unión orgánica de la Cabeza y sus miembros, compartiendo todos una unción plena y aparentemente referida al 'Cristo' (1 Corintios 12:12-13).

Por consiguiente, cualquier esfuerzo por definir o describir por qué Jesús es llamado Cristo quedará corto ante la realidad divina tan maravillosa que desafía todo análisis. El Señor Jesús ha asumido la designación veterotestamentaria de Mesías y la ha llenado de tal valor, que abraza todos los propósitos eternos y la buena voluntad de Dios para nosotros los hombres (Ef. 1:10). ¡No es de asombrarse que Pablo anhelara con todo su ser «*ganar a Cristo*» (Flp. 3:8)!

No debemos temer ofender al Espíritu Santo pareciendo prestarle menos atención. Su supremo gozo es la exaltación de Cristo, y cuando nosotros también hacemos de Cristo el todo y nos acercamos a él en obediencia y devoción, el Espíritu responderá acrecentando ricas experiencias de su obra de unción.

*Tomado de «Toward The Mark»,
Nov-Dic. 1972*

LOS NÚMEROS EN LA BIBLIA

El número 12

Este número es usado 187 veces en la Biblia, 22 de ellas en el libro de Apocalipsis. Doce indica la perfección de gobierno. El servicio, la potestad y la protección: una característica de un sistema perfecto de gobierno.

Cristo escogió doce apóstoles –dirigentes y gobernantes de la Iglesia primitiva. Y prometió que se sentarían en 12 tronos, y juzgarían a las 12 tribus de Israel. Jesús dice a sus discípulos: «cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel» (Mat. 19:28).

Un hecho que aparece extraño es que durante el período de los cielos nuevos y la tierra nueva, el número «siete», excepto el séptimo, no se encuentra más. En la Nueva Jerusalén existen 12 puertas, 12 fundamentos, el nombre de los 12 apóstoles, 12 piedras preciosas, y 12 perlas: el muro de la ciudad tiene 144 codos que son 12 multiplicado por 12. Todo eso existirá eternamente, por lo tanto, el número 12 representa la perfección eterna. El último número que aparece en la Biblia es el «12», doce frutos en el árbol de la vida (Ap.22:2). El último número cardinal registrado en la Biblia es el «duodécimo», la duodécima piedra preciosa. Todo eso está ligado a la escena final del universo.

Los sellos de los «12» están sobre toda la ciudad eterna de Dios; siendo él allí manifiestamente supremo. Esto es la perfección en su análisis más profundo; y por esta

razón se menciona el número doce como siendo la perfección gubernamental.

Doce tribus formaban la nación de Israel. Había doce piedras en el pectoral del sumo sacerdote, representando a Israel (Ex. 28:17-21). Doce panes de la proposición debían ser colocados en el Lugar Santo. (Ex. 25:23-30). Doce piedras fueron tomadas del río Jordán (Js. 4:8). Doce espías fueron enviados por Moisés a la tierra de Canaán (Nm. 13:1-33). Los hijos de Israel encontraron doce fuentes de agua en Elim. (Ex. 15:27). Elías construyó un altar con doce piedras y cayó fuego del cielo sobre el altar y consumió la ofrenda que estaba sobre él (1 R. 17:30-40).

Jesús escogió doce discípulos para seguirlo. Jesús dice que, a su pedido, el Padre enviaría doce legiones de ángeles. Jesús tenía doce años cuando se presentó por primera vez en público y profirió sus primeras palabras registradas (Lc. 2:42). Sobraron doce cestas llenas en el milagro de la alimentación de los cinco mil.

El templo de Salomón tiene el número doce como uno de sus grandes factores en contraste con el tabernáculo, que tenía el número cinco. Es también significativo el hecho de que sólo doce de los jueces que juzgaron a Israel hayan sido registrados en el libro de los Jueces.

Las siguientes palabras se hallan 12 veces: *oikodespotes*, mayordomo o administrador de los asuntos de una casa; y *aule*, corte o palacio de gobierno.

(Tomado de «Os números na Bíblia», C. Chen, y «Manual de Interpretación Bíblica», E. Hartill).

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

¿Cuál es el milagro más importante del Antiguo Testamento? ¿A qué señala este milagro?

El milagro más importante del Antiguo Testamento es el que se refiere a Jonás, y este milagro señala la resurrección del Señor Jesús de entre los muertos.

Algunos aplican un énfasis equivocado sobre este milagro. Consideran que el que Jonás estuviera en el vientre del pez durante tres días y tres noches es un milagro que tipifica los tres días y tres noches que nuestro Señor pasó en el seno de la tierra. Dejemos bien claro que el estar enterrado durante tres días y tres noches en la tierra después de la muerte es precisamente la ocurrencia común. El que una persona se lance al mar y que sea tragado por un gran pez se halla también dentro del reino de lo posible. No sólo no es un milagro el estar en el vientre de un gran pez durante tres días y tres noches, ni aun el estar cincuenta días y cincuenta noches es un milagro. Lo que es milagroso es salir del vientre del pez después de tres días y tres noches. El que Cristo estuviera en la tumba tres días y tres noches no es nada extraordinario, pero el que saliera de la tumba después de tres días y tres noches, esto es lo extraordinario y, por tanto, un milagro. La muerte, pues, no es un milagro; lo que es un milagro es la resurrección.

Jonás había hecho su decisión, y no quería ir a Nínive hasta que hubo sufrido; tan lleno estaba de prejuicio racial. Dios le había ordenado que fuera a Nínive, pero él decidió ir a Tarsis. Por tanto, desobedeció a Dios, y Dios no estaba dispuesto a dejarlo pasar por alto.

Así que Dios levantó una gran tempestad en el mar de modo que el barco estaba a punto de naufragar. Jonás comprendió en su corazón que él era la causa de aquel desastre. Finalmente se vio forzado a pedir a los marineros que lo echaran al mar, con lo cual amainó la tempestad. Dios ordenó entonces a un gran pez que lo tragara, y Jonás permaneció en el vientre del pez durante tres días y tres noches. Después, Dios ordenó al pez que vomitara a Jonás, y lo hizo en tierra seca. Sólo entonces obedeció Jonás la orden de Dios de ir a Nínive y predicar el evangelio. Si buscas calma interior, por tanto, el viejo hombre que llevas dentro—o sea, este Jonás— tiene que ser echado al mar.

Jonás era una persona que se había rebelado y procuraba escabullirse de hacer la voluntad de Dios. Le echaron al mar a causa de su propio pecado. No fue así con nuestro Señor, sin embargo, porque él fue crucificado por causa de los pecados de los demás. Después que Jonás fue echado al mar, la tormenta amainó. Pero también es verdad que una vez que el Señor Jesús murió, quedamos reconciliados con Dios. Siempre que aceptamos la posición que nos da el Señor Jesús, conseguimos la paz. Jonás tuvo que ser echado al mar; nuestro Señor tuvo que morir. Y nosotros también hemos de morir, esto es, hemos de participar de su muerte.

El que Jonás fuera echado al mar y tragado y llevado dentro del vientre del pez tipifica la sepultura. El significado exclusivo de la sepultura es éste: que

nosotros no podemos contemplar a los muertos. Después que Sara hubo muerto, Abraham habló con los hijos de Het y les dijo: «Dadme propiedad para sepultura entre vosotros, y sepultaré mi muerte de delante de mí» (Gn. 23:4). En el bautismo reconocemos que la muerte del Señor Jesús es real y que es también real el que nosotros hayamos muerto con él. Hemos muerto con él, y así, hemos sido también sepultados con él. Por otra parte, Jonás fue vomitado por el pez sobre tierra seca, lo cual es tipo de la resurrección. El Señor Jesús resucitó de la tumba; pero nosotros también hemos resucitado con él.

La resurrección del Señor Jesús es el corazón de todos los milagros. La resu-

rrECCIÓN es más que un hecho objetivo, es también una experiencia subjetiva. Antes que Jonás fuera echado al mar, prefería la muerte a ir a Nínive; pero después que fue vomitado por el pez en tierra seca, fue sin resistencia a Nínive. El brusco cambio obrado en él fue debido a la obra de la resurrección. Después que hayamos sido salvados y experimentado la resurrección, estaremos dispuestos a hacer todo aquello que antes preferíamos morir antes que hacerlo. Antes sufríamos derrotas en muchas cosas y simplemente no podíamos vencer; pero ahora, después de haber recibido su vida de resurrección, hemos cambiado de modo radical.

*(Preguntas vitales sobre el Evangelio,
W. Nee).*



La enseñanza del capitán

Una noche, antes de retirarse a su descanso, un capitán de barco, que era cristiano, paseaba sobre cubierta, cuando encontró a un marino recién convertido. Después de conversar largamente, el capitán le pidió que le llevara una Biblia a un compañero suyo. El marino le dijo: «No, capitán; él no necesita esa Biblia. Usted es su Biblia. Él lo está observando a usted. Si usted falla, Cristo fallará. Si usted permanece en Cristo, él se revelará a aquel hombre».

¡Cuántos hay que no pueden leer la Biblia, pero leen cada día en nuestra conducta como cristianos!

La lección de la perla

Dios sabe muy bien que la vida en la tierra no valdría la pena si todas las causas de irritación fuesen quitadas, y así, muy sabiamente él ordena las cosas que nos irritan para que sean nuestra cruz. Sin embargo, la mayoría de nosotros se rebela contra esas irritaciones y tiene como gran pérdida aquello que debería considerar como ganancia.

Sin duda, la ostra es más sabia, pues cuando un objeto que causa irritación – como un grano de arena – entra en su concha, ella simplemente lo cubre con la parte más preciosa de su ser y lo transforma en perla. La irritación que estaba causando cesa al ser cubierta con la formación perlina. Una perla verdadera es, por lo tanto, simplemente una victoria sobre la irritación y una vida sacada de la muerte.

Toda irritación, que surge en nuestra vida hoy, es una oportunidad para el cultivo de una perla. Qué stock de perlas podemos tener, si sinceramente llevamos nuestra cruz diaria y seguimos al Señor.

¿CUÁNTO SABE DE LA BIBLIA?

La Biblia es el libro más publicado en el mundo, pero no siempre es el más leído... o el mejor leído. Una lectura superficial de la Biblia puede llevarnos a su-
poner cosas que la Biblia no dice, y con ello podemos cometer graves errores.
Muchas veces escuchamos decir: «Como la Biblia dice...», agregándose a conti-
nuación una barbaridad del porte de una casa, que jamás ha estado en el registro
bíblico.

Hemos recolectado algunos de esos errores comunes, y algunas curiosidades
bíblicas, que suelen ser objeto de errores o malentendidos.

Le invitamos a medir su propio acervo de supuestos. Conteste sin buscar ayu-
da. En la página 111 hallará las respuestas correctas.

1. El Salmo más largo de todos es el
 - a) 119
 - b) 78
 - c) 118
 - d) 89
2. El patriarca más longevo en el Anti-
guo Testamento fue
 - a) Adán
 - b) Jared
 - c) Matusalén
 - d) Noé
3. ¿Cuál fue el fruto prohibido?
 - a) uva
 - b) manzana
 - b) higo
 - d) no es mencionado
4. En el Nuevo Testamento sólo se men-
ciona a Job en un solo lugar:
 - a) Lucas
 - b) Santiago
 - c) 1ª Pedro
 - d) Judas
5. ¿Cuál fue el primer hombre nacido en
la tierra?
 - a) Caín
 - b) Abel
 - c) Adán
 - d) Jesús
6. ¿Cuántas veces aparece la palabra
«cristiano» en la Biblia?
 - a) una vez
 - b) dos veces
 - c) tres veces
 - d) cuatro veces
7. ¿A cuáles de las siguientes iglesias
envió una carta el apóstol Pablo y otra el
Señor Jesucristo?
 - a) Corinto y Esmirna
 - b) Tesalónica y Filipos
 - c) Roma y Filadelfia
 - d) Éfeso y Laodicea
8. ¿Quién cortó el cabello de Sansón?
 - a) el padre de Dalila
 - b) Dalila
 - c) un filisteo
 - d) una criada de Dalila
9. ¿Qué imprecisión suele cometerse
cuando se habla de los personajes que
vinieron a adorar al niño Jesús?
 - a) que eran magos
 - b) que eran tres reyes magos
 - c) que eran del oriente
 - d) que ofrecieron oro, incienso y mirra
10. La primera mujer a la que Dios puso
nombre en la Biblia es
 - a) Eva
 - b) Sarai
 - c) Ada
 - d) Zila

11. ¿Cuántas veces Israel dio vueltas alrededor del muro de Jericó antes de que éste cayera?

- a) Tres veces
- b) Siete veces
- c) Cuarenta y nueve veces (7x7)
- d) Trece veces

12. En la Biblia se habla de ciertos hombres que eran tan hábiles guerreros, que podían apuntar sobre un cabello y acertar. ¿Cuál era el arma usada por ellos?

- a) honda b) lanza
- c) jabalina d) arco

13. ¿Qué profeta *no corresponde* al Antiguo Testamento?

- a) Gad b) Joel
- c) Agabo d) Natán

14. ¿Cuál de los siguientes instrumentos musicales *no* aparece en la Biblia?

- a) arpa b) bocina
- b) zampoña d) guitarra

15. ¿Cuál de los siguientes dichos aparece en la Biblia?

- a) Pedir peras al olmo
- b) Razones sacan razones
- c) Manos a la obra
- d) Más vale prevenir que curar

16. Cuando Dios dio a conocer el Tabernáculo dio las medidas de todos los utensilios y muebles, excepto de

- a) la mesa de los panes
- b) el candelabro
- c) el arca
- d) el altar del incienso

17. Una imprecisión muy común que se comete al relatar la conversión de Saulo es que:

- a) cayó del caballo
- b) quedó ciego
- c) iba con una compañía de hombres
- d) le rodeó un resplandor del cielo

18. En la siguiente pregunta, hay algunas afirmaciones que suelen hacerse, sin base bíblica. Escoja *la única verdadera*.

- a) El Señor Jesús dijo: «Amaos los unos a los otros».
- b) «Ver para creer», como dijo Santo Tomás de Aquino.
- c) Jonás fue tragado por una ballena.
- d) Como dice la Biblia: «Al mal tiempo, buena cara».

19. Caín mató a Abel, usando:

- a) una lanza
- b) una quijada de burro
- c) sólo sus manos
- d) no se registra en la Biblia

20. Mencione la opción *incorrecta* respecto a la Nueva Jerusalén

- a) su muro tiene doce puertas
- b) cada puerta es una perla
- c) sus calles son de oro
- d) en ella no hay templo

21. ¿Cuál de los siguientes refranes tiene apoyo bíblico?

- a) Ayúdate, que yo te ayudaré.
- b) Los que siembran viento, siegan tempestades.
- c) A Dios rogando y con el mazo dando.
- d) A quien madruga, Dios lo ayuda.

Una franca enseñanza bíblica acerca del verdadero significado del sexo.

El **sexo** desde el punto de vista de Dios



Fred Malir
Estados Unidos

Lo que Dios me ha dado para compartir, son cosas no sólo santas, sino santísimas en la Palabra de Dios. Y porque estas cosas son santísimas, es que el diablo las tuerce y degrada hasta lo sumo. Las cosas más santas de Dios son las cosas que el diablo procura retorcer y destruir completamente. Por eso, el tema del sexo ha sido degradado hasta lo máximo en todo el mundo.

Entonces, hoy consideraremos lo que la palabra de Dios dice sobre este asunto, para barrer fuera de nuestro ser todos los malos conceptos que el diablo ha procurado meter en nuestro íntimo ser a través de los años. Dios es puro; no hay pecado en él. Dios nos ama, y él no quiere que seamos engañados por el mundo.

Como el gozo del esposo

El primer mandamiento cronológico que Dios dio a los humanos fue: «*Fructificad y multiplicaos*» (Génesis 1:28). Primero, Dios dio ese mandamien-

to a los animales. Y ellos obedecieron. Es interesante que: «*Y fue así... y vio Dios que era bueno*» (1:24, 25). Así que el asunto del sexo para los animales, lo vio Dios, y vio que era bueno. El concepto erróneo de la gente es que es malo. ¿De dónde viene esa inspiración? Del diablo.

Luego: «*Hagamos al hombre a nuestra imagen... y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos*—el mismo mandamiento que a los animales—*llenad la tierra, y sojuzgadla... Y fue así. Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera*» (1:28-31). ¿Notan la diferencia? Para los animales, era bueno; pero para los humanos «*era bueno en gran manera*». Aquí, pues, vemos una diferencia muy notable: que Dios considera que ese mandamiento y esa actividad es algo muy bueno.

¿Cuál es la tradición? ¿Dónde se enseña acerca del sexo? En la calle. ¿Quiénes son los profesores? Los más perversos, la peor fuente de información, de

la calle, y de psicólogos de mente inmun-
da. Pero Dios ha puesto estas verdades
en la Escritura: «Y vio Dios que era bue-
no en gran manera». Eso dice Dios.

A este efecto, quiero llevarles ahora a
Isaías 62:5: «...y como el gozo del esposo
con la esposa, así se gozará contigo el
Dios tuyo». ¡Qué notable! Como se goza
el esposo con la esposa –es el acto sexual–
, así se gozará contigo el Dios tuyo. ¿Qué
quiere decir esto, que hay actividad sexual
en el cielo? No. La actividad en la gloria
es diferente, no es física; pero el gozo que
sentiremos es un gozo espiritual, mucho
más fuerte que el gozo de un orgasmo
humano. Porque Dios hizo que el sexo
fuera una ilustración de una verdad divi-
na y sumamente pura.

Yo no puedo enseñar esto en la calle;
se reirían de mí. Y nunca traté de hacer-
lo, porque la Palabra de Dios me amon-
esta: «No echéis vuestras perlas delan-
te de los cerdos, no sea que las pisoteen».
De modo que estas cosas son no sólo san-
tas; son santísimas, y no se pueden en-
tregar a los perdidos de afuera, porque se
reirán de ti. Pero la Palabra de Dios no es
cosa de risa ni de burla. Lo que Dios dice
es santo y es puro.

«Como el gozo del esposo con la es-
posa, así se gozará contigo el Dios tuyo».
Entonces, ¿qué clase de actividad habrá
en el cielo, que se parezca? Va a ser una
actitud de intimidad tan intensa, que será
como un orgasmo interminable, un gozo
divino y eterno.

Lo que el sexo ilustra

Ahora, voy a pedir que vayan a 1^a
Corintios 6:13, al final del versículo:
«Pero el cuerpo no es para la fornicación,
sino para el Señor; y el Señor para
el cuerpo». Versículo 15: «¿No sabéis que
vuestros cuerpos son miembros de Cristo?
¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo
y los haré miembros de una ramera?

–Este es el sexo pecaminoso– *De ningún
modo. ¿O no sabéis que el que se une
con una ramera, es un cuerpo con ella?
Porque dice: Los dos serán una sola car-
ne* –en cuanto a Adán y Eva, describiendo
el acto sexual–. «*Dos serán una sola
carne*» –este es el sexo correcto, dentro
del matrimonio.

Y luego, leemos –tal vez para mu-
chos de ustedes va a ser una sorpresa–.
¿Qué ilustra el sexo? ¿Qué simbolismo
tiene? Bueno, acá dice: «*Pero el que se
une al Señor, un espíritu es con él*». «Ah,
¡pero yo no me esperaba esto! ¿Me quie-
res tú decir que el acto sexual ilustra una
de las más santas y puras verdades en la
Biblia?». «*El que se une al Señor, un es-
píritu es con él*». ¡Lo dice Dios! ¡Gloria
a Dios! Que él barra los malos conceptos
de nuestra mente corrompida, y nos dé
una mente pura y sana. Y lo ha hecho,
porque dice la Biblia que «*tenemos la
mente de Cristo*». ¡Aleluya! Somos libe-
rados de los malos conceptos de los per-
didos, para pensar santamente y
sanamente. ¡Gracias a Dios!

Así que aquí, en dos breves
versículos, vemos tres aspectos del sexo:
el sexo incorrecto, con una ramera; el
sexo correcto, dentro del matrimonio; y
lo que el sexo ilustra: el que está unido al
Señor es un espíritu con él. ¿Cómo es
eso: unido al Señor? Bueno, es muy sen-
cillo. Dios hizo a Adán, nuestro primer
antepasado. Lo anestesió, le hizo una ci-
rugía: le sacó una costilla, cerca del co-
razón. Y con esa costilla, la carne de la
costilla, y sangre, Dios fabricó una nue-
va criatura, nuestra primera tatarabueta,
Eva. Hasta ese entonces, Adán no tenía
compañera.

Pero observen esto: Eva fue la única
criatura que no fue hecha del polvo; ella
fue modelada por Dios con materiales
vivientes, de Adán. ¿Qué simboliza eso?
Simboliza, pues, a Cristo el prometido,

y a la iglesia, la prometida. Adán y Eva ilustran a Cristo y la iglesia. Y así dice la Escritura, dice que Adán era figura de aquel que iba a venir. Adán era figura de Cristo, de modo que lo que le pasó a él nos ilustra lo que le pasó a Cristo. Y Eva es figura de la iglesia; por eso, Adán la llamó la madre de todos los vivientes. Eso es lo que significa el nombre de Eva.

Y, cosa extraordinaria, en la cruz del Calvario, aquel soldado romano ni se imaginó lo que estaba haciendo cuando tomó una lanza y la clavó en el costado de Jesús, dentro de su corazón. Abrió el corazón del Señor, y de esa herida manó sangre y agua. Y es precisamente la sangre de Cristo el material viviente que forma la iglesia, la esposa de Cristo. La iglesia no fue formada de la tierra, de los malos conceptos humanos, barrocos y sucios; la iglesia es hecha de material vivo y puro. No hay cosa más santa que la sangre de Cristo Jesús, que nos limpia de todo pecado.

¿Se dan cuenta del santo simbolismo? Y así, pues, tenemos en la Palabra de Dios, en 1ª Corintios 6:19: «*Huid de la fornicación ... ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?*». Tu cuerpo es el templo del Espíritu Santo. ¡Qué honor! Tu cuerpo es el templo, es decir, tú eres casa de Dios. Dios mora en los creyentes, viene a vivir dentro de ti. ¡Qué privilegio!

Un intercambio de propiedad

Ahora vamos al versículo 7:2: «*A causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada uno tenga su propio marido. El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido*». Dios dice que el sexo es cosa buena; pero siempre en el sagrado contexto del matrimonio. Fuera del matrimonio, es un pecado gravísimo; fornicación y adulterio. Y también la

masturbación es pecado.

¿Qué es masturbación? Impaciencia sexual; no puedo esperar, y caigo. Pero no es necesario caer, si nos damos cuenta que nuestro cuerpo es sagrado, es la casa de Dios. Dios desea que yo me conserve puro para él, y para la esposa que él me dé, andando el tiempo, si es su voluntad. Y muy posiblemente sí, porque quedar soltero no es cosa común. Es normal que la gente se case.

«*El marido cumpla con la mujer el deber conyugal*». Esto es una orden; casi diríamos un mandamiento. Debes cumplir con tu mujer el deber conyugal. ¿Es importante esto? Sí. Y está todo aquí, en la Escritura. No hay necesidad de estar en la ignorancia. Y así, entonces, el marido debe cumplir con su mujer el deber conyugal, el acto sexual. No es una cosa por casualidad, es un deber. «*Y asimismo la mujer con el marido*». Es recíproco. Los dos tienen que pensar así, porque si no, hay muchos trastornos y problemas.

He visto, en mi vida, cómo algunas mujeres, por un mal concepto –religioso, usualmente– han empujado a sus maridos en brazos de una ramera, y al fin hubo un divorcio, un rompimiento del matrimonio; porque el diablo engaña a muchos. Y así también, por esos malos conceptos, el marido empuja a la esposa al adulterio, o la esposa empuja al marido. Dios nos ha liberado, no para tener libertinaje, sino para tener liberación en espíritu, y saber estas cosas, y cumplirlas en el espíritu y con amor. Así que, entonces, el marido debe cumplir con su mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con su marido.

Ahora viene un versículo notable, y es bueno que lo sepan. Versículo 4: «*La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer*». ¡Oh! ¿Qué es esto?

Cuando tú te casas, hay un intercambio de propiedad. Del momento que te casas, tu cuerpo ya no te pertenece; no eres dueño de tu cuerpo. Tu cuerpo ha adquirido una nueva propietaria: tu esposa. No eres dueño de tu cuerpo, pero tu esposa sí es propietaria de tu cuerpo, y viceversa.

El esposo adquiere los derechos de propiedad del cuerpo de la esposa. Entonces, la esposa nunca debe negarse al marido. ¿Por qué? Porque el cuerpo de ella no le pertenece a ella, le pertenece al marido. ¿Se dan cuenta? Es un intercambio de propiedades. Pero, ¿dónde se enseña esto? Sólo en la Palabra de Dios. Y, por esa razón, los matrimonios cristianos son tan felices.

Yo ya soy un viejo de 82 años. Sin embargo, mi esposa y yo vivimos en un continuo gozo, como una prolongada luna de miel. Nos amamos intensamente, y juntos amamos al Señor; leemos la Palabra, oramos, y somos sumamente felices. Prefiero siempre viajar con ella, porque dos –dice la Escritura– son más que uno; porque uno solo pone a mil enemigos en huida; pero dos, marido y mujer, harán huir a diez mil enemigos. De modo que hay no sólo una suma de poder, sino una multiplicación de poder contra los enemigos satánicos.

Los matrimonios tienen un privilegio tremendo: pueden orar y hacer huir a Satanás, en una multitud de situaciones: de tus amigos, de tus conocidos, de tus parientes.

Recuerden bien eso: el derecho de propiedad, un intercambio completo. ¿Por qué lo ha querido Dios así? Porque así es el amor. El que ama siempre piensa en hacer feliz al otro. En el acto del sexo, el gozo más intenso se logra cuando el varón procura que ella tenga un orgasmo, un gozo, y cuando la mujer procura que él tenga ese gozo; cuando hay un mutuo procurar que el cónyuge sea intensamente lleno de gozo en ese acto sexual.

No negarse el uno al otro

1ª Corintios 7:5: «No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente de la oración». Otra versión dice: «No os defraudéis el uno al otro...». Defraudar es robar. Sé de muchos matrimonios que se defraudan, se estafan, se roban el uno al otro. Nadie de ustedes le robaría mil pesos a un hermano, pero cuántos hay que defraudan o roban de este gozo a su cónyuge. Hay muchos más de lo que se piensa.

No os neguéis, no os defraudéis, a no ser por un tiempo, de mutuo consentimiento, para orar. Pero una vez que se termina la oración o el ayuno, y ya se sientan a la mesa, recuerden, se terminó el ayuno, y también se terminó la restricción. ¡A juntarse, pues, sexualmente! Y no demoren, porque por eso hay divorcios y graves problemas en el mundo.

Cuando la gente tiene problemas, en vez de consultar con hermanos, en la iglesia, consultan a un psicólogo. El problema está en que los psicólogos del mundo no te dan un consejo sano y bíblico. De paso, de todas las especialidades de la medicina, los psicólogos tienen el más alto índice de divorcios de todos los demás médicos. ¿Por qué es eso? Porque la gente, cuando tiene problemas maritales, va a ver a un psicólogo; pero, cuando un psicólogo tiene problemas maritales, va a ver a un abogado, para tramitar el divorcio.

«No os defraudéis el uno al otro...». Defraudar es robar. Sé de muchos matrimonios que se defraudan, se estafan, se roban el uno al otro.

Así que, sabiendo eso, no te animes a ir a ver a un psicólogo; estás perdiendo el tiempo. Pregúntale al Señor. Uno de los nombres del Señor es Consejero, y él da buen consejo (Is.9:6). Si pedimos en oración, en humildad, él dice las cosas tal como son; no nos defrauda. Jesús dijo: «Mis ovejas oyen mi voz, y a un extraño no seguirán, porque no conocen la voz de los extraños». Es posible oír al Señor. Cuando oramos, él responde. Porque te ama, no te deja en la oscuridad.

Y entonces dice: «*de mutuo consentimiento*». Es decir que si deciden: «Bueno, hoy no vamos a la cama juntos, vamos a orar», tiene que ser de mutuo acuerdo. Si la esposa dice «no», o si el esposo dice «no», queda cancelada la oración y el ayuno para otra oportunidad. «*De mutuo consentimiento*», recuerden eso. De ninguna manera vamos a ‘brutalizar’ a nuestro cónyuge.

Luego, terminada esa oración o ayuno, «*Volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia*». Aquí, pues, tenemos a Dios mismo, mandando, que tengamos el acto sexual en el matrimonio después de un tiempo de abstinencia por razón de oración. «*Volved a juntaros en uno*». Es el acto sexual.

Y así Dios te hizo a ti en nuestro primer antepasado, Adán. Hizo primero a Adán. A Eva no la veía nadie, porque ella estaba escondida dentro de Adán. Dios hizo una cirugía y sacó a Eva de ahí, y polarizó todos los aspectos masculinos en Adán, y todos los aspectos femeninos en Eva. Así lo hizo Dios. Y, cosa notable, dice: «*Volved a juntaros en uno*». Así que al principio era uno, Adán; luego fueron dos, Adán y Eva; y luego Dios los juntó en el acto sexual, y fueron uno otra vez. Esto es lo que significa: «*Volved a juntaros en uno*».

El acto sexual representa la verdadera unidad

El acto sexual, en el sagrado contexto del matrimonio, significa la verdadera unidad. Y esa unidad es nada menos que la unidad que existe en nuestro trino Dios. Dios no es solo, aunque es solo en el sentido de su Deidad. «*Dios es uno*», dice la Escritura. Pero, al mismo tiempo, Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y entre estos tres hay una unidad tan intensa, que no tenemos tres Dioses sino uno solo. Y esa es la clase de unidad, que Dios quiere que tú experimentes en tu matrimonio. Que tú y tu esposa sean unidos con tanta unidad, que sean una cosa. No sólo en el acto sexual, sino en todo lo que hagan, que sea hecho en unidad.

Y como la iglesia es esposa de Cristo, también eso se aplica en la iglesia. El adhesivo que nos une a los hermanos en la iglesia, es la misma clase de elemento que une al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Por eso, cuando Jesús oró por nosotros, los creyentes, en Juan 17, hizo una oración que si yo no la hubiera encontrado en la Biblia no la hubiera creído; pero está en la Biblia, y la creo. Él dijo: «Padre... que sean uno, como nosotros somos uno, que sean uno en nosotros».

Pidió Jesús en oración que, en la iglesia, podamos nosotros ser tan unidos como el Dios trino –Padre, Hijo y Espíritu Santo– es uno. Él pidió que seamos uno, no en una organización o en un nombre; pidió que seamos uno en él, en Dios. «Que sean uno, como nosotros somos uno; que sean uno en nosotros».

En Cristo, nosotros podemos comenzar a disfrutar la misma clase de unidad que existe en nuestro trino Dios. ¡Oh, esto es maravilloso! Esto es algo fuera de este mundo; esto es algo en espíritu, es interno; es algo que nadie puede ver, porque está escondido adentro tuyo. Por eso fue que Jesús dijo: «*Permaneced en mí, y yo*

en vosotros». Hay un intercambio. Y, «*si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho*».

Hermanos, si viven en esa unidad – Cristo en ustedes, y ustedes en Cristo– tendrán libertad de pedir todo lo que quieren, porque ya no desearán pedir cosas que no agradan a Dios, sino que pedirán conforme a Su voluntad. Y cuando pidan lo que Dios desea, él se los dará. Dios da, Dios responde la oración. Dios te ama, Dios quiere responder tus pedidos. Quiere que seas feliz; él lo ha provisto todo para hacerte feliz.

Tú eres parte de la iglesia, eres parte de la esposa de Cristo, de una intimidad tremenda. La iglesia es como una muchacha plebeya, sin diplomas, sin méritos. Pero el Príncipe se enamoró de ella, y se casaron. Y he aquí, la muchacha plebeya participa de toda la pompa y ceremonia del reino, porque se casó con el Esposo.

Así, tú y yo, no somos nada, somos del barro; pero sí somos la iglesia, somos parte viva de Cristo. No estamos hechos con tierra; estamos hechos con el material más precioso del mundo: la santa sangre de Cristo, que nos limpia de todo pecado. Así somos formados como iglesia, y así podemos disfrutar de una unidad que el mundo no se imagina posible.

No hay unidad en el mundo; el único lugar donde hay unidad verdadera es en la iglesia. Y Dios puede hacer que esa unidad con Dios sea el ejemplo y símbolo de tu unidad con tu esposa. ¡Aleluya! Hay grande gozo en poder estar tan unidos en la oración. Que Dios responda a vuestras oraciones unidas entre marido y mujer, y les conceda abundantemente todo lo que pidan.

Un consejo a los jóvenes

Y dice el versículo 7:9, al final: «*Mejor casarse que estarse quemando*». Es

bueno casarse; es mejor casarse que andar quemándose con deseos sexuales. Dios ha provisto para ti una esposa, si es el deseo de Dios que tú te cases, y muy posiblemente así sea. Pero te ruego te cases en la voluntad del Señor.

Es bueno orar y elegir pareja compatible, pero, ¿cómo puedo saber yo cómo ha de ser una esposa o un esposo? Sólo Dios sabe. De modo que es mejor orar – y pedir a nuestro Consejero– con quién él quiere que uno se case. Entonces no va a haber los problemas que tienen los perdidos en el mundo.

Ahora quiero darles una cita más. Al final de la Biblia, hay un versículo notable, en la última página. Dice: «*El Espíritu y la novia dicen: Ven*». El Espíritu es el Espíritu Santo, y la novia es la Iglesia. Ahí vemos que, a través del tiempo, la iglesia y el Espíritu Santo han llegado a tener una intimidad tan grande, que son como un dúo bien adiestrado. Cuando uno dúo adiestrado canta, vocalizan la misma palabra simultáneamente, en perfecta armonía.

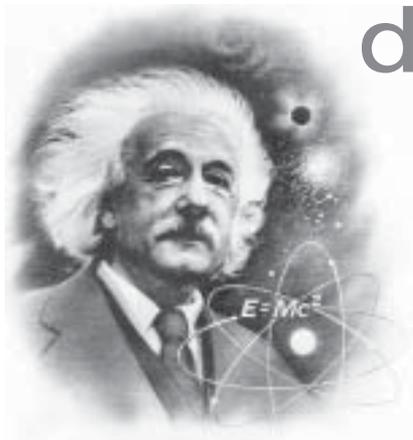
«*El Espíritu y la novia dicen: Ven*». ¡Qué dulce es esto! En un matrimonio, es estar en perfecta armonía, especialmente en lo que a Dios atañe. Es cuando uno quiere decir algo, y ya la otra persona lo dice; están de mutuo acuerdo. Hay una simultaneidad instantánea, que sólo se logra con esa intimidad continua que lleva muchos años.

A los jóvenes el Señor les dice: «Si pides de mí una buena pareja, yo te daré la experiencia que, andando los años, tú puedas decirle a tu viejita esposa: Vamos a envejecer juntos, para gloria de Dios». Y allí, los dos viejitos se van a reír con una voz cascada, pero amorosa, alabando al Señor.

(Mensaje impartido en Temuco, en septiembre de 2005).

Un análisis del legado de Albert Einstein, al cumplirse cien años de la publicación de la Teoría de la Relatividad.

¿Juega Dios a los dados con el universo?



Ricardo Bravo M.

Tuvo el universo un origen o siempre ha estado allí? ¿Puede la energía producir materia? ¿Qué es aquello que permite que los planetas permanezcan cautivos del Sol? Son preguntas que más de alguna vez nos hemos planteado y que se enmarcan dentro de complejos principios físicos, algunos de los cuales vieron la luz por medio de un científico genial de origen judío nacido en Alemania, Albert Einstein.

El presente año 2005 ha sido proclamado por las Naciones Unidas como el «Año internacional de la Física». Una forma de homenajear el cumplimiento de los 100 años desde que Albert Einstein, publicara sus trabajos que cambiarían para siempre la concepción de espacio y tiempo del universo, por medio de su Teoría de la Relatividad. Probablemente la mayoría tenemos una imagen de este

físico de los pelos alborotados, y muy posiblemente hemos oído algo acerca de su teoría de la relatividad, o de su aporte a la física cuántica, pero generalmente poco se sabe acerca de ellas, ni tampoco se tiene claro para qué sirven en nuestra vida cotidiana teorías de este tipo, ni cuales son sus connotaciones filosóficas.

La teoría en cuestión

En 1905 Albert Einstein derivó las ecuaciones de la teoría especial de la relatividad, las cuales involucran mediciones de longitud, de velocidad y tiempo, a partir de cuerpos en movimiento. Estas ecuaciones condujeron a la mundialmente famosa ecuación que describe como la materia y la energía pueden ser convertidas una a partir de la otra ($E = mc^2$). Posteriormente en 1915, Einstein intentando aplicar su teoría especial de

la relatividad a la física newtoniana, termina deduciendo las ecuaciones de la teoría general de la relatividad, las cuales describen las relaciones entre la fuerza de gravedad, la velocidad de la luz, la masa, entre los factores más importantes, considerando al universo como un todo. Esta última teoría presentó una forma distinta de ver a la fuerza de gravedad descubierta por Newton, en donde cada cuerpo que tenga masa deforma el tejido del espacio-tiempo y por tanto todos los objetos persiguen la distancia más corta a través de este espacio-tiempo, la cual puede no ser necesariamente el camino más recto como lo señalaba la física de Newton.

La teoría de la relatividad es altamente compleja y requiere, para quienes no nos movemos en el ámbito de la física teórica, un alto esfuerzo de abstracción para asomarse a entenderla. Recientemente a un físico teórico se le consultó en una entrevista si sería capaz de explicar lo que era la teoría de la relatividad en unas pocas frases. Su primera reacción fue decir que no, pero después de pensarlo un poco, buscó algo que pudiera servir de titular y reflejara la esencia del concepto de espacio-tiempo que involucra la teoría. Finalmente contestó que lo que Einstein había enseñado, era que *«mirar lejos es contemplar el pasado»*. Por ejemplo, si alguien conduce un automóvil y mira a la distancia que el semáforo cambió de rojo a verde, tiende a pensar que *captó justo el instante del cambio en forma simultánea*. Pero este razonamiento no es correcto. Lo que la persona ve en el semáforo, depende de un rayo de luz que viaja desde el foco verde hasta el ojo del conductor, el cual ha requerido de un tiempo de traslado. Por cierto que el tiempo es pequeñísimo, por cuanto la luz se mueve a 300.000 kilómetros por segundo. Considerando que

el semáforo se encuentra a unos 100 m de distancia, la persona debió más bien haber pensado que *hace unos milisegundos el semáforo cambió a luz verde*. Por tanto lo que uno ve a distancia no es lo que ocurre ahora sino lo que ya ocurrió en el pasado inmediato. Si se mira más lejos, por ejemplo al sol con lentes oscuros, se estará mirando lo que ocurrió en él hace 8 minutos, que es el tiempo que demora en llegar un rayo luminoso a la tierra a la velocidad de la luz. Por tanto, cuanto más lejos se mira, más se adentra en el pasado. Todo lo que percibimos alrededor, corresponde a un conjunto de estratos de espacio en diferentes tiempos del pasado. Este conjunto de estratos están hilvanados por rayos de luz, que dan lugar a un todo coherente que es lo que los físicos llaman espacio-tiempo. Einstein descubrió que la luz, al contrario del sonido (que necesita de un medio para propagarse), se propaga en el vacío y lo más interesante, que su velocidad de propagación es independiente del estado de movimiento de la fuente, es decir, si el auto acelera o desacelera respecto al semáforo, la velocidad de los rayos de luz que nos permiten ver el semáforo no será ni menor ni mayor, sino que se mantendrá inalterable.

Además de la Teoría de la Relatividad, Einstein realizó otros muy importantes aportes como lo fue el establecer las bases de la Física Cuántica, la cual trata con el comportamiento de la materia a nivel del pequeñísimo mundo de los átomos, investigación por la cual le fue otorgado el Premio Nobel de Física en 1921. En ella se basan gran parte de la ciencia y la tecnología moderna, pues controla el comportamiento de los circuitos integrados de computadores y una enorme gama de equipos electrónicos. Posteriormente otros investigadores como Bohr y Heisenberg continuarían

esta nueva línea de investigación en física cuántica señalada por Einstein, siendo observados atentamente por éste, y haciendo además algunas contribuciones.

La filosofía detrás de la teoría

Pero al poco andar, se produciría una diferencia fundamental entre Albert Einstein y sus dos jóvenes colegas. Einstein mostró un total desacuerdo con sus seguidores, quienes terminarían de desarrollar su teoría sobre la Física Cuántica; principalmente en las connotaciones filosóficas que éstos dedujeron a partir de sus hallazgos. Específicamente sobre la indeterminación de la naturaleza, basado en el principio de incertidumbre de Heisenberg (principio que será revisado brevemente más abajo). Mientras Einstein investigaba un universo establecido con orden y con propósito por un Creador Omnisciente y Omnipotente, su colega Bohr le rebatía increpándolo que la naturaleza y el universo no estaban determinados por ninguna fuerza superior y por tanto eran indeterminados. Todo ello se desarrollaba en Congresos y seminarios en distintas universidades europeas, en medio de acaloradas discusiones. Fue en una de ellas donde Einstein reprendió a Bohr con una frase genial y muy repetida en la historia reciente: «Dios no juega a los dados con el universo», dando a entender que el azar y el indeterminismo no tienen cabida en un universo perfectamente diseñado y en orden.

El principio de incertidumbre de Heisenberg señala que ciertos pares de variables en física no pueden medirse simultáneamente con exactitud. Por ejemplo, en un átomo no es posible medir al mismo tiempo y con precisión, la posición y la velocidad de una partícula (un electrón por ejemplo). Esto se debe a que el proceso de medición interfiere en un

grado substancial sobre aquello que está siendo medido. De esta área se preocupa la física cuántica, en donde las partículas atómicas no tienen ni posiciones ni velocidades definidas. De allí entonces que estas variables no pueden medirse con completa precisión y por tanto cuando se trata de describir el comportamiento de una partícula atómica individual sólo es posible hacerlo en forma aproximada por medio de probabilidades estadísticas.

Este problema de imprecisión ha llevado a algunos físicos a señalar que Dios sí jugaría a los dados con el universo, es decir, existe una componente estadística fundamental en la naturaleza del cosmos, un cierto grado de azar en el comportamiento de los componentes de la materia. Pero lo que hasta ahora la ciencia llama azar o comportamiento aleatorio de ciertas variables, es simplemente debido a su incapacidad para poder controlarlas y por tanto requiere acceder a la probabilidad estadística. El elemento aleatorio o azaroso entra en juego cuando se quiere interpretar la dinámica de las partículas atómicas en términos de posición y movimiento. «*Pero quizás ese es nuestro error*», reflexiona Hawking en su libro Historia del Tiempo, «*tal vez no existan posiciones ni velocidades de partículas, sino sólo ondas. Se trata simplemente de que estamos intentando ajustar las ondas a nuestras ideas preconcebidas de posiciones y velocidades. El mal emparejamiento (de posición y velocidad) que resulta, es la causa de la aparente impredecibilidad*».

En el fondo, el azar no es más que la incapacidad científica de comprender un grado superior de orden. Si existe un Ser Omnisciente, capaz de conocer y controlar todas las variables que afectan a un proceso dado, y en las proporciones en que cada una de ellas participa, entonces no existen el azar ni la incertidumbre ni

el caos y por tanto Einstein seguiría teniendo razón al criticar a sus colegas en el sentido que Dios no juega a los dados con la naturaleza ni con el universo.

Orden o caos

Albert Einstein y antes que él otro gran físico, Isaac Newton, señalaron a partir de sus propios descubrimientos que si la ciencia es capaz de encontrar orden y simetría en el universo es porque verdaderamente existe un orden subyacente que permite descubrir esos principios. El orden, la belleza y la simetría están presentes ya sea en una escala tan inmensa como la del universo, como también en los sistemas solares que lo componen y sus planetas, de modo particular la Tierra con sus organismos vivos, encontrándose además presentes en los distintos procesos que ocurren en la naturaleza y hasta en la estructura íntima de la materia, considerando el equilibrio y belleza casi perfectos presentes en la estructura de un átomo.

Las teorías del caos (incluida la de las catástrofes y de los atractores extraños), son una rama de la matemática que intenta abordar con sus modelos lo impredecible, aquello que es altamente complejo y no lineal, como por ejemplo, lo relativo al tiempo metereológico. Pero el caos en el ámbito matemático está entendido no como ausencia de orden, sino como cierto tipo de orden de características impredecibles, pero con posibilidades de ser descritas. No obstante, el uso o más bien el abuso que se ha hecho de estas teorías del caos, la han llevado a ser una especie de panacea de explicaciones científicas en áreas donde la ciencia no puede hacer determinaciones precisas, debido a la complejidad de los fenómenos abordados, siendo esgrimida en algunos círculos científicos como un nuevo paradigma de la ciencia, asignándo-

les roles que no tiene; caos como principio ordenador, azar como fuerza creadora.

El abanderamiento profundo con estas teorías caóticas, deformadas en sus principios filosóficos, pudiera entenderse en quienes se afanan en buscar en todo aquello que se oponga a un Dios Creador como una tabla a que aferrarse en medio de un océano de confusión. Pero cuando éstas son utilizadas y defendidas a ultranza por creyentes, surgen sentimientos mezclados de asombro y preocupación.

En este segundo semestre de 2005 por razones de trabajo he debido viajar en dos ocasiones a un país vecino a impartir un programa de postítulo en metodología de la investigación científica a profesionales de una universidad privada. En este mismo programa han participado también otros colegas chilenos, de otra universidad, impartiendo otras unidades. Es así como en mi segundo viaje y con enorme sorpresa, pude enterarme durante el desarrollo de la clase, que el colega que me antecedió hizo el centro de su enseñanza a las teorías del caos como los más importantes métodos disponibles en la ciencia actual para explicar el origen y funcionamiento de muchos fenómenos naturales, y a la cual la ciencia debe agradecerle sobremanera. Esto me sorprendió fuertemente, no tanto porque estaba en franca contradicción con parte de la filosofía de la ciencia que había utilizado en mis clases previas, en donde apuntaba al orden, belleza y simetría del universo que permiten descubrir e investigar procesos, sino porque quien defendía estos paradigmas científicos caóticos era nada menos que un profesor de teología de una de las universidades con apellido religioso de nuestro país, licenciado en teología y con un vasto currículo en temáticas religiosas.

Creación ordenada

Resulta a lo menos curioso el razonamiento de científicos creyentes que aceptan el caos como principio ordenador, y no sólo ordenador, sino además generador de belleza y perfección, cuando connotados científicos abiertamente no creyentes, reconocen un universo en orden que no tienen cómo explicar fuera del ámbito de un Creador omnipotente. El agnóstico físico teórico Stephen Hawking, en su mundialmente famoso libro «Historia del tiempo», reconoce *¿Por qué debe estar el universo en un estado de orden elevado en un extremo del tiempo?* (al inicio de la Creación), *¿Por qué no ha existido en un estado de completo desorden en todo momento?*

De este casi perfecto orden en el universo producto de un Dios Creador, pudo darse cuenta Albert Einstein, una de las mentes científicas más brillantes que ha conocido la humanidad, a pesar que en algunos de los tantos escritos que se están realizando con motivo de la celebración del año de la física, se tienda a negar sus principios cristianos, definiéndolo como «judío no creyente». Muy por el contrario, en innumerables ocasiones Einstein dio muestras de ser creyente en un Dios Creador del universo, expresándolo en forma explícita con frases como la que se ha mencionado: «*Dios no juega a los dados con el Universo*», o en aquella pregunta: «*¿Tuvo Dios una elección para crear al universo o pudo haberlo hecho de otra forma?*». También en forma implícita demostró ser creyente a través de la búsqueda de leyes que obedecieran a un perfecto ordenamiento matemático en un contexto creacionista. Lo que sí es cierto que Einstein no era religioso en la forma convencional, lo cual es muy distinto.

Lo que pareciera molestar en ciertas esferas de la ciencia, es que un científico

creyente, basado en principios creacionistas, generara la mayor revolución científica del siglo XX en el ámbito de la física. No por nada el semanario Time de Londres a finales de 1999 catalogó a Einstein como el número uno en un larga lista que clasificaba a las personalidades más importantes de la vigésima centuria.

¿Casualidad o causalidad?

La comunidad científica, al menos en el medio norteamericano, está dividida casi en partes iguales, entre aquellos que proponen a la *casualidad* o el azar como principio ordenador de la naturaleza y quienes argumentan que no es la casualidad sino más bien la *causalidad* o *propósito*, consustancial a la naturaleza, la que permite descubrir sus leyes y principios.

Independientemente de cuán apasionada sea la discusión sobre ‘casualidad’ o ‘causalidad’ desarrollada en el seno de la biología, de la física o de otras ciencias de la naturaleza que intentan explicar distintos procesos y fenómenos en nuestro planeta y el universo, debe necesariamente reconocer que todas estas ciencias naturales terminan por descubrir un orden y una direccionalidad o propósito, que son inseparables de la realidad física de la naturaleza, porque forman parte de su estructura más íntima. Hablan de ello muy fuertemente las leyes que la gobiernan, las regularidades que permiten descubrir patrones y principios. Por lo tanto, al hablar de la existencia de leyes y de regularidades en la naturaleza debemos admitir que éstas apuntan a un fin determinado, son procesos cuyo propósito se encuentra orientado para conseguir un resultado dentro de un marco ordenado. Por el contrario, la casualidad entendida como un proceso azaroso, implica la no existencia o la falta de orden. No es posible

Lo que pareciera molestar en ciertas esferas de la ciencia, es que un científico creyente, basado en principios creacionistas, generara la mayor revolución científica del siglo XX en el ámbito de la física.

concebir un proceso que se dirija a un fin determinado si está enmarcado en un sistema desordenado, el cual resulta impredecible. La ciencia ha podido formular leyes y principios basada en la causalidad (no en la casualidad) o en el comportamiento con una dirección definida hacia un propósito dado, presente en la naturaleza. De lo contrario nunca se podrían haber desarrollado las ciencias naturales.

Davies (1993), un notable investigador y divulgador de ciencia australiano, va más allá respecto a la denominación de un universo ordenado señalando que *«se ha de hacer una distinción entre dos tipos de orden: simple y complejo»*. Agrega que *«el orden del cosmos es más que un simple régimen de regularidades; es también complejidad organizada, y esto sólo se ha podido determinar en los últimos años con el surgimiento de potentes computadoras electrónicas, las que han permitido apreciar la naturaleza verdaderamente fundamental de la complejidad»*.

Si Einstein logró llegar a concebir la teoría general de la relatividad, considerada como uno de los avances claves en la física moderna, fue producto de *«una insatisfacción de tipo estética»* (Hoffmann 1985). Su intuición y sentido de belleza respecto a un universo orde-

nado le mostraron el camino para establecer las ecuaciones matemáticas que explican las complejidades de la teoría.

¿Por qué es posible descubrir leyes y principios en la naturaleza con la matemática? ¿Existe la matemática en estas leyes y principios, independiente del ser humano, o las matemáticas son un invento del hombre que las ajusta a estas leyes y principios? Estas son dos escuelas de pensamiento que dividen a la comunidad científica. Uno de los más grandes matemáticos del siglo recién pasado, el inglés Roger Penrose escribe: *«Pareciera haber una profunda realidad concerniente a esos conceptos matemáticos, algo que lleva mucho más allá de las deliberaciones de algún matemático en particular. Es como si el pensamiento humano se viera guiado hacia alguna verdad eterna, una verdad con realidad propia»*. Muchos físicos están de acuerdo con esta visión de que la matemática es intrínseca a la naturaleza. Por ejemplo Hertz, el pionero en producir y captar ondas de radio experimentalmente señaló en una ocasión *«Uno no puede escapar a la sensación de que las fórmulas matemáticas gozan de una existencia independientes en sí mismas, y son mucho más sabias que sus descubridores»*.

Si bien la mayoría de los que realizan ciencia cuantitativa dan por supuesto el que puedan ser revelados los procesos naturales por medio del método científico, son muy pocos los que se detienen a pensar por qué las leyes que subyacen en la naturaleza y en el universo responden a una exacta y perfecta estructura matemática. Consideremos sólo tres ejemplos, dos de ellos a escala planetaria y uno a escala atómica, que muestran a la matemática y la física aplicadas con asombrosa exactitud, considerando variables como distancia, masa, gravedad y fuerzas intra atómicas, las que posibilitan la existencia y el

buen funcionamiento de nuestro planeta y de los organismos vivos que alberga. En primer lugar la luna, el satélite natural de la tierra, con su masa y posición, cumple una función primordial para el mantenimiento de la estabilidad de la rotación de la tierra. En segundo lugar, la gravedad del gigante planeta Júpiter ubicado en una posición estratégica, nos protege con su enorme masa y gravedad de un sinfín de asteroides que podrían colisionar con la tierra con resultados más que catastróficos. Finalmente, el tercer ejemplo procede del reciente Premio Nacional de Ciencias Exactas 2005, Rafael Benguria, quien reflexionando en una entrevista sobre la estructura del átomo (El Mercurio 2005), hacía referencia a la estabilidad de la naturaleza y a lo maravilloso de ella, que posibilita la existencia de la vida misma. Señala que «*Un átomo sólo puede recibir un electrón de más... Si los átomos de nuestros cuerpos tuvieran dos o más electrones de sobra... nosotros y los objetos volaríamos en pedazos por una gigantesca fuerza eléctrica de repulsión*».

Una y otra vez se cumple el que, cuanto más se avanza y profundiza en alguna área de la ciencia, más aparece un universo matemáticamente ordenado y diseñado, no habiendo cabida para el azar

ni el caos en él. De este fenómeno se pudo dar cuenta hace ya mucho tiempo el célebre microbiólogo francés Louis Pasteur, dejándonos una hermosa y profunda reflexión: «*Un poco de ciencia aleja de Dios, pero mucha devuelve a Él*».

A pesar que en algunas esferas científicas los postulados filosóficos creacionistas de Albert Einstein aún pueden causar escozor, los grandes hallazgos científicos del físico más grande de la historia, descubiertos en un contexto creacionista, nos siguen repitiendo: «*Dios no juega a los dados con el universo*».

Bibliografía.

Davies P. 1993. La mente de Dios. La base científica para un mundo racional. Editorial Mc Graw-Hill.

El Mercurio 28 de agosto de 2005. Premio Nacional 2005, página C11.

Hawking S. 1993. Historia del tiempo; *Del Big Bang a los agujeros negros*. RBA Editores, España.

Hoffmann B. 1985. La relatividad y sus orígenes. Editorial Labor S. A., Barcelona.

Ortoli S. & J.P Pharabod. 1991. El Cántico de la Cuántica. Editorial Gedisa S. A., Barcelona, España

Penrose R. 1989. The Emperor's New Mind: concerning computers, minds and the laws of physics. Oxford University Press.

j j j

Amor versus átomo

Un periodista inglés, al estudiar la Enciclopedia Británica en ese idioma, comprobó que en la primera edición de esta obra magna del año 1768, la palabra «átomo» fue tratada en cuatro líneas, mientras que a la palabra «amor» se habían dedicado cinco páginas. En la última edición no se menciona la palabra «amor», pero al átomo le están dedicadas cinco páginas completas.

Un periodista alemán se sintió afectado al leer esta noticia. Tomando el Léxico de Brockhaus de 1943 encontró lo mismo. Acerca del «átomo» había abundante material, pero la palabra «amor» faltaba por completo; en cambio, en la edición de 1913 todavía tiene una cuarta parte de la columna sobre la palabra «amor», mientras el artículo acerca de los átomos cubre cuatro columnas.

La historia de Mitsuo Fuchida, el piloto japonés que comandó el ataque a Pearl Harbor.

Más allá de Pearl Harbor

Aquella mañana del 7 de diciembre de 1941, Mitsuo Fuchida iba a cumplir —a los 39 años de edad— la mayor hazaña militar de su vida. Como el piloto imperial japonés más antiguo, con más de 10.000 horas de vuelo, fue designado para encabezar la mortal ola de ataques a la armada norteamericana del Pacífico en Pearl Harbor.

Hijo de un profesor primario, muy nacionalista, Mitsuo se enroló en la Academia Naval a los 18 años. Se unió a la fuerza aeronaval japonesa, y sirvió como piloto de portaaviones durante 15 años. Pronto llegó a ser el piloto más experimentado de la armada.

De acuerdo a lo planificado, Fuchida, al mando de 360 aviones, sobrevoló las islas de Hawai esa mañana muy temprano. Su corazón estaba encendido por una insaciable sed de venganza. Viendo la flota americana apaciblemente anclada en Pearl Harbor, sonrió al tomar al micrófono y dar la clave convenida: «¡Tora! ¡Tora! ¡Tora! ¡Todos los escuadrones al ataque!». Esa señal significaba que el ataque era recibido absolutamente por sorpresa. Eran las 7:49 A.M.

Como un huracán, los torpederos, bombarderos y cazas atacaron con ira indescriptible. Durante las siguientes tres horas, los aviones no sólo atacaron Pearl Harbor, sino también las pistas de aterrizaje, barracas y muelles cercanos. De los



ocho acorazados que estaban en la bahía, cinco fueron destrozados e inutilizados por completo. Otras naves menores fueron dañadas. A más de eso —y esto es lo peor— 3077 marineros murieron o desaparecieron, 876 fueron heridos, 226 soldados murieron, y 396 quedaron heridos. Había sido todo un éxito desde el punto de vista militar, y Mitsuo Fuchida estaba orgulloso.

El desencanto

Después de la proeza de Pearl Harbor, Fuchida siguió participando en hechos de guerra. Sin embargo, pronto vino la seguidilla de derrotas, que llevaron al gobierno japonés a la capitulación. Fuchida, sin embargo, no quería rendirse. Habría luchado hasta la muerte. Su

corazón lleno de amor patrio y de odio hacia sus enemigos no quería rendirse. Pero tuvo que aceptar su suerte cuando el emperador anunció la rendición.

Mitsuo Fuchida no sabía que el amor de Dios tenía para él un destino mejor. Hubo un hecho que podía demostrarlo. Estuvo a punto de morir cuando sobrevino el ataque atómico sobre Hiroshima, pues Fuchida estuvo en esa ciudad hasta el día anterior al ataque, asistiendo a una conferencia militar con el ejército. Estando allí, recibió una llamada de larga distancia desde el cuartel general de la Armada, exigiéndole volver a Tokio. Esa llamada salvó su vida.

Con el fin de la guerra, su carrera militar terminó, pues las fuerzas armadas japonesas fueron disueltas. Volvió a su hogar en Osaka, y se dedicó al cultivo de la tierra. Su desaliento era muy grande. Sobre todo, porque fue citado en varias ocasiones a testificar por los juicios de crímenes de guerra que se abrieron en Tokio.

En sus viajes a Tokio, Fuchida fue muy impactado al observar cómo los misioneros norteamericanos alimentaban a los hambrientos y enseñaban «los caminos de Cristo». Tal actitud de perdón le hizo querer saber más de Cristo «al cual ellos profesaban amar».

Muy pronto Dios le proveyó la ocasión de conocer la causa de aquel maravilloso amor.

Una historia de perdón

Un día, mientras bajaba del tren en una estación de Tokio, vio a un americano distribuyendo literatura, quien le compartió el folleto titulado «Yo fui prisionero de los japoneses».

Lo que leyó fue el testimonio fascinante de un soldado americano llamado Jacob DeShazer, quien, luego de participar en varios hechos de guerra, fue he-

cho prisionero en Japón.

Durante largos cuarenta meses de encierro en Nanking, China, DeShazer fue tratado cruelmente. Él confesaba en el folleto que su odio violento por los guardias japoneses casi lo volvió un demente. Pero después de un tiempo, les dieron a los prisioneros americanos una Biblia para leer. DeShazer, no siendo un oficial, tuvo que dejar a los otros usarla primero. Finalmente, vino su turno, durante tres semanas. Allí en el campamento de prisioneros, él leyó y leyó y llegó a entender que el libro era más que un clásico histórico. Su mensaje llegó hasta su corazón allí en su celda.

El poder real de Cristo, que Jake DeShazer aceptó en su vida, cambió por completo su actitud hacia sus aprehensores. Su odio se transformó en amor, y él resolvió que si su país ganaba la guerra y él era liberado, volvería a Japón para presentar a otros este libro que cambia la vida.

Y así lo hizo. Después de un entrenamiento en el Seattle Pacific College, retornó a Japón como misionero.

Quebrantado por el amor de Cristo

Su historia, impresa en este folleto, era algo que Fuchida no podía comprender. Sin embargo, no podía olvidarse de ella. La motivación pacífica sobre la que había leído era exactamente lo que él estaba buscando. Y dado que el americano la había encontrado en la Biblia, decidió comprar una para él, a pesar de su herencia budista.

En los días siguientes, leyó el Nuevo Testamento ávidamente, hasta llegar al drama culminante, la crucifixión de Cristo. Leyó en Lucas 23:34 la oración de Jesucristo en su muerte: «Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen». Fuchida confiesa: «Me impactó saber que yo era ciertamente uno de aquellos por

los cuales él había orado. Los muchos hombres a los cuales yo había muerto, habían sido muertos en el nombre del patriotismo, porque yo no entendía el amor que Cristo quiere implantar dentro de cada corazón».

«Justo en ese momento, encontré a Jesús por primera vez. Entendí el significado de su muerte como un sustituto por mi maldad, y así en oración, le pedí perdonar mis pecados y cambiarme de un amargado y desilusionado ex-piloto en un cristiano cabal, con un propósito para vivir.» Ese día, 14 de abril de 1950, se convirtió en una nueva persona.

Grandes titulares aparecieron en los diarios: «Héroe de Pearl Harbor se convierte al cristianismo». Sus viejos compañeros de armas fueron a visitarlo, intentando persuadirlo a desechar esa «idea loca». Otros lo acusaron de ser un oportunista, abrazando el cristianismo sólo como un medio para impresionar a los vencedores americanos. Sin embargo, Dios había hecho una real y preciosa obra en el corazón del ex combatiente.

Con el tiempo, Fuchida se hizo evangelista, viajando por todo el mundo como miembro de la Worldwide Christian Missionary Army. «Qué no daría yo – solía decir en sus charlas– por revertir mis acciones de hace 29 años en Pearl Harbor, pero no es posible. En cambio, ahora mi

Grandes titulares aparecieron en los diarios: «Héroe de Pearl Harbor se convierte al cristianismo». Sus viejos compañeros de armas fueron a visitarlo, intentando persuadirlo a desechar esa «idea loca».

trabajo es dar un golpe mortal al odio básico que infesta el corazón humano y causa tales tragedias. Ese odio no puede desarraigarse sin la ayuda de Jesucristo.»

Un testigo que le oyó dar su testimonio en Escandinavia, cuenta de su relato maravilloso y conmovedor. Al finalizar, Fuchida dijo: «No tengo el don de la Palabra, así que no puedo predicar sobre el Salvador, pero puedo decir cómo él me ha dado paz y perdón a través de su cruz, para que otros también puedan venir a conocerlo».

Entre sus libros publicados estaba «La verdad sobre la operación Pearl Harbor», y «De Pearl Harbor al Calvario: Mi testimonio».

Fuchida murió de diabetes en Kashiwara, cerca de Osaka, el 30 de mayo de 1976, a los 73 años de edad.

j j j

Respuestas correctas a «¿Cuánto sabe de la Biblia?»

1A, 2C, 3D, 4B (Stgo. 5:11), 5A, 6C (Hch. 11:26; 26:28, 1ª Ped. 4:16), 7D (Col. 4:16; Ap. 2:1-7; 3:14-22), 8C (Jue. 16:19), 9B (Mat. 2:1-12), 10B (Gén. 17:15), 11D (Jos. 6:15), 12A (Jue. 20:15-16), 13C (1 S. 22:5; 2 S.7:2; Hch. 11:27-28), 14D, 15C (1 Cr. 22:16; 28:20), 16B, 17A (Hch. 9:1-9), 18A (Jn. 15:17), 19D (Gén. 4:8), 20C (Tiene una sola calle, Ap. 22:2), 21B (Os. 8:7).

CARTAS

No sólo Chile

En diferentes ciudades de México donde los hermanos se reúnen, la revista Aguas Vivas ha sido de gran ayuda para la edificación de las iglesias. En diferentes localidades, los hermanos toman un día para leer en grupos pequeños por los hogares, y cada uno expresa el sentir que Dios le da. De la misma manera, los artículos se leen en las reuniones generales. De esta manera, Dios ha permitido a las iglesias aprovechar este material, pues creemos que no sólo es para Chile, sino para todas las iglesias en diferentes países. Damos gracias a Dios por todos ustedes que están colaborando con el Señor en la edificación de la iglesia.

David Calvo, México.

Alabanzas

Hemos sido muy bendecidos con la lectura de la página y también al escuchar las preciosas alabanzas que el Señor ha dado a nuestros hermanos de Chile. Personalmente, desde que llego a la oficina entro a la página y todo el tiempo trabajo con ellas como fondo. Varios compañeros (no creyentes) me han preguntado sobre las canciones; les

comento sobre la página y ocasionalmente la consultan y oyen las canciones. ¡El Señor sabe cómo obra!

Lisbeth Ordóñez, Colombia

Estudando espanhol

Baixei via Internet todas as mensagens, são maravilhosas e tem edificado a minha fé no Senhor Jesus Cristo. Estou estudando a língua espanhola e tenho feito das mensagens uma oportunidade de ouvir coisas do Reino de Deus, e agora preciso também ler em espanhol, isto faz parte das tarefas solicitada por minha professora.

Almeri Lucindo, Brasil.

Libros

Todas las noches cuando «abro» Internet, lo primero que busco es www.aguasvivas.cl para leer no sólo la revista, sino algunos libros que también bajé. Me siento identificado con la forma en que Uds. encaran los temas, porque nunca, desde mi niñez, ni aun en el Seminario, pude encontrar esta forma de interpretar la Biblia.

José Colacilli, Argentina.

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 6 · Nº 36 · Noviembre - Diciembre 2005

Equipo Redactor: Eliseo Apablaza, Roberto Sáez, Gonzalo Sepúlveda.

Además en esta edición: Stephen Kaung, David Wilkerson, Romeu Bormelli, Gino Iafrancesco, Ben Hiebert, Fred Malir, Ricardo Bravo.

Diseño y diagramación: Mario Contreras.

Traducciones: Andrés Webb, Mario Contreras.

Distribución: Jorge Geisse jgeissd@hotmail.com
Fono/Fax 45-642904. Cas. 3045, Temuco, Chile.

E-Mail: webmaster@aguasvivas.cl

Contactos EE. UU, Canadá y Puerto Rico:
James Huskey · Spanish Publishing Mission
P. O. Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.
Email: jashuskey@gct21.net

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal Nº 639
C. P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.
Email: sammyglz@yahoo.com